

# N O S O T R O S

---

## ESPAÑA EN LA ARGENTINA

### Los errores del hispano-americanismo

**S**i este problema debe ser estudiado con profunda atención, también debe ser tratado con desnuda sinceridad. "Veritas liberabit nos": la verdad nos hará libres y nos conducirá por el camino de salvación. Nada más necio que soslayar la realidad para abrirnos camino. Quedaremos empantanados antes de llegar a la meta.

Ante todo es preciso destripar los lugares comunes. Los conceptos heredados deben ser contrastados en la piedra de toque de nuestra experiencia. Desde luego deberá hacérsenos sospechosa toda verdad consagrada que ha fallado constantemente en la práctica.

El hispano-americanismo ha venido siendo hasta hace poco tiempo el más infecundo de los lugares comunes. Ningún tópico fué nunca tan zarandeado ni destiló menos miel de eficacia. Si produjo provecho a sus explotadores, fué desoladamente estéril para las nobles apetencias de España. Y un canto infecundo de cigarra para las nuevas Repúblicas de América.

Fruto de un conocimiento superficial y erróneo de las cosas, la realidad se encargó siempre de llevar la contraria a ese hispano-americanismo y muchas veces de ponerlo en ridículo. Y no es que fuese puramente retórico. La retórica puede ser un ropaje excesivo y amanerado para cubrir un cuerpo. Lo malo es cuando apenas existe el cuerpo y la retórica sólo cubre una percha.

Fueron los tópicos manidos de la raza, la historia, las tradiciones, la lengua y los vínculos afectivos, los que jugaron siem-

pre en esa especie de cachupinada de los "juegos florales" hispano-americanos. Esos tópicos fueron aderezados muchas veces en espesa salsa de erudición, en copioso diluvio de nombres retumbantes y de citas incontrovertibles. Pero nadie se puso a pensar en el real valor práctico de esos tópicos. "A priori" se los tenía por bases incommovibles para el mantenimiento del imperio espiritual de España sobre sus "hijas" de América. Y este léxico casero de "madres", "hijas" y "hermanas" informó el estilo vacío y espumoso de las erupciones oratorias al final de innúmeros banquetes.

Nadie pensó que en muchos casos la historia más bien separa que ata, que las tradiciones y costumbres se modifican fácilmente con el tiempo y el clima, que la raza es algo mal determinado, impuro e inconsistente, que los vínculos afectivos pueden ser sólo imaginados por el mejor de los deseos. No se pensó que inclusive el idioma, el vínculo más sólido y efectivo, no basta para unir a los pueblos si no es vehículo de comunes ideas y aspiraciones, de idéntico concepto de la vida, o genial mensajero de nuevas exploraciones ideales.

Nadie pensó tampoco, o se pensó en ello muy a la ligera y sin consecuencias efectivas, que los lazos económicos unen tanto como los espirituales y, desde luego, infinitamente más que los retóricos. No se sospechó la cantidad de espíritu que va envuelta entre los productos de la industria y de la tierra que unos a otros se envían los países.

El hispano-americanismo al uso y al abuso se basaba en dos grandes errores: en el de dar valor fundamental a los tópicos mencionados y en la mutua ignorancia de la realidad española e hispano-americana. Más adelante iremos examinando la consistencia que los conceptos de raza, historia, lengua, etcétera, tienen con respecto a las relaciones de España con los países hispanoparlantes. En cuanto a la mutua ignorancia a que aludimos, quedó constantemente evidenciada.

Para los países americanos España ha seguido siendo hasta hace pocos años, y aun lo es para muchos, la España postrada, decadente, infecunda y no obstante soberbia y jactanciosa que pintaron los voceros y abogados de la independencia. Todos los conceptos peyorativos que la lucha por la segregación difundió

en estos pueblos con respecto a su antigua metrópoli, quedaron subsistentes en gran parte y a veces se agravaron por los desaciertos de la propia España y las propagandas del nacionalismo cada vez más exacerbado.

Nuestra patria, en el decir interesado y poco escrupuloso de ciertos propagandistas, ya del sarampión nacionalista, ya de ciertas misiones culturales y económicas en pugna natural con la española, era un país retrógrado, incapaz de progreso, pobre, sin ideales, inquisitorial y pintoresco. La cultura y el progreso material no podían proceder de ella. De ella sólo podían proceder los emigrantes que en las áridas estepas castellanas y en las cansadas y multidividas tierras de Galicia o de Vasconia se morían de miseria y de analfabetismo.

Lo más grave no era lo calumnioso de estas imputaciones, sino que la realidad parecía darlas razón. Durante mucho tiempo el único aporte de España a las Repúblicas de América fué el de sus emigrantes, honrados, trabajadores, rudos y analfabetos. Ellos corrían con sus brazos fecundos a labrar la grandeza económica de América, pero sus rudos cerebros nada aportaban al Nuevo Continente de la ciencia, la literatura, el pensamiento y las artes de su patria.

La cultura francesa fué el velo mágico y espeso que durante ese tiempo, y en virtud de causas histórico-políticas conocidas, se tendió entre los ojos ávidos de panoramas culturales de los americanos y la ingente labor intelectual y artística, sin eco exterior correlativo, que en España se elaboraba. Mientras París polarizaba la atención de toda la América anhelosa de luces, Madrid seguía siendo para ella el gran villorrio sumido irreparablemente en las sombras crepusculares. ¡Y los españoles aun tenían la audacia de pretender seguir ejerciendo hegemonías en nombre de una raza degenerada, de una historia repudiable, de una tradición anquilosada, de un idioma cerrado a los nuevos conceptos que oreaban el mundo!

Por su parte, España pagaba esta ignorancia, más o menos sincera, probablemente deliberada y tendenciosa, con el desconocimiento más imperdonable de las realidades americanas. Resignada a regañadientes a la pérdida de su tutela política sobre los países americanos, inhábil o incapaz para mantener la eco-

nómica y confiada en que la espiritual habría de mantenerse *per se*, sin esfuerzo alguno, adoptaba un aire de madre un tanto despechada, pero buena, que por el bien de ella desea seguir ejerciendo tutela moral sobre sus hijas emancipadas. No quería darse cuenta de que esas hijas se habían emancipado para obrar exclusivamente por su cuenta y hasta se avergonzaban injustamente de una madre de la que no tenían el mejor concepto. No quería darse cuenta, sobre todo, de que para la jactanciosa susceptibilidad patriótica de los pueblos americanos, todo deseo de tutela es ofensivo y su mera insinuación provoca el rechazo violento.

Como decía Ganivet, esos pueblos "toleran la influencia intelectual porque los lazos de subordinación que ésta crea son demasiado sutiles; pero rechazan toda influencia que se muestre en hechos materiales. . . En nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo y anunciarlo con ruido y aparato. Este sistema no conduce más que a la creación de organismos inútiles, cuando no contraproducentes".

Fuera de que, por otra parte, los pueblos hispano-americanos llegaron hace tiempo a una etapa de su progreso en que pueden y saben caminar por sí mismos. No precisan tutelas ni andadores y en algunos aspectos de su conducta política y económica podrían dar buenas lecciones a sus progenitores.

Era natural que un hispano-americanismo basado en tan graves errores y tan mal conducido en la práctica, no sólo fracasase en sus finalidades, sino que resultase contraproducente.

Y así se llegó a una situación deplorable en lo que respecta a las relaciones de España con los países hispano-americanos. Por un lado confusión, desidia, huera palabrería, gestos incongruentes, alarma ante el fracaso merecido. Por el otro prevención, desconfianza, exceso de susceptibilidad, concepto equivocado de la calidad de los valores españoles. Mala disposición por ambas partes para que el hispano-americanismo, en su sentido más noble y más fecundo, fuese una realidad.

Por fortuna para todos, esta situación va mejorando de algún tiempo a esta parte. Y mejora porque han llegado a ser vistas las cosas con mirada más limpia y pura de prejuicios, porque ya muchos se han decidido a romper los tópicos infecundos para emprender nuevas rutas con más desembarazo. Todo aparece ahora

con mayor claridad y exactitud. La facilidad creciente de los viajes ha intensificado el mutuo conocimiento *de visu*. Ya no son únicamente los honrados trabajadores analfabetos o los turistas vacuos de intelecto quienes viajan del uno al otro lado del mar. La obra del tiempo, al entibiar los resquemores, va destruyendo los prejuicios creados por la gesta emancipadora. Y los hombres más agudos y conscientes de su responsabilidad del mundo hispano de ambos Continentes se han decidido a hablar y a obrar con sinceridad.

Se ha comenzado por revisar, uno por uno, los lugares comunes que nutrieron el fracaso del hispano-americanismo. Los conceptos de raza, historia, costumbres, tradiciones, idioma y vínculos culturales y económicos, son sometidos a nuevo y severo análisis que permite diagnosticar honradamente su influencia en la vitalidad del mundo hispano.

Ahora vamos nosotros a proceder al examen conciso de esos tópicos, ateniéndonos al caso particular de la Argentina.

### El tópico de la raza

El concepto de "raza" ha sido sin duda alguna el más manoseado. Es, desde luego, el más elemental y deslumbrante. La raza, a primera vista, es el vínculo que más fuertemente enlaza a España con las nuevas Repúblicas de América. En nombre de la raza, el hispano-americanismo se ha anegado en espuma de champaña y discursos. Y hasta se ha llegado a crear el Día de la Raza, como símbolo de la étnica ligadura.

Las razas son fenómenos puramente biológicos y, como tales, oscuros e imprecisos. No se ha podido definir con exactitud lo que es la raza. Los diversos elementos que la constituyen varían según las definiciones. Y las definiciones varían según las conveniencias. Tampoco son siempre muy precisas las características con que se manifiesta.

Es indudable que la especie humana, dentro de esa fundamental unidad específica, se diversifica en mil pintorescas variedades. A esas variedades, que implican matices, más o menos trascendentes, de color de la piel, disposición orgánica, configuración craneana, temperamento nervioso, reacciones anímicas, et-

cétera, denominamos razas. Es indudable, también, que cada raza o variedad étnica posee sus maneras peculiares de pensar, de sentir, de obrar, originadas en sus condiciones físicas.

Sentado lo anterior, se deduce que el hecho de la raza puede tener esencial influencia en la constitución de los pueblos y en las relaciones entre ellos. Las características raciales informan las modalidades nacionales. Lo endeble del fundamento étnico radica en que, como fenómenos puramente biológicos, esas características físicas y espirituales que involucra la raza dependen, no de causas esenciales y permanentes, sino de circunstancias accidentales, como el clima, la naturaleza, las condiciones de vida y aun los sucesos históricos. Al cambiar esas circunstancias, cambian también las características raciales. Y una misma raza puede modificarse por el sólo hecho de trasladar su lugar de residencia en la tierra.

Además, las razas no permanecen aisladas unas de otras por barreras infranqueables, como no se trate de las razas salvajes, perdidas en las tierras vírgenes de cultura. En el mar de la humanidad se mezclan todas las aguas de las cuencas raciales. Y siempre el valor específico humano prevalecerá sobre el valor étnico genérico. Cuanto más vital y expansiva, cuanto más grávida de valores espirituales sea una variedad humana, tanto menos manoseadas como aristas diferenciales ostentará sus características etnográficas, tanto más enlazada por comunes manifestaciones del sentir y el pensar se sentirá con las otras variedades humanas.

En resumen: la raza es un simple hecho físico, susceptible de variación ante los accidentes geográficos y climatéricos, y sus consecuencias psíquicas e intelectuales, aunque innegables, resultan escasamente consistentes ante los más permanentes fenómenos del espíritu humano condensado en cultura y civilización substancialmente ecuménicos.

Pero el hispano-americanismo tropieza, fuera de eso, con una circunstancia adversa para hacer hincapié en su base racial. Y es que sería muy difícil demostrar que existe una raza española.

Así como Península Ibérica o Iberia es expresión meramente geográfica, España, en su acepción actual, es expresión mera-

mente política. En el territorio a que alude ese nombre han convivido en el transcurso de los tiempos histórica diversidad de razas, es decir, de núcleos étnicos, de variedades humanas de distintos orígenes. Celtas, iberos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, judíos... todos pasaron por la tierra de España, todos, más o menos, mezclaron su sangre en ella, todos fueron dejando, en goce o en dolor, sus huellas características. Y fueron bien heterogéneos algunos de esos grupos étnicos que de España hicieron el campo de sus empresas. Sangre ardorosa del Africa se mezcló con la sangre enfriada en las nieves germánicas.

Porque aunque fuera cierto, como cree Unamuno, que hayan afectado muy poco a la base de la vida popular española las diversas irrupciones que la historia nos cuenta: ocurridas en su superficie, aunque fueran sólo oleadas que pesaron muy poco en la base sub-histórica de nuestra patria, no es menos cierto como el mismo gran pensador vasco declara, que en España se observan diferencias étnicas interiores que arrancan, a su juicio, de diversidades prehistóricas.

Hoy en día, gallegos, vascos, castellanos, catalanes y andaluces, ofrecen un cuadro abigarrado y heterogéneo, que hace de la Península española una sabrosa ensalada étnica. Nada menos uniforme que la población de España, lo que hace imposible hablar en serio de una común raza española.

Bien sabemos que algunos, esforzándose para dar validez al concepto de raza y de raza española, consideran que esas diferencias "regionales" son sólo secundarias y que sobre ellas prevalecen los comunes caracteres que se originan del hecho de la mayor o menor convivencia durante varios siglos, de los más o menos uniformados hábitos y costumbres y de las influencias geográfica y política. Pero si esos comunes caracteres diesen derecho a hablar de una raza española, bien pronto podría hablarse de una raza latina y hasta de una raza europea. Étnicamente es indudable que hay mucha más semejanza entre algunos pueblos de España y otros de Francia y de Italia, que entre ciertos pueblos españoles entre sí. Esto se percibe bien en el teatro cosmopolita de la Argentina, donde despojándose los espectadores de prejuicios, se contemplan las semejanzas y diferencias que guar-

dan entre sí los personajes, completamente independientes de sus nacionalidades respectivas.

Prueba de lo relativo y arbitrario del concepto de raza, es lo sucedido con ese famoso Día de la Raza a que antes aludimos. Primero esa denominación se refería únicamente a España. Después, por ineludibles compromisos diplomáticos, tuvo que extenderse a Italia y Francia, hermanas *latinas*. Finalmente, dejó de aludir a raza alguna, o las alude a todas, para significar el Día del Descubrimiento. Es decir: la acepción étnica dejó forzosamente de serlo para convertirse en histórica.

Pero podemos ir más allá. Podemos dar por sentado que existe una raza española que durante los tiempos de la conquista y de la civilización se extendió incontaminada por las tierras de América. Esa raza no encontró en su avance victorioso sino a la raza "india", o a las mil razas indias que fueron arrolladas por ella. A pesar de ello, en algunos de los nuevos países la raza española victoriosa no dejó de mezclarse en gran escala con la raza o las razas indias sojuzgadas, surgiendo millones de seres de una nueva raza mestiza. Pero no nos fijemos sino en países como la Argentina, donde esa mezcla fué en realidad insignificante. Y pongámonos en la actualidad de este país.

Desde que la Argentina adquirió su independencia y con ella la libertad de comercio y se inició su rápido desarrollo económico y demográfico, comenzó a afluir a sus costas una poderosa y fecunda corriente de inmigración. Gentes de todas las procedencias llegaron y siguen llegando a la Argentina y en ella mezclan su sangre con la sangre española originaria. Aun dando por seguro que ésta predomina todavía, porque es difícil modificar el molde tradicional y por los nuevos aportes que recibe, habrá que conceder que ha de estar muy contaminada y ha tenido que sufrir marcadas alteraciones con el contacto de millones de italianos, franceses, ingleses, polacos, judíos, yugoeslavos. La inmigración italiana ha sido muchos años superior a la española. Según el último censo oficial de 1914, la colectividad española era de 829.701 personas, mientras que la italiana alcanzaba a 929.863, la rusa a 93.634 y la francesa a 79.491. La inmigración ruso-polaca es cada vez más intensa y llega a muchos miles anuales de personas.

Ya lo ha dicho Leopoldo Lugones: "La raza, como hecho biológico, no existe en la República Argentina, ni puede existir mientras sea este un país de formación inmigratoria, ni existirá sino cuando se efectúe la fusión de los diversos elementos étnicos que hoy confluyen a su seno. No pertenecemos a ninguna raza; pero tenemos la aspiración patriótica de formar una, y hasta hablamos ya de ella, con el mismo derecho que las naciones más antiguas cuando forjaron las suyas".

Finalmente, sobre todas estas razones de orden práctico, hay otra de concepto, quizá más importante. Ya la raza no juega o juega lo menos posible, en las relaciones internacionales, en las influencias de unos pueblos en otros. Y ello no sólo porque se dude de su real existencia o porque sea difícil determinar sus caracteres, sino porque ese concepto de raza es considerado ya anticuado e infecundo como base de las vinculaciones de los pueblos.

Se estima que ese concepto se nutre especialmente de materiales históricos de derribo, de conceptos heredados, de fuerzas oscuras y retardatarias de la naturaleza. Se estima que los lazos de la sangre obran más bien a modo de grilletes que dificultan la marcha de los pueblos, que de abrazos ideales que los impulsan a avanzar. Los pueblos requieren otros conceptos nutridos de sustancias vivas, estimuladoras, que les hagan volver la cara hacia adelante, pero nunca hacia atrás.

"Esta o la otra raza — ha dicho Benjamín Jarnés en un breve, sustancioso y comentado estudio — no puede ser para dos pueblos una gloria común: la raza es un grillete. Remar juntos, haber remado juntos en una galera, en una cuna, no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos al llegar al puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquellos que desdeñan, que temen el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corazón."

Y al intelectual cubano D. Fernando Ortiz pertenecen estas palabras:

"Las ideas racistas son nocivas y retardatarias. No hay raza hispánica, ni siquiera española."

### Historia, tradición, vínculos afectivos

Queda, pues, el concepto de raza desechado de todo hispano-americanismo inteligente. Puede tener para éste un valor relativo, suficiente para no ser olvidado, como factor de un ambiente total desfavorable para la cultura hispánica, pero insuficiente como base de una fecunda obra constructiva. Puede representar una ventaja, pero nunca una garantía.

Y con el de la raza habrán también de desecharse o posponerse los tópicos de la historia, la tradición y los vínculos afectivos.

Por de pronto, la historia, en nuestro caso, más bien desune que ata. Rara vez es lazo de amor y de orgullo en las glorias comunes, sino más bien cadena de rencores y malquerencia. Para los países hispano-americanos esa historia comporta el recuerdo, no muy grato, de su inferioridad colonial y de los desastres políticos y económicos de España. Inútil querer reivindicar el prodigio indisputable de la epopeya española en el Nuevo Continente. Inútil desbaratar calumnias tradicionales para poner las cosas en su punto, distribuyendo justicieramente entre España y las condiciones universales de la época los defectos y las virtudes. La Argentina, por ejemplo, sólo quiere saber que su vida fué precaria y difícil hasta que sus puertos pudieron abrirse al comercio gracias a la independencia y hasta que sus regímenes político y económico pudieron liberarse de los que sumían a España en el marasmo.

Es desde esa independencia, tan recién salida del horno, desde cuando estos pueblos quieren iniciar su historia. Con las características vanidad y jactancia juveniles, desean tener su historia propia y exclusiva y se desentienden de toda otra que aparte de no ser suya, estiman que sólo sirve para desmerecerles. Su sensibilidad histórica comienza en 1810 y antes sólo quieren poner las nebulosas protoplásmicas de la prehistoria. Si recuerdan los vínculos históricos con España es para juzgarlos con cierto alarde de severidad y para renegarlos fácilmente.

Por otra parte, estos pueblos alardean ya de breve pero nutrida historia. Los próceres de la independencia son sus dioses mayores. Disponen de una prodigiosa facultad rememorativa para

llenar las páginas históricas de su siglo de autonomía de nombres y episodios heroicos. No es, precisamente, que los pueblos nuevos de América no quieren volver la vista al pasado. Se sienten bien orgullosos del espléndido e ilimitado panorama que se les ofrece hacia el futuro y no se muestran dispuestos a detenerse un instante en su camino. Pero se diría que sienten la necesidad de volver con frecuencia la cabeza para asegurarse de que tienen bien guardadas las espaldas. En todo caso, la imaginación popular necesita, como en todos los pueblos de la tierra, héroes que admirar, altos ejemplos humanos que dignificar como modelos, glorias nacionales que contraponer a las de otros pueblos. En suma, necesitan de una historia propia que, sin ser rémora para el avance, como sucede en muchos pueblos de Europa, sea ejemplo y estímulo para las nuevas generaciones de la patria.

Porque la tradición sólo puede servir a estos pueblos de enseñanza para rectificar sus errores. Copian de ella lo más aprovechable, adaptándolo a las nuevas modalidades de su genio, recreándolo. Nunca la tradición puede ser para ellos como un lastre engorroso del que no puedan desprenderse. Respetan a los próceres constructores de la patria, celebran sus hazañas y hasta las magnifican con su fervor patriótico. Pero no titubean en contrastarlas con arreglo a la nueva ley de los tiempos y en contrariar sus enseñanzas, admirándolas, si lo requieren las exigencias del momento.

Pueblos *snobs* por naturaleza, en el mejor y más fecundo sentido de la palabra *snob*, todo hábito heredado, toda manera de ser y de sentir gastada por los siglos, toda costumbre inveterada, se les antoja como vestidos viejos de que hay que desprenderse. En cambio, toda novedad económica, social, política, artística, ideológica, encuentra en ellos favorable acogida. Mejor si pueden hallarle un precedente histórico. Pero el caso contrario nunca puede implicar obstáculo insalvable.

Por otra parte, los imperativos geográfico y climatérico y la constante y creciente avalancha inmigratoria, hacen que rápidamente se adulteren los usos y costumbres legados por los antepasados españoles. Es ello tan inevitable, como es inevitable que influya también en esa transformación o desaparición el cambio de los tiempos, el desarrollo universal de la cultura y la

civilización. La Navidad y la Noche Buena, por ejemplo, que en España son fiestas de hogar por excelencia, en la Argentina se truecan en fiestas callejeras y de aire libre, por el sólo hecho de que en España coinciden con el rigor del invierno y en la Argentina con el del verano. Y así sucede con tantos otros usos y costumbres. Es indudable que no puede seguirse en la Pampa chata y sin límites la línea de conducta que se siguen en las intrincadas montañas pirenaicas. Además, el mundo tiende cada vez más a uniformarse y el viento de la civilización aventa con fuerza irresistible los pintorescos residuos costumbristas de los tiempos en que eran muy escasas las comunicaciones.

Por lo que respecta a los vínculos afectivos, supuesta consecuencia de los lazos familiares basados en la raza y la historia, mucho hay que decir. Nos tememos que tales vínculos afectivos sean poco más que lugares comunes de retórica. La gesta de la independencia no dejó en estos pueblos estela de lazos afectuosos. Para argumentar la separación se sacaron a relucir, como siempre acontece, todos los trapos sucios. Políticos y escritores nutrieron el patriotismo de las flamantes democracias haciendo almoneda de la historia española, recargando con negras tintas los defectos de la casta, destacando, para ponerlos en la pitota, los desaciertos políticos y económicos de sus gobiernos, exponiendo largas listas de agravios.

Pero en este asunto delicado preferimos transcribir la opinión de los propios escritores argentinos. Copiaremos la de dos entre los más calificados: Arturo Capdevila y Manuel Gálvez, que cuentan, al mismo tiempo, entre los más fervientes amigos de España y de la cultura hispánica en la Argentina.

“La guerra de la independencia — dice Capdevila en su *Babel y el Castellano* — debió dejar, y dejó, un sedimento de enconos. La literatura crepitó mezclada con la pólvora. Con esta particular circunstancia: que apagada la pólvora, ardía aun la literatura; cosa que ha de atribuirse, como parece justo, a la mala calidad de la literatura. Por otra parte, al día de la batalla sigue el vivo recuerdo de la batalla. Dificilmente pronunciará el hijo con amor los nombres que su padre pronunciaba rencoroso. Es necesario para el apaciguamiento un ambiente de mucho olvido: es necesario que ningún soplo importuno desnude a la brasa de

su lenta ceniza. Y en América hubo frecuentes ráfagas. Intervenciones poco hábiles de España en el Pacífico y ese inacabable relampagueo hacia el lado de Cuba, renovaban la atmósfera de la mal pasada tormenta."

Y Manuel Gálvez, en *El Solar de la Raza* dice:

"En la Argentina el odio a España ha sufrido la evolución de todas las cosas y, al transformarse en necio desdén protector, ha desaparecido. Aquel odio primitivo se explica. La generación de la independencia, que vivió hasta mediados del siglo XIX, conservó, como es natural, el odio al enemigo. Republicanos y criollos, como eran los argentinos, detestaban a los españoles, que eran monárquicos y extranjeros. La muralla china de la barbarie caudillista, al aislarnos del exterior, agravó la antipatía existente. Por otra parte, el delirio nacionalista de la época complicaba en el francés enemigo a todos los extranjeros. Luego, al terminar la lucha entre la campaña y las ciudades, como aquella dejara algo de su barbarie en el espíritu de las ciudades triunfantes, se continuó despreciando al extranjero. El hombre de campo, el *paisano*, como decimos aquí, desdeñaba al español principalmente porque no sabía andar a caballo. A su vez el español manifestaba desdén hacia nuestro país, consideraba como ofensa personal las simples fiestas patrias y nuestro Himno magnífico y humanitario, que desde la escuela nosotros veneramos, era para él una actitud de insolente arrogancia hacia España. Durante el tercer cuarto de siglo la hispanofobia se intensificó. Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez, amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adoptaba su hispanofobia. Las escuelas normales, nacidas en esa época, eran, a la vez que lugares de patriotismo, focos tenaces de aquel mal sentimiento. Más tarde, todo hubiera concluído sin la guerra de Cuba. Nuestras simpatías, claro está, iban hacia la isla americana que se desangraba en heroísmos luchando intrépidamente por su libertad. Pero nuestro sentimiento americano irritaba a los españoles. Arrogantes éstos, afirmaban cuando los Estados Unidos intervinieron en la guerra, que el viejo león aplastaría al "vil mercader de América". La derrota les hizo ser más prudentes y menos fieros. Estas condiciones eran neces-

sarias para que nosotros, un tanto arrogantes también, pudiésemos tolerarlos.”

Aun perdura ese sedimento de enconos, aunque bastante amortiguado. Y es de esperar que día a día se irá debilitando, hasta desaparecer completamente. Será ése dichoso día para todos, en que lo español no sea acogido con prevención manifiesta; en que no se trate con cierto aire despectivo a los inmigrantes rurales, a esos humildes inmigrantes, quizá analfabetos, que constituyen la base de la prosperidad de la República; cuando no se muestre en llaga viva la susceptibilidad nacionalista cada vez que la roce la insinuación de una supremacía; cuando desaparezca el prurito de los intelectuales por negar las hispanas influencias; cuando se despierte la curiosidad, casi nula hasta hace poco tiempo, por visitar nuestra Península; y cuando no se recuerde esa locura que han padecido algunos de ahondar artificialmente las diferencias del idioma para crear un hipotético argentino separado del castellano.

Todo ello se logrará, como se va logrando, con el mejor conocimiento de las realidades españolas, ante la evidencia del progreso y del renacimiento político y cultural de España. Y al mejorar España en el concepto de la Argentina, irá mejorando también, consecuentemente, en su afecto.

LUIS ECHÁVARRI.

## POETAS MODERNOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

### Maxwell Bodenheim.

Nació en Mississippi el 26 de mayo de 1892. Sus principales obras poéticas son: *Ninna and Myself* (1918) y *Advice* (1920). Revela en sus versos un gran amor a las palabras y a las imágenes. En *Ninna and Myself* y más acusadamente en *Advice*, unas veces, por saltar con desesperación de metáfora en metáfora, llega hasta comprometer el sentido del verso y, otras, con la misma profusión de imágenes, forma una malla sutil, aunque intrincada, que se desata inesperadamente al final del poema. Es en el sentir de los críticos un colorista ingenioso y un sensitivo avanzado.

### EL POETA Y SU AMADA (VERSIÓN)

*Mi amor por ti  
es una iglesia de plata antigua en la floresta.  
Y las palabras, que en mi ternura, robé a tus labios  
guarda la fronda que la rodea.  
Una campana — dulce sonrisa que tú me diste —  
de lo alto cuelga.  
Sólo se siente cuando animosa cruza el bosque  
y a mí te acercas.  
Y en ese instante  
callar debiera  
porque podrías, en vez del canto de la campana,  
con tu voz de oro, llenar la selva.*

**Edna St. Vincent Millay.**

Edna St. Vincent Millay nació el 22 de febrero de 1892 en Rockland Maine. Sus principales poemas líricos se llaman: *Renascense* (1917), *Second April* (1921) y *The Harp-Weaver And Other Poems* (1924). Por *Renascense*, extenso poema que comenzó a publicar a los 19 años, y, especialmente, por los sonetos que figuran en *The Harp-Weaver and Other Poems*, ocupa Edna St. Vincent Millay un sitio prominente entre los grandes maestros de su generación. El soneto que he parafraseado, conservando su esencia ideológica, es un ejemplo de lo que puede la pasión por la belleza de la forma en las creaciones de arte. Fue laureado en 1922.

QUÉ LABIOS A MIS LABIOS HAN BESADO  
(PARÁFRASIS)

*¿Qué labios a mis labios han besado?  
No lo recuerdo. Ni por qué, ni dónde.  
Ni en qué brazos yacía mi cabeza  
en las horas insomnes.  
Hoy siento en el cristal de mi ventana  
de los fantasmas de la lluvia, golpes  
que llaman y preguntan,  
por si alguien les responde.  
Me agita el corazón un dolor mudo  
por aquéllos — jamás supe sus nombres —  
que las sorpresas de su amor gritaron  
al volverse hacia mí, a media noche...  
Así como en invierno ignora el árbol  
qué aves se han ido, ni por qué, ni adónde,  
dejando su ramaje en el silencio:  
yo no puedo decir de mis amores,  
sino que, alguna vez, cantos de estío  
resonaron en mí... que ya no se oyen.*

JACINTO CÁRDENAS.

## MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

### I

**L**A mujer es la animadora. En el hogar, en la escuela, y en todo el curso de la vida, ella es gracia, acicate y estímulo. Ya dijo un filósofo del siglo pasado que en el fondo de toda cuestión política, científica o artística, hay siempre una mujer, principio y finalidad a lo largo de los caminos del mundo. Madre, esposa, hermana, hija: conjunción plena y magnífica que resume el ámbito de la existencia humana. En su poema teológico Dante puso a Beatriz en la puerta del Paraíso, porque ella fué, en la elaboración del espíritu alado del excelso poeta, su musa, su guía, su animadora; y todo eso solamente por el mágico influjo de su exquisita feminidad.

Pero la civilización moderna, que ha dado a la mujer la mayor suma de derechos civiles, que la ha incorporado a la universidad, al gabinete y al parlamento, con lo cual hase ampliado en ella su campo mental, le asigna un papel de creadora y sembradora a la par del hombre. Ahora conocemos a la mujer que crea imágenes de su espíritu, al mismo tiempo que crea a los seres vivientes de su carne. Podría decirse que sólo le falta producir grandes obras musicales para reconocerle también la plenitud del genio, porque en la ciencia y arte de la guerra ha llegado con Juana de Arco al rango de César y Napoleón. De todas maneras es lo cierto que la mujer ha ascendido en la evolución y que a las veces conduce la antorcha. Está en el impulso y en el vuelo, más segura de su destino. Mad. Curie, descubridora del radio junto con su marido, es, por imperio de su talento y de su obra, la Beatriz de la época moderna.

## II

María Alicia Domínguez, objeto de esta glosa, es una mujer de pluma que maneja con tanta seguridad la prosa como el verso. Trabaja en la casa, en el aula y en la prensa. Sus días transcurren en el efusivo ambiente familiar y alterna las horas entre los niños de su escuela y los libros de su biblioteca, que sin duda son para ella caros amigos. Para el trato corriente nunca se pone en trance intelectual, es decir, en "pose" hierática. No es feminista, sino femenina. El estudio y el aprendizaje, llevados casi al heroísmo, no han puesto un ceño en su frente ni aminorado la fresca espontaneidad de su alma prístina. Dignifica su sexo y exalta la vida. Su juventud permitiría calificarla como una promesa; pero su obra publicada obliga a reconocer que, promesa de nuevos frutos, es al mismo tiempo una feliz realidad. Pudiendo hacerlo, no se ha definido a sí misma, porque si como dijo Renán "todo libro de poesía es un libro de memorias", ella sólo ha escrito para dar el hilo de sus reflexiones y para impregnar las cuartillas de papel con la sugestión de las cosas y con la imagen de sus propios pensamientos; por lo cual fuera de intentar nosotros una definición y decir que es "alondra de luz por la mañana": que tiene de Rubén Darío aquella parte más delicada y sutil del ser — sacerdotisa del templo de Ceres Eleusina — que canta por instinto natural para que se alegre el mundo y que por eso canta en las horas matinales.

Sólo es posible, pues, reconstruir sobre sus libros la página de su vida, vida leve como para impresa en el pétalo de una rosa. Acaso el primer libro de esparcimiento que cayó en sus manos fué el de *Las Mil y Una Noches*. Con la lámpara de Aladino la niña hizo suya toda la dicha de la tierra. Construyó palacios de mármol y torres de oro. Muellemente paseó por los desiertos de la Arabia al frente de su caravana de camellos. Viajó también por los mares en la nave de Simbad. ¡Oh, magia de la niñez!

Después fué más allá con Pierre Loti. El la llevó de la mano por los países del lejano Oriente. Y con la espada de luz de un rayo de sol abrió en las antípodas del mundo puertas de bronce que estaban cerradas desde hacía miles de años. Más

tarde y ya más dueña de su albedrío, fué a buscar la sombra del Bien y de la Virtud, dos árboles que rinden hermosa fruta, como ella misma ha dicho. Y, ¿qué extrajo de todo eso? De Confucio extrajo este precepto: "La virtud de la Humanidad consiste en amar a los hombres". Y cuando hubo dialogado con Epicuro, al que halló pequeño, hizo lo que el príncipe Siddhartha, desligado del amor y del placer para mejorar la condición espiritual de los hombres.

### III

Al volver de aquel viaje ideal por Oriente nos dió un libro: *Idolos de bronce*. Era el año 1926. Ella había publicado ya dos libros, en el año anterior; pero éste es el primero que yo conocí. Libro sano, libro juvenil, muestra la complejión de un alto y robusto cerebro. Lo primero que me atrajo fué la dedicatoria. "A mi padre — dice — que desde temprano me procuró nobles lecturas". Señalo aquí el hecho, porque es en sí mismo bello y ejemplar. Poca inteligencia aleja de la patria potestad; mucha inteligencia robustece esos vínculos primarios y sagrados. Realmente, María Alicia Domínguez había encontrado la primera sombra: la del árbol del Bien.

Pero, ¿qué hay en este libro? El frontispicio ostenta una estrofa que habla del destino de la Flor de loto, en un largo viaje por la oscuridad para alcanzar la plena Beatitud. Adviértese el empeño con que la mujer, apenas salida del deslumbramiento miliunanochesco, procura alcanzar la otra sombra: la del árbol de la Virtud. Después halló la Belleza, que se unió a la que ella traía en su espíritu.

Los cuentos de este libro tienen personajes sacados de los grandes libros de la antigüedad. Fenómeno corriente es éste, según el cual todos nos connaturalizamos antes con los libros que con la vida. Yasodhará, la Reina Esther, el Faraón del Sol, son esos personajes que discurren sobre las potencias primordiales del alma. Construcciones de la fantasía, muestran la intensidad del pensamiento de la autora. De esos cuentos el que sobre todo llamó mi atención es "Yasodhará". Cuando esta princesa celebró su boda con Siddhartha se dispusieron guirnaldas de jazmines

y gramíneas a los pies de los ídolos de bronce y de piedra, dice. Siddhartha amaba a Yasodhará, y ella lo amaba a él. (Sigo el relato de María Alicia Domínguez). Se amaban los desposados príncipes; pero, ¿y la dicha? “¿Dónde estará la dicha?” La dicha del príncipe no estaba en ella, a pesar de ser hermosa y pura y a pesar de que un día otra bella mujer dijo extasiada a Siddhartha, estas palabras: “Dichosa la mujer que dé el nombre de marido a un hombre tan glorioso.” Y ni el amor firme de la esposa, ni el amor tierno del hijo eran lazos bastante fuertes como para detener el Espíritu. Y una noche Siddhartha, después de contemplar con mirada dulce a la esposa y al hijo dormidos, partióse del palacio. ¿Dónde está el Amor; dónde la Vida? En verdad, la Sabiduría había perdido su derecho sobre el Amor. Pero como la princesa no lo comprendiera todavía, lloró y dijo: “Traicionaste mi amor. Y mi confianza. Tu verdad me ha sido cruel porque fué contra la vida. Pero mi fe de esposa es por lo menos tan grande como tu renunciamiento. Para ti será en los siglos venideros la magna gloria de triunfador de la materia; para mí, el dulce consuelo del amor que supo ser oro y del deber que supo ser acero”. Y así pasaron muchos días hasta que ella escuchó una voz que dijo: “¿Qué mayor gloria para ti, mi muy amada, que ser la esposa de un Buda?”. Y tal fué la santidad de la princesa, que “comprendió”. Comprender, ¡qué iluminación, qué triunfo! Y la voz del ser invisible exclamó entonces: “La princesa está libre porque despertó a la verdad”.

Y como éste, son los demás relatos de *Idolos de bronce*, escritos en prosa transparente y recia. Una honda filosofía constituye su ambiente. Dijérase que Krishnamurti, el hombre que salió del Oriente para difundir por todas partes el mensaje de la vida armoniosa, tiene aquí una hermanita.

A la edad en que generalmente se ensayan los primeros vuelos en este arte supremo de escribir, la niña realizaba una crítica literaria de fuste: era ya un espíritu formado, sereno y grave, poseedor del instrumental con que se trabaja en los dominios del lenguaje; y es así cómo un novelista español se halló con que el más comprensivo comentario a su última producción había sido hecho en un diario de Buenos Aires por María Alicia Domínguez.

## IV

La poesía femenina ha tenido en el Plata su expresión característica en el amor. La nota erótica ha vibrado en todas las cuerdas de la lira pulsada por manos de mujer. Es el eterno asunto, caro sin duda al corazón; pero, ¿no será posible que venga una mujer a decirnos otra cosa? Delmira Agustini fué la sacerdotisa máxima en el templo de Eros. Nydia Lamarque, Margarita Abella Caprile y Josefina Melo Parravicini, nuevos y altos valores de nuestra lírica, buscan otras rutas. Con todo, sentíamos como el anhelo de una neta marcha de humanismo, para no limitar el panorama de la vida. Porque la humanidad tiene, en los tiempos actuales, que abarcar y resolver muchos problemas, aún en el arte.

Pues, sí; con María Alicia Domínguez tenemos definitiva, netamente una poesía nueva, una poesía fuerte y clara, que no lleva en sus estrofas las saetas del niño del carcaj, sino que emerge de las cosas e interpreta el misterio que las cosas tienen en sí. Todo lo que hay en el mundo encierra un sentido, un alma, que se descubre para el poeta que trae el don del canto. Y cuando un poeta nos exhibe esa porción de belleza que hay en el alma de las cosas corrientes, vulgares, puestas ante nuestros ojos, pero las que nada nos dijeron antes, o, más bien, en las que nada habíamos percibido al pasar, ¡oh, entonces cómo nos sentimos tocados y cómo vibran nuestras cuerdas sensorias! Si parece que una cortina se descorriese de pronto para descubrirnos un parque encantado.

Contábamos nombres que dan prez a la poesía nacional. Esteban de Luca, Echeverría, Mármol, Andrade, Guido y Spano, son hitos que jalonan el camino que el país siguió a lo largo del primer siglo de existencia. A un cuarto del segundo siglo — de este siglo XX que puede ser definido como el siglo de la mujer — nos faltaba un nombre femenino. Muchas mujeres realzan ya el nivel de nuestra intelectualidad; pero ahora tenemos a la mujer-poeta, con todos los atributos del bello saber y a la que se indica desde Europa como una fuerte personalidad.

En las repúblicas del Sur brillan con luz propia tres nombres de mujeres, y son Juana de Ibarbourou en el Uruguay, Gabriela

Mistral en Chile y María Alicia Domínguez en la Argentina. Forman estos tres nombres una constelación. Y a uno que habla de poesía femenina podría estarle permitida una metáfora y decir que en los mares australes, allá donde se juntan las aguas azules de los océanos, la Cruz del Sur tiene ahora tres espejos que copian sus destellos.

## V

*Música de Siglos* es un libro de estrofas limpias y tersas, que marca la trayectoria de un estro en ascensión. Con esa música, en la que realmente se advierten las notas perdidas de lejanas canciones, la niña arrulló su ensueño. Idea hecha verso, conserva éste el ritmo y la rima de la poesía de todos los tiempos, desde lo firmemente clásico hasta lo ágilmente moderno. Un soneto, *Nocturno*, justifica por sí solo el libro, o, más bien dicho, acumula el alma que hay en todas sus páginas. He aquí el soneto:

*Nocturno*

La Noche nos envuelve como en un largo manto  
Bordado con el oro de las constelaciones.  
Los Siglos enjugaron en sus pliegues, su llanto.  
Pesado está de dudas y de cavilaciones.

¡Pobre alma humana, triste de haber sufrido tanto!  
La Noche te dió estrellas para tus oraciones  
Y en la sombra de felpa se iluminó tu canto  
Con un rocío fresco que suavizó sus sonos.

Hija de tantos siglos, tiemblo bajo la inmensa  
Tristeza de este manto que en sus pliegues condensa  
Todo el dolor del mundo desde su amanecer.

Y sueño con el alba que ciegue a la distancia  
Los cirios de la noche mientras vuelve a la infancia  
De la tierra que torna a esperar y a crear.

*El hermano ausente* es un libro de originalidad absoluta: mérito que señalo como muy alto, por aquello de que resulta tan difícil dar un libro original. No sé que en la literatura exista libro como éste. Imprégnalo un sentimiento de verdadera fraternidad. Aquel párvulo cuya vida languidece y se extingue con la fugacidad de un capullo y que era toda una esperanza, arranca a la hermana notas tan doloridas que encienden en todas las

almas la luz tenue de cierta indefinible melancolía, como una música de Chopin. El eterno romanticismo que anida en el fondo de nuestra psiquis alcanza en estas páginas, trazadas en la penumbra de los días, en prosa o verso, según fuese la disposición espiritual de la niña en el correr de las horas, su expresión más nítida, de modo que pudiera ser un devocionario del hogar.

El amor que trasluce esta elegía es el más puro que florece entre los hombres: "sin sombra de limitación, sin principio de egoísmo". "En cada niño hay un principio de ti — dice — pero ninguno se te parece, ninguno cumple en mi sueño aquel ideal de perfección que se ha desvanecido contigo". Y el dolor que expresa es el más comunicativo. El poema *Getsemani*, por ejemplo, trasunta toda la angustia con que Jesús oró en el Monte Olivete, en tanto que la invocación a las madres que lloran un hijo muerto es de un sentimiento tan humano que nos hiela la sangre en las venas.

Con razón el crítico italiano Pillepich, en un estudio sobre la poesía femenina en América latina ha dicho que María Alicia Domínguez revela en *El hermano ausente* un espíritu austera-mente romántico, de un romanticismo próximo al de Vigny.

Libro enorme, en verdad, penetra en las reconditeces del dolor que todos hemos experimentado alguna vez al perder un ser querido; puede hacer llorar a los que lo lean, y al llorar cada uno purificará su alma.

## VI

Llegamos al último libro publicado por María Alicia Domínguez: *Las alas de metal*. Este libro es una superación. Tiene desde luego un carácter, cosa que constituye condición esencial de valía y supervivencia en un libro. Ese carácter es el de su argentinidad. He aquí lo que esto, en mi concepto, significa.

El acervo de nuestra cultura se está formando con los aportes de todas las culturas del orbe que polarizan nuestra conciencia americana. Una curiosidad despierta y una honda inquietud determinan nuestra característica. Prueba ello la juventud de nuestro país y la facultad de captación y aprovechamiento de sus habitantes. Con todo eso haremos algo nuevo: haremos una patria argentina que sea sólo igual a sí misma; y cuando esté

forjada esa patria por la obra de sus hijos, será posible tender el vuelo hacia el universo y en cualesquier partes se reconocerá, en la obra de un argentino, al país argentino. Dicho en otras palabras: hay que definir la argentinidad en nosotros, para poder entonces llevar su sello por el universo.

Nadie tiene derecho, por tanto, a fundar colonias literarias. La generación de 1810, que alcanzó la libertad política para el país, siguió siendo clasicista en literatura y otra generación, la que puede ser situada en 1880, alcanzó la independencia en las letras. Desde entonces se trabaja en el afán de plasmar una literatura argentina, y esta literatura tendrá, como elemento, la expresión de su propio ambiente y como forma, la belleza que surge de la vida y su emoción.

María Alicia Domínguez es un espíritu profundamente argentino y por ende puede ser — más bien dicho, es — un valor universal. Su último libro funda un salmo de argentinidad. Hay en sus poemas un fuerte y generoso lirismo, a la vez que un tono épico, que parecen venirle de las raíces de la raza. El señorío de los incas y el garbo de los conquistadores actúan, por ejemplo, en ese soberbio *Canto al Sol Indio*, que sirve de pórtico al libro, y que revela acabada comprensión del alma de América.

La metáfora, que es orquestación de la palabra, adquiere en la obra literaria de María Alicia Domínguez una justeza tal de proporciones, una espontaneidad tan natural, que su luz se proyecta sobre las ideas y embellece el perfil de las cosas.

La segunda composición del volumen, de la que éste toma el título — *Las alas de metal* — es una exaltación del espíritu que busca el espacio. ¿No es acaso el avión el signo más enérgico de nuestros días? Sublime inspiración, por tanto, la que proclama la excelsitud del vuelo del hombre en dos alas de metal.

Mi Siglo me ha ceñido dos alas de metal

dice; y después añade:

Será espléndido el vuelo, rompiendo el azul fuerte  
Con un ala en la vida, con otra ala en la Muerte.

Pero la vida o la muerte, una vez que se ha penetrado en los hondos azules del cielo, ¡qué más da!

Y a renglón seguido, ya serenado el ímpetu de Icaro, dice, en *Cancioncita al oído de Buenos Aires*, esta cosa sutil y humana:

Pero para verte a ti,  
 No necesito viajarte,  
 Buenos Aires,  
 Porque tú viajas en mi.

Habría de preguntarse cómo es que la imaginación que se creó alas de acero para hender el espacio en busca de estrellas puede abstraerse luego, de puertas adentro, en el rumor que la ciudad hecha grillo le canta ahora dulcemente, blandamente, quedamente al oído. Son estados de alma. Son estados de alma y tal es, precisamente, la excelencia de la poesía, transfusión de almas.

Como al cantar al *Parque Leczama* evoca la figura romántica de Amalia, *Rosaleda*, que es también una filigrana, tiene estrofas como ésta:

¿Cómo te nació, Ciudad,  
 A ti, hierro, cal y río,  
 Este rincón extranjero,  
 Este oasis duradero,  
 Que es un verso de Darío?

En *La calesita*, cuyo eje define como una música clavada en el corazón del domingo, que se percibe todavía, algo confusa pero armoniosamente a través del ramaje de los años, se expresa de este modo:

Gran ciudad de cimientos musicales  
 Construida con los sueños de tantos niños.

*Puerto de Buenos Aires* es un poema de tensión titánica. Entrevé en la lejanía a la puerta de "la tierra pobre", según la calificación de aquellos hombres barbados del 1500 que venían a estas playas a buscar otros tesoros de Atahualpa y la que con el andar del tiempo fué la llave para conducir a los campos donde otros hombres habían de acuñar un tesoro mayor en espigas, y luego contempla, desde el mástil de la Costanera, el panorama de la realidad actual. A ese poema vigoroso pertenece este final que es toda una síntesis:

Gigante de fuego, de hierro  
 Y de carbón,  
 Que en vez de levantar la antorcha eléctrica  
 de Nueva York,  
 Avivas, con el aliento poderoso de tus pulmones  
 ígneos,  
 Un infinito crisol,  
 De razas, voluntades y energías  
 Donde se gesta el sol espléndido de otra civilización.

Poema de ciudad es también *Calle Bolívar*, a la que tan acertadamente llama "paisaje al carbón". Nuestra poetisa anda por ella desde que aprendió a caminar. Y andando por ella percibió los rumores de otros tiempos, de aquellos tiempos en que fué calle muy principal de la vieja urbe porteña, con las piedras de San Telmo y las campanas de San Ignacio, con el Colegio Nacional de Buenos Aires, con las librerías de antaño — las librerías donde realizaban sus tertulias los López, Cané, Obligado y otros cultores de nuestras letras, — con las esquinas sin ochavas, anteriores a la presidencia Rivadavia y las que van desapareciendo ante el avance de los rascacielos, y, en fin, frente ya a la Pirámide de Mayo, con el Cabildo, que es el primer monumento de la argentinidad: todo lo cual está comprendido en estas palabras:

Reina ayer, hoy obrera, mañana afirmación  
De potencia y victoria.

Inspiración épica hay también en *Amazona*, poema en el que la mujer del siglo contempla la vasta campiña mientras galopa sobre magnífico corcel, y en *Un carro de pasto en la Ciudad*, al que mira como un regalo estupendo de la llanura infinita.

Después el Delta, el Río Paraná, las Sierras de Córdoba, son en el libro acuarelas que nos dan la sensación de la tierra argentina en la variedad y en la amplitud de su paisaje.

No es posible comunicar desde estas cuartillas una idea más o menos completa del contenido del reciente libro de María Alicia Domínguez. Pero tampoco es posible resistir al deseo de señalar el altísimo valor, en cuanto a concepción ideológica y a realización artística, de otras dos composiciones de las cuarenta y tantas que lo integran. Una es el *Canto a la pampa*.

La pampa, recio paisaje tostado por el sol y donde sopla un viento de bronce, es "afirmación de anchura, de infinito y de vuelo", y por eso la poetisa argentina, en este caso más argentina, dice en el diapasón del más robusto numen esta cosa bellísima:

Yo te lo profetizo:  
Pampa querrá decir, en el lenguaje claro  
Y universal de un día: Campo de aterrizaje  
De todos los aviones del porvenir humano.

La otra composición culminante y con la cual cierro la mención de los trabajos de *Las alas de metal*, es *Loa del hombre del siglo*. El pensamiento adquiere en este poema su máxima expansión. Canta a los hombres infinitos que poblaron el globo terráqueo desde la edad de piedra, y dice que todos se arrodillan ante el hombre del Siglo, que soporta en su mano la antorcha de aquel fuego por el que Prometeo se encadenó al Destino, y con lo cual ese mismo hombre de hogaño se convierte en un semidiós que paga el hurto antiquísimo y supera todas las hazañas,

Animando de un ritmo de pecho gigantesco  
Los vientos que dormitan en las sendas del cielo.

Y el mismo Destino, león terrible, quedará un día, según el vaticinio de nuestra poetisa, bajo la planta del hombre del siglo.

Este inspirado, intenso y arrogante poema tiene acentos de Hugo en *La leyenda de los siglos*.

La autora alcanza así un plano universal. Pero para sostener esta aserción que pudiera parecer hiperbólica a los que no conocen todavía el último libro de María Alicia Domínguez, quiero apoyarme en autoridad ajena. Ricardo León, maestro insigne del bien pensar y del buen escribir, ha dicho: "Libro maravilloso *Las alas de metal*, que con *El hermano ausente* fué para mí la revelación de uno de los más nuevos, fuertes y cabales poetas en lengua española de este siglo". Jacinto Benavente, Concha Espina, Cansinos Assens, cumbres también en los dominios del idioma y del arte, han tenido asimismo para María Alicia Domínguez juicios que importan el laurel.

Pero voy a referirme a una opinión que conozco más de cerca. A fines del año anterior un notable argentino experimentó el encanto de este libro. Cada uno de sus poemas, en los que él iba descubriendo, a medida que leía, enorme caudal de pensamiento y belleza, le arrancaba una palabra de entusiasmo. ¿Quién es ésta?, me preguntó una noche. El rumor de las alas de este libro de tapas blancas suscitó una de las emociones postreras de aquel gran humanista que fué José Manuel Eizaguirre.

Bien podemos entonces nosotros, que con las claras credenciales del entendimiento despejado velamos por los fueros del arte y por los prestigios de la argentinidad naciente, proclamar a este libro fuera de concurso.

## VII

María Alicia Domínguez, a la que en una noche anterior proclamamos reina de la fiesta, se va otra vez por el mundo: se va en el avión de sus versos de bronce. Paseará su penacho por las ciudades donde las gentes rinden culto al talento y a la gracia. Su mente esplendorosa se abrirá a los vientos cual una bandera azul y blanca. Todos la saludarán como a heraldo de argentinidad. Y a nosotros, sus amigos, sus camaradas, sus hermanos, nos será devuelta por de pronto la gloria de su nombre.

Y cuando la niña, en un día que será placentero, retorne a sus lares, mujer hecha ya y ostentando sobre su frente el mirto de las verdaderas consagraciones, nosotros estaremos en la orilla del estuario para batirle palmas, por ella y por nosotros. Y ella, que habrá esparcido ya por empinadas sendas todos sus poemas, nos dirá entonces la mejor estrofa de su lira: la que resuma los afanes, las inquietudes y los sueños del espíritu puesto en función de un sentido superior de humanidad.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

## INTERPRETACIONES DE LA REALIDAD NORTEAMERICANA

**MIGUEL.** — Nosotros los latinoamericanos tenemos ciertos conceptos convencionales con que satisfacemos nuestra vanidad de pueblos jóvenes, pero que a fin de cuentas nos oscurecen la verdad que tanto necesitamos para no obstaculizar el progreso. Nos gusta creer, por ejemplo, que no son los norteamericanos sino nosotros, los herederos de la cultura europea. A mí me parece que lo que hemos hecho es imitar a Europa sin edad ni tradición suficientes para asimilar bien y sacar los mejores frutos de lo que imitamos. Los norteamericanos han realizado su propia civilización hasta el grado de desconcertar con sus métodos a Europa. Si nosotros fracasamos al implantar nuestras instituciones, es porque ingenuamente aplicamos métodos y sistemas europeos para solucionar problemas que no son europeos sino americanos. Los norteamericanos, por el contrario, han solucionado sus problemas locales con un criterio personal e inmediato, sin recurrir tan a menudo a Europa.

**ALEJO.** — A mí me parece que lo que hemos hecho es lo natural; somos un continente nuevo y sin tradición; esto quiere decir que nos faltan antecedentes y experiencias y por eso recurrimos ingenuamente a copiar los métodos europeos. Supongo que usted no quiere sugerir que nosotros debemos solucionar nuestros problemas sin recurrir a la civilización occidental, cuyo foco primordial se asienta en Europa. Norteamérica ha sido favorecida con mejores condiciones para solucionar sus problemas: ellos destruyeron al indio y formaron una sola nacionalidad con un gobierno federal de 48 estados que se han movido uniformemente en admirable cooperación de unos estados a otros.

MIGUEL. — Pero es que tampoco nosotros hemos demostrado el buen tino de ellos. Siendo que nosotros no teníamos sus favorables condiciones, debimos haber tomado oportunas medidas. Nuestra situación es ahora de desorientación. Vea usted: antes teníamos los pueblos latinoamericanos un alma común. Esta alma desde los tiempos de la colonia estaba formada por las mismas bases éticas, idioma, costumbres, etc. Esta alma daba una común personalidad a todos los pueblos que antes habían sido colonias de España. Pero ésta se nos ha ido perdiendo con la introducción de influencias exóticas que van formando modificaciones substanciales en nuestra base ética y en la mentalidad colectiva. La Argentina, más que ningún otro país latinoamericano, cada un día se parece menos a lo que fué. La contribución de hombres y sistemas extranjeros le van dando una modalidad distinta. Y probablemente con las corrientes inmigratorias sucederá lo mismo en los otros países. Si los latinoamericanos volvemos a parecernos en el futuro, será únicamente en que todos hemos adoptado el mismo modelo y por lo tanto ya no nos pareceremos en lo que fuimos. Pero si estos países acogen diferentes modelos, ya no volveremos a parecernos unos a otros y por lo tanto habremos roto los lazos de la tradicional historia que nos unía.

ALEJO. — Pues el modelo que hemos adoptado es el mejor, es decir, imitar a Europa.

MIGUEL. — Lo mejor sería imitarnos a nosotros mismos, pero los niños y los pueblos jóvenes no pueden hacer eso. Necesitamos primeramente la experiencia de los viejos. Ya que el progreso moderno en su desarrollo materialista tiene mucho de superficial, estoy de acuerdo en que aprendamos imitando. Dos modelos se nos han propuesto desde el principio de nuestra historia y en el espejo de esos dos modelos hemos formado nuestra civilización latinoamericana. Me refiero a Europa y a Norteamérica. Contra Norteamérica ha habido, sin embargo, un antagonismo espontáneo. A Norteamérica la admiramos con la razón, pero la rechazamos con el sentimiento. Sin embargo, en el aspecto moral de Norteamérica podríamos adquirir ciertas virtudes y experiencias que acaso no encontraríamos en Europa: los norteamericanos, como nosotros, son dueños de un territorio nuevo, como nosotros son hombres sin tradición, no tienen prejuicios ni

odios históricos como los europeos; al contacto de la vida de trabajo se han vuelto hombres sanos de espíritu, lo cual redundaba en su perenne optimismo y juventud. Estas cualidades van desapareciendo o nunca florecieron tan saludablemente en Europa como en Norteamérica. Entre nosotros estas virtudes morales no se han desarrollado como en el gran pueblo norteamericano. Sin embargo los hechos nos demuestran que espiritualmente estamos más unidos con Europa que con Norteamérica. Desde hace mucho tiempo José Enrique Rodó nos puso en guardia a los jóvenes de la América Latina contra el gran país del norte. Pero Rodó no conocía a Norteamérica y Sarmiento que sí la conocía nos recomendó sus instituciones como modelos. No ha sido, sin embargo, la opinión de Rodó la que ha moldeado nuestra hostilidad contra Norteamérica. Todo ha sido consecuencia de las grandes diferencias entre la raza saxoamericana y la latinoamericana. La raza del norte tiene mucho de sajona y la del sur mucho de latina, aunque ninguna de las dos es absolutamente lo uno o lo otro. Toda nuestra hostilidad ha sido una consecuencia de las diferencias: una proviene del norte de Europa y la otra del sur de Europa; una tiene una concepción materialista de la vida y la otra idealista; una protestante y la otra católica; dos ideas sociales: el cooperativismo y el individualismo. Somos diametralmente opuestos. En verdad nosotros somos más americanos que ellos que destruyeron las razas autóctonas. Pero los consejos de Rodó fueron tan sabios acaso como los de Sarmiento. Nosotros no debemos inspirarnos en los ideales y propósitos materialistas de los yanquis, como recomendaba Rodó. Pero haremos muy bien en imitar lo bueno de las virtudes morales e instituciones de los yanquis, como recomendaba Sarmiento. Es indudablemente cierto que en la América Latina ha prevalecido la opinión de Rodó, sin que aparentemente sea justificada. Al margen de esa opinión se ha producido entre nosotros una escuela de pensamiento propagando la solidaridad de los hispanoamericanos y recomendando la hostilidad hacia Norteamérica. Tal ha sido la cruzada de Ugarte, Blanco Fombona, García Godoy, Rodó, Carlos Pereyra, Eugenio de Hostos, Ingenieros, etc. Esta propaganda por una parte y la barrera de idioma y naturaleza por otra, han evitado que nuestra América no haya absorbido mayormente la

civilización yanqui. La actitud de estos hombres, abanderados de una escuela de pensamiento, ha sido motivada por el imperialismo yanqui. Sin embargo esta propaganda en contra de Norteamérica se ha salido de su cauce puramente político para exagerar los defectos y no reconocer nunca sus cualidades. Nosotros somos personas maduras comparada con la aparente infantilidad de ellos, pero los yanquis han cultivado con mejor éxito que nosotros ciertas virtudes morales: tienen más fe en el hombre que nosotros, mayor alegría de la vida, iniciativa, voluntad y constancia. Su preocupación por el desarrollo del carácter y educación moral es superior a la nuestra. El niño norteamericano no ofrece la anormal precocidad sexual que a veces ofrecen los nuestros. La ingenuidad que nosotros tanto despreciamos es una bella cualidad que ellos poseen. Nuestra falta de ingenuidad nos vuelve escépticos, cínicos, pesimistas, etc. En Norteamérica nadie goza de más privilegio que las mujeres y los niños. Nosotros nos jactamos de ser un pueblo idealista y sin embargo no tenemos una civilización típicamente hispanoamericana como los yanquis tienen la suya. El doctor Javier Prado, rector de la Universidad de San Marcos en Lima, ha expuesto, con las siguientes palabras, un concepto que no se puede poner en duda: "Frente a la realidad, los Estados Unidos son una Nación en continua tensión orientada hacia la vida y la actividad. Sus sentimientos son vívidos y expansivos, su intelecto claro y penetrante, su carácter firme, enérgico y audaz; es un país con voluntad, entusiasmo, fe e idealismo hacia el esfuerzo y las grandes empresas. La actividad norteamericana es incansable. Arrolla toda clase de vida y ocupación, pasa de una a otra con una admirable rapidez y adaptación. Su energía siente el impulso de ir lejos. De este modo el progreso nunca se detiene sino que avanza y se divide sin límites ni final.

En el campo de trabajo, los norteamericanos buscan riqueza, pero esto no constituye, como muchos suponen erróneamente, la aspiración de sus existencias. El norteamericano no persigue la riqueza para atesorarla, sino como un medio y agente de su actividad siempre en movimiento y como un poder creador de nuevas empresas.

Dentro de este maravilloso ambiente para la actividad humana, el individuo más humilde puede obtener con capacidad y ener-

gía las posiciones más elevadas. En un país que desarrolla sus energías en esta forma, los privilegios sociales no pueden invocarse en nombre de bases dignas, desde que todos tienen el campo abierto para sus capacidades y actividades.

ALEJO. — Usted parece que siente mucha estimación para los yanquis sin recordar que el imperialismo norteamericano es un fenómeno real que no podemos olvidar, ni nosotros, que hemos sido sus víctimas, ni el mundo civilizado que ha contemplado la escandalosa violación del derecho internacional en América, tierra clásica de la libertad. . .

MIGUEL. — Precisamente tengo presente el grave asunto del imperialismo cada vez que expongo elogios para los norteamericanos. Creo, y esto lo compruebo cuando hablo con norteamericanos que nunca han venido a Hispanoamérica o con hispanoamericanos que nunca han ido a Norteamérica, que toda la dificultad de nuestros problemas estriba en el mutuo *desconocimiento*. Todos los hispanoamericanos que hemos convivido con los norteamericanos, somos tolerantes de sus defectos y ensalzadores de sus virtudes. Igualmente los norteamericanos que han convivido con nosotros toleran nuestros defectos y admiran nuestras cualidades. El imperialismo norteamericano es una cosa real y comprobada no sólo por nosotros sino por ilustres norteamericanos. Entre estos dos grandes pueblos ha habido un drama internacional. En América tenemos dos doctrinas políticas al margen de ese drama: el Panamericanismo que nos invita a cooperar con nuestras fuerzas físicas y morales en unión de Norteamérica, y el Latinoamericanismo que nos propone usar estas mismas fuerzas únicamente en unión con los pueblos de nuestra misma sangre y civilización. Contra el imperialismo norteamericano no hemos luchado con acierto; simplemente, en vez de hacernos respetar con nuestro prestigio, los hemos atacado exaltadamente en la tribuna y en el periódico. Con este criterio en vez de conquistar el aprecio del enemigo, hemos contribuido al desprestigio de nuestra digna causa. También es cierto que en nuestra controversia --puramente política-- nuestra exaltación latina nos ha llevado a negar todo valor espiritual o de índole cultural al gran país del norte. Ellos, más respetuosos por la verdad que nosotros, callan ante nuestros ataques o se defienden con mejores argu-

mentos que nosotros. Véase lo que se ha puesto en boca de un norteamericano a este respecto: "Mientras los países de la América Latina no tengan una civilización que valga tanto como la europea o la norteamericana, sólo habrá entre ellos los conocimientos personales que paseadores, negociantes, artistas, enfermos y profesionales de esos países puedan hacer en los trasatlánticos, o en hoteles, playas, museos, hospitales, escuelas y bibliotecas de Europa y Norteamérica... Es curioso que los latinoamericanos se jacten de repudiar la cultura norteamericana tanto como llamarse dependientes de la cultura europea, o mejor dicho, de la de España, echada por ellos mismos de América a fuego y sangre, y de Francia que, gracias a su alcance colonial, tiene sus presidios en plena América del Sur". (Del libro *Juan de Nueva York*, por Ricardo Pérez Alfonseca, escritor dominicano). Contra estos argumentos, no son los *Apristas* quienes nos pueden defender.

ALEJO — Si nosotros repudiamos a Norteamérica, lo hacemos espontánea y honradamente. Puede ser que haya prejuicios, desconocimientos y antipatía racial, pero sobre todo existe la repugnancia con que vemos los latinos toda civilización puramente materialista.

MIGUEL. — Ser materialista sería en este caso ser egoísta, sórdido, avaro, sin actos de desprendimiento. Tal cosa resultaría injusta si se aplica a la vida interna de los Estados Unidos y aun a sus relaciones para otros países con quien no puede tener mayor interés, como lo hizo con Rusia en su época de miseria, etc. Además la cultura no está reñida con la civilización materialista. Parece que nosotros entendemos por cultura únicamente las actividades artísticas o estéticas; contra esta creencia se defiende un distinguido norteamericano, el Dr. J. W. T. Mason: "Norteamérica representa la edad mecánica en forma no igualada en la civilización actual. Norteamérica es el utilitarismo desenfrenado. ¿Es de extrañar, por consiguiente, que en Norteamérica ocupe tan abiertamente la atención de los hombres, la perplejidad respecto a la cultura? No se puede afirmar el interés de Norteamérica en la cultura sin afrontar la cuestión, pero ésta no puede ser contestada con ligereza. ¿Puede el utilitarismo estar seriamente interesado en la cultura? ¿No es de por sí evidente que cuando

la actividad creadora materialista habla de cultura, tiene sólo el aspecto de una curiosidad superficial? Decididamente, no. Nos hemos acostumbrado durante demasiado tiempo a asociar la cultura con una falta de capacidad productora utilitaria. Ser culto, se suponía en el pasado, es apartarse del vil trabajo de hacer caminar el mundo y no tener nada que ver con la denominación de la resistencia de la materia al progreso de la humanidad. Ser culto ha sido sinónimo de desarrollo artístico. La cultura y la estética han estado tan exclusivamente asociadas durante innumerales siglos, que nos choca ver que aparece en el tema el interés utilitario. Pero, en realidad, la cultura, es algo más que la comprensión estética. La cultura de la antigua Grecia, se ha afirmado muchas veces, representó la más alta cultura jamás conocida en el mundo occidental. Pero esta afirmación limita la cultura al arte, y el arte no agota el sentido de cultura. En la Grecia antigua había cuatro esclavos por cada hombre libre. La espiritualidad aislada se mueve hacia el egoísmo y al desarrollo de tendencias omnipotentes, y, con demasiada frecuencia, está asociada a temperamentos autocráticos, pero la cultura no puede ser autocrática y ganar el aplauso. Lo mismo ocurre con el utilitarismo. El artista que vive para su arte está acompañado por el utilitarismo. Ni uno ni otro pueden pretender una cultura completa. Sin embargo, la cuestión utilitaria revela su propia ineficacia, en la cultura, más a menudo que lo hace el artista. La persistencia de este hecho es muy observable. Se debe en parte, indudablemente, a la vieja teoría de que los intereses materiales están envileciendo el alma del hombre. Pero esta teoría fué formada cuando el éxito material dependía largamente de suprimir a otros hombres. El progreso utilitario moderno está eliminando aquella concepción y sustituyéndola por la asistencia y concepción mutua. El utilitarismo moderno está buscando éxito en las masas como el mejor medio para aumentar los éxitos individuales.

“Si se fuera a seguir los precedentes del pasado, la edad mecánica no sería sucedida por ninguna cultura real, porque el pasado nos demuestra que cuando el materialismo es seguido por la productividad estética, el espíritu utilitario declina. Lo que ocurre es solamente una sustitución del progreso utilitario por el arte. La edad mecánica, en su desenvolvimiento moderno, es la

edad de los mayores triunfos del hombre sobre la materia. El materialismo, cuando incita a un hombre a estos triunfos como fines completos en sí mismos, traiciona al espíritu humano. Pero cuando el arte desvía los intereses del hombre de las conquistas materiales, y cuando la espiritualidad aparta la atención del hombre de los asuntos del mundo, ambos traicionan igualmente, a su vez, al espíritu humano.

“El hombre debe mostrarse a sí mismo vencedor de la materia. El hombre debe mantener alerta y progresiva su sensibilidad utilitaria. La edad mecánica no puede ser desintegrada sin un retorno a la esclavitud o al ilotismo. Sólo puede liberarse el hombre obligando a la materia — en forma de máquinas — a hacer frente a la materia y a elevar a la humanidad al trono de la conquista del mundo.

“Pero esto no es una cultura completa. El trono de la victoria material, no obstante, hace a la humanidad en conjunto dueña de la naturaleza. Éste es el primer requisito de una cultura completa. La humanidad debe estar libre de las trabas de la materia, haciendo a la materia obediente a la voluntad del hombre, no poniendo en las manos de unos cuantos individuos afortunados, el poder de hacer a los demás hombres sumisos a los deseos de los autócratas. Luego, afirmando bien esta victoria *por medio del desenvolvimiento utilitario, la humanidad puede desarrollar comprensiones estéticas y espirituales*. Sólo en esta unión creadora de utilitarismo, estética y espiritualidad, puede florecer la verdadera cultura. Si la edad mecánica puede, eventualmente, producir por evolución una cultura en esas condiciones, el hombre podrá morar más alto que los ángeles”.

ALEJO. — No sé si Ud. se propone darme una interpretación personal de la realidad norteamericana o exponer únicamente las cualidades de ese pueblo con el fin de excitar nuestra curiosidad hacia lo que Ud. cree que es la verdad.

MIGUEL. — Exactamente esto último. Si yo le hablara moderadamente fracasaría en mi propósito que es, como Vd. dice, excitar su curiosidad para que Ud. como casi todos nosotros los latinoamericanos encontrásemos al margen de las cualidades que le dejo anotadas, los defectos reales y no los convencionales. Para echar por tierra una convicción asentada sobre un prejuicio

tan grande como el que los latinoamericanos mantienen contra los norteamericanos y viceversa, se necesita poner en alto relieve las cualidades de ambos. Esto mismo ha hecho con nuestras cualidades Samuel Guy Inman que vino a vernos de cerca y volvió a su país a escribir un libro. Para que los yanquis modificaran el pequeño concepto que tienen de nosotros, Inman, graciosamente, exageró nuestras cualidades. No creo que Norteamérica sea un país próximo a la perfección. Le he hablado únicamente de las cualidades de ese país porque nosotros no parecemos reconocerlas, especialmente las virtudes morales, pero no crea que ignoro los males de que adolecen nuestros vecinos. Existen en Norteamérica los siguientes problemas sin próxima solución: la "estandarización", "crisis social", "lujo", falta de criterio individual", "desprecio por las cosas del espíritu", "uniformidad", "vulgaridad", "demasiado utilitarismo", "hegemonía negativa del capital sobre las manifestaciones individuales", "concepto equivocado sobre los valores humanos", "falta de originalidad", "falta del genio como consecuencia de la dependencia individual en la investigación". La mayoría de estas condiciones son simple consecuencia del régimen capitalista.

ALEJO. — ¿Qué le parecen esos defectos?

MIGUEL. — Me parecen detestables, absolutamente detestables! Pero insisto en que nosotros debemos observar con interés las buenas cualidades que antes le he concretado.

ARTURO MEJÍA NIETO.

Buenos Aires, 1931.

## LA GEOGRAFIA CORDIAL DE DUHAMEL

**G**RAN parte de la obra de Georges Duhamel podría llevar el título de su último libro: *Geographie cordiale...* Este escritor que se place en considerar la humanidad en su aspecto simplemente humano, se ha sentido, como es natural, atraído por los pueblos extranjeros. En su noble encuesta sobre la verdadera civilización, ha visitado la Europa y el Africa del Norte, y nos ha dado sus impresiones y reflexiones al respecto, con la penetración y la simpatía humana que lo distinguen. Solamente su viaje a los Estados Unidos, le ha inspirado un libro desencantado, amargo, pues en ese país no ha encontrado ni rastros de la "civilización moral" que ama y preconiza: *Scènes de la Vie future*.

Este libro, que venía a contrariar fuertes intereses no tan sólo yanquis sino también europeos, ha tenido, sin embargo, un éxito extraordinario: se han vendido de él centenares de miles de ejemplares y la prensa del mundo entero lo ha comentado con grandes elogios. Sin duda, ha suscitado también reparos, objeciones, censuras. Ciertos críticos han reprochado a su autor el haber denigrado a los Estados Unidos. Pero Duhamel (como lo declara en el prefacio de su último libro) no ha criticado al pueblo yanqui, sino al género de civilización que practica con audacia y candidez de muchacho sin cultura. Otros le han censurado el haber condenado el maquinismo que es una conquista de la civilización occidental. Pero él no ha vituperado la máquina, ayuda eficaz del esfuerzo humano, sino su abuso que anula la inteligencia y destruye toda belleza. Otros, en fin, le han criticado el haber hecho una pintura demasiado sombría de ciertos aspectos de la industria yanqui que existen también en Europa. Pero él ha trazado el cuadro horrible del matadero de Chicago para dar un ejemplo de la industria standardizada, y para poner en evidencia la mentalidad de esta ciudad que considera su matadero como una especie de monumento público y aconseja a los turistas visitarlo.

A pesar de que *Scènes de la Vie future* sirve de manera indirecta pero eficaz la causa de la América latina, dos críticos hispanoamericanos lo han comentado con una dureza y una incomprensión increíbles. Un mejicano ha dicho, en *Contemporáneos* de Méjico, que ese libro tan rico de ideas no era más que un ataque grosero al progreso moderno, y un argentino ha escrito, en *La Prensa* de Buenos Aires, que Duhamel ha censurado y denigrado la América entera. Nuestro autor declara sin embargo, en su libro, que emplea las palabras "América" y "americano" porque son de uso corriente en Francia, pero que sus observaciones no se extienden a la América latina (págs. 20-21). Lejos de confundirnos con los yanquis, Duhamel nos conoce y nos estima debidamente, y desea visitar nuestros países a fin de estudiar nuestra civilización que, dadas sus ideas, no podrá menos de suscitar su aprobación y su simpatía.

Este escritor, que podría ser llamado, imitando el decir de Goethe, "un francés ciudadano del mundo", mira con curiosidad solicita a todos los pueblos. En su nuevo libro, *Geographie cordiale de l'Europe*, vuelve al viejo continente y nos confía sus impresiones de tres pueblos fronterizos, que son por eso algo así como la encrucijada de diversas culturas: la Holanda, la Grecia, la Finlandia. Pero aquí quien nos habla es, más que el moralista, el poeta que hay en Duhamel. La Holanda, este país formado tanto por la naturaleza como por el hombre, le inspira un verdadero poema de simpatía y fervor. Loa su genio creador que ha sabido hacerse un terruño con el aluvión de los ríos de Europa, sus ciudadanos graves y delicados, sus mujeres bellas y hacendosas, su indumentaria campesina que hace hermosas a todas sus aldeanas, sus tradiciones y leyendas siempre vivas, como esa historia del pequeño Cornelio y el gatito Poes quienes, arrebatados en una barca por la tormenta, consiguen salvarse gracias a Poes que se improvisa timonel. "¡Oh país de la perseverancia, país dichoso que tienes siempre algo que vencer!, exclama; ¡querría decirles a los hombres que no te han visto, que no han descubierto aún uno de los mejores semblantes de la humanidad!"

La Grecia, en cambio, lo torna nostálgico, melancólico. Celebra, ciertamente, su cielo y su mar de encanto, su escultura antigua en que, a pesar de la perfección, hay siempre "alguna

particularidad turbadora”, y sobre todo su “sagesse” tradicional de la cual somos herederos. Pero un triste suceso que presencia: la repatriación de los griegos de Anatolia, decretada por el tratado de Lausanne, ensombrece sus impresiones. Era un éxodo lamentable de millón y medio de hombres arrancados a su propiedad, a su hogar, a sus costumbres por el celo vano de legisladores inconscientes. “Mal alimentadas, fatigadas, ansiosas y casi en todas partes sin trabajo, esas multitudes miraban con sorpresa el rostro de aquella patria que les imponían de pronto y de la cual ignoraban todo, salvo la religión”.

La Finlandia enciende nuevamente el optimismo y la simpatía de nuestro autor. Este país de “los bardos rústicos, de los héroes que labran la tierra”, es un dechado de pueblo nuevo, cuerdo y activo. A la vez que trabaja y se instruye y vive en paz, recupera su lengua nacional suplantada por el sueco, recoge sus viejas canciones en la estupenda *Kalevala* y no olvida sus leyendas maravillosas. Y al mismo tiempo que conserva sus costumbres y se divierte como antaño cantando en coro, sigue atentamente el progreso de Europa y de los Estados Unidos. Duhamel loa su cordura y su actividad, pero la advierte del peligro. “Finlandia ¡oh amiga mía!, le dice; no mires los Estados Unidos, no vendas tu alma viviente por una inerte corona de oro. Abre tus canales, construye tus esclusas, seca tus pantanos, haz brotar la cebada y la avena hasta en los campos lapones, edifica tus fábricas, transforma en papel tus grandes selvas murmuradoras, busca en tu subsuelo el plomo, el hierro y el cobre, sueña con las grandes empresas; pero no desprecies tu verdadero tesoro, consulta a tus antiguos héroes, permanece fiel a tu leyenda...”

Duhamel piensa continuar su Geografía cordial. Este escritor une, a la más viva simpatía humana, la firmeza más decidida.

—Debemos combatir sin tregua la tontería — me ha dicho en una de nuestras charlas. — En realidad, lo que yo combato no es más que eso: la tontería.

Así llama este escritor cordial a la ceguedad, la codicia y la baja ambición de los individuos y de los pueblos. Y tal vez tenga razón.

FRANCISCO CONTRERAS.

París, setiembre, 1931.

## LA LAGRIMA

(Lord Byron).

**C**UANDO amor o amistad mueven  
Las simpatías del alma,  
Cuando aparecer debiera  
La lealtad en la mirada,  
Con un hoyuelo o sonrisa  
A veces el labio engaña,  
Más de la emoción la prueba  
Es una lágrima.

Es también una sonrisa  
Del hipócrita una trampa,  
Ya del odio, ya del miedo  
A menudo simple máscara.  
El suspiro dadme, cuando  
El ojo, expresión del alma,  
Por un momento se anubla  
Con una lágrima.

Está de barbarie exento,  
Gracias a la dulce llama  
De la caridad, el hombre;  
Más allí do ella no alcanza  
La compasión aparece  
Y enternecida se apiada  
Y al punto vierte su bálsamo  
En una lágrima.

*El que forzado sus velas,  
Del viento entrega a las ráfagas,  
Para navegar en medio  
De las oleadas atlánticas,  
Se inclina sobre las ondas,  
Tal vez pronto su mortaja,  
Y del mar el verde brilla  
Con una lágrima.*

*A la muerte desafía  
Por una corona vana  
El soldado, de la gloria  
En la carrera romántica;  
Mas cuando cae su enemigo  
En el combate, le alza  
Y le lava sus heridas  
Con una lágrima.*

*Si él a su novia orgulloso  
Vuelve, después que su espada  
Abandonó tinta en sangre,  
Premio a sus penas alcanza,  
Cuando al ceñir con sus brazos  
A su dulce bien amada  
Besa sus párpados, donde  
Tiembla una lágrima.*

*Edén de mi adolescencia,  
Del Afecto y Fe morada,  
Do por el Amor seguido  
Veloz el tiempo pasaba,  
Te dejé angustiado, y cuando  
Te envié una última mirada,  
Sólo la flecha a través  
Vi de una lágrima.*

*Aunque a mi María votos  
Nunca más ofrezca mi alma,  
Mi María, en otro tiempo  
A mi amor tan dulce y cara,  
En su glorieta sombría,  
La hora en que ella premiaba  
Mis juramentos, añoro  
Con una lágrima.*

*Hoy ya de otro, pueda ella  
Vivir feliz y sin ansias!  
Su nombre, reverenciado  
Será siempre por mi alma!  
Con un suspiro renuncio  
Al bien que mío juzgaba,  
Y el engaño a ella perdono  
Con una lágrima.*

*Oh amigos! Antes que os deje,  
Una querida esperanza  
Realizada ver querría:  
Que en esta campestre casa  
Al encontrarnos de nuevo  
Por nosotros derramada,  
Como lo fué al despedirnos  
Sea una lágrima.*

*Cuando vuele a las regiones  
De la noche eterna mi alma,  
Y en el féretro, encerrado  
Inmóvil mi cuerpo yazga,  
Si pasáis junto a la tumba  
Donde mis restos descansan,  
Humedeced mis cenizas  
Con una lágrima.*

*Ni los mármoles deseo,  
Ni las pompas funerarias,  
Que solamente los niños  
De la vanidad reclaman;  
Jamás blasone mi nombre  
Ficción alguna de fama:  
Todo lo que pido y quiero  
Es una lágrima!*

LUIS MARÍA DÍAZ CARVALHO.

## DIARIO DEL RETORNO

**D**ía sereno, luminoso, pero muy frío; a las ocho de la mañana desciendo del vapor; abrazo a mi anciano Padre conmovida, con lágrimas en los ojos. Lo acompañan mis dos hermanos; estoy jubilosa, pero todo me es extraño. No vuelvo a mi patria; me parece que entro en una ciudad desconocida; no reconozco las calles, no me oriento.

El automóvil se detiene ante una puerta. Bajo; por un ancho zaguán llego a otra puerta maciza; mi Padre la abre, funciona el ascensor y me encuentro en un tercer piso, en un departamento casi elegante, tibio, y sin luz. Es el recibidor; mi hermana me espera; abrazos efusivos, alegría de volvernos a ver, elogios de mi buen semblante, desbordamiento de mi corazón deseoso de prodigarse.

Me acompañan a mi aposento; pequeño, empapelado de color gris, con muy poca luz; los muebles amarillos suavizan un tanto la monotonía. Recorro la casa, pero no me veo en ella; me parece una jaula, nada me es familiar. Llegan otras hermanas, sobrinos, sobrinas, amigas; hablo, hablo sin cesar como una máquina, y termino el día afónica. Mi alma está impregnada de recuerdos, como mi retina de luz; el mar y la montaña, el cielo de Italia, la isla de Capri, me aureolan; mientras pienso, me sumerjo en su atmósfera y cada día me siento más extranjera y más ajena a este recinto nuevo y demasiado estrecho para mi movilidad y mi imaginación. Quiero adaptarme y mis ojos se empañan de melancolía; la alegría que me ha dado Italia rebulle en mí, buscando una válvula de escape. Mi alegría es dulzura, plenitud de vivir, paz.

Deseo comunicarla, compartirla, y, al mismo tiempo la custodio como un tesoro, pero las horas disminuyen insensiblemente su vibración. Las paredes me estorban, me falta aire, necesito sol,

y los días son opacos, plomizo el cielo, monótono el ritmo de cuanto me rodea. La vida me aferra con sus garfios.

La tarde es gris; llegan hasta mi mesa los ecos de la calle, bocinas, campanilleos, rechinar de frenos; parece una agitación de fiesta.

\*

Ha llovido; esta mañana, después de las once, salí para regresar bajo la garúa que salpicaba mis pies demasiado alejados del paraguas. Mi día fue así también gris, indeciso, poseída por un desagrado que me había entristecido mucho. Quise escribir dos tarjetas y me equivoqué; comprendí que debía postergar la correspondencia y escribí un pensamiento. Pero las ideas son torpes, intermitentes; el desagrado no se ha disipado por completo y mi sensibilidad es el diapasón de mi cerebro. Mi plexo está comprimido; esta mañana me dolía como si lo hubiesen golpeado. Yo creo, como los hindúes, que es el centro de nuestra inteligencia. En mí sé que es un centro indispensable al equilibrio de mi trabajo y de mi voluntad; hasta me siento endurecida, hostil, si él está enfermo.

Y tiene razón de sufrir así; parece el reflejo de mí misma y su ritmo no se establece hasta que no se borra el último vestigio del desagrado, con las palabras que me hirieron, la actitud que me dañó y hasta la imagen iracunda que se retrata en mi retina, cada vez que las recuerdo.

Mi mano es pesada para escribir, los pensamientos penosos. Oigo continuamente el teléfono de la casa de enfrente, tan cerca de la mía, que me parece el nuestro; me levanto, llego hasta el recibidor y me vuelvo desconcertada.

\*

Es día de fiesta; en la casa de enfrente suena en el gramófono un disco quejumbroso, que me produce el efecto de un berrido lastimero. Es siempre el mismo; lo oigo todos los días desde mi regreso; la persona que lo escucha se retrata en esta preferencia. ¡La casa de enfrente! Si yo pudiera hacerla desaparecer por arte de magia! Gris, alta, uniforme, con cuatro ventanas iguales, chata como todas las fábricas internas compuestas de depar-

tamentos. Le perdonaría su pobreza arquitectónica si no obstruyera la luz y el horizonte, principalmente el horizonte! Las habitaciones deben parecerse a la mía o ser de iguales dimensiones, y como ésta, tristes, opacas.

Pero mi verdadero suplicio es el disco; entonces me siento energúmeno; suena tras la celosía cerrada, en la sombra, como los delincuentes, y yo debo cerrar la ventana y sofocarme para no oírlo.

Los días de fiesta nadie sale hasta muy tarde y engañan las horas así, oyendo berrear el disco.

La mano alevosa me parece de mujer, de mujer reclusa, que mata su nostalgia o sufre con placer los lamentos desgarrados del canto, porque son semejantes a su tristeza. Y debe ser muy honda; la persigue a toda hora, a veces le da el primer saludo por la mañana, es su camarada en la hora de la siesta, le hace menos larga la velada, cual una necesidad antes del rezo para entregarse al sueño.

¿Reza? ¿O es este brebaje el último sorbo que aplaca su angustia?

En la ventana última de la izquierda suele matizar la radio las horas de la tarde; como en la anterior, no salen sus habitantes los días de fiesta, pero no son tristes.

Repite un programa de música incolora, monótona y exasperante; los oyentes deben estar despanzurrados en cómodos sillones con los ojos inexpresivos, fijos en el vacío, siguiendo las espirales de un cigarrillo o pensando en el último flirteo. Más allá el campanileo y el rodar de los tranvías, las bocinas de los ómnibus. Callan las notas para dar tiempo a un diálogo cavernoso, ridículo, a través de la repercusión metálica, sin gesticulaciones ni expresión.

Los espectadores no tienen bastante argucia para adaptarle una fisonomía, los actores están como ellos ante un aparato con boca de acero, cecijuntos o distraídos, hablando como autómatas, en un recinto estrecho, un teatro de títeres; lo que allá se hace con la acción, aquí se reduce a la palabra.

\*

Ando por mi ciudad como en tierra extranjera; desconozco las calles, los edificios, los tranvías; todo me es nuevo como si nunca hubiese vivido en ella; me extravió, pregunto.

Los hombres se cruzan a mi paso con caras agrias, ceños duros de violenta tensión interior, de intensa preocupación por afanes cotidianos, que absorben, consumen y contraen los músculos en una expresión de esfuerzo que no es fatiga. Todos corren tras un fantasma invisible que se escapa y quieren alcanzar trepando, no importa donde. Hay que llegar, es necesario llegar; es un pueblo que no espera, corre, se apresura.

La ciudad uniforme, abigarrada, sin carácter, con el abigarramiento de cosa que renace cada día y quiere superarse, sin haber hallado todavía su camino, ni definido su estilo. Casas altas, bajas, anchas, angostas, cuadradas, rectilíneas, puestos de venta en improvisadas plazoletas que no le confieren belleza, montañas de fruta, voceo de pregoneros, ruido, mucho ruido.

Una muchedumbre pululante donde alternan todos los tipos y todas las razas.

Muchas mujeres rechonchas, de andar lento, sin ocupación, sin anhelos, muy ataviadas, pero artificiales, con ese refinamiento que mata la lozania y la gracia naturales en fuerza de ser rebuscado y meticuloso. Contraídas, reservadas, miran mucho a los pasantes; la exterioridad las atrae singularmente; con una mirada juzgan y analizan, preocupadas del aspecto ajeno como del suyo propio. Visten buena ropa, calzado flamante, con el semblante reposado, dentro del cánon de la elegancia que no admite el más leve desaliño y de la belleza siempre estucada de muñecas vivientes.

\*

Vivo y estoy ausente; mi presente ha quedado allá lejos, del otro lado del Océano, y, por esa senda imantada de azul y de olvido, yo creía seguir en perpetua ascensión sin volver al pasado, y el pasado, comienza a cercarme, taimado, vigilante.

¿Cómo? ¿Debo volver a todo aquello, renovar los días sin expansiones, sin alegrías, reanudar los menesteres ya sustituidos por otros más altos y cautivantes, readaptarme, recomenzar?

Sí, recomenzar.

Hasta la casona con sus tristezas quiere volver; ambulan aquellos días en el tiempo, desprendidos de mí, por el alejamiento que me ligó a otro clima y me dictó otras verdades. ¿Por qué sufrir,

por qué llorar?, me dijeron los hombres de aquellas tierras, con su vieja sabiduría. Lucho contra el pasado, quiero impedir su avance, pero él se insinúa, tenaz, mordiente, implacable.

Y comienza el descenso de la alegría y de la dicha de vivir. No más encanto, no más renovación; reducirse, concentrarse, guardando como antes, tras una máscara, el ritmo indeciso y pesado de los días; vivir tan sólo con el cerebro. Y ahondar, ahondar en la psiquis, para pedirle ¿qué? soledad, retraimiento. Siento la aspereza de los caracteres, esa aspereza hiriente y batalladora que debía tocarme al pisar la nave, para no abandonarme más, como si la dulzura que nutriera mi ausencia, fuera un delito que yo debía largamente purgar. ¿Qué soy ahora, dónde siento las raíces de mis antepasados y de mi alma ancestral?

Nadie sonríe; los hombres son reservados y fríos, las mujeres miran con indiferencia, y, me encuentro en mi patria más desconocida que un forastero; quiero aproximarme a alguien en el tranvía, dirigirle la palabra, y me mira con desconfianza; no me contesta, mi familiaridad lo asombra. En los comercios, en las reuniones sociales, en los paseos públicos, la misma rigidez. Mi semblante siempre abierto y pronto a comunicarse, debe parecerles una ironía.

¡Qué lejos estoy de la generosa cordialidad itálica! Renuncio y me siento cada vez más sola.

\*

Paso por el salón Witcomb. Entro; hay una muestra de pintores argentinos. Vuelvo a encontrar viejos conocidos y me deleito contemplando sus obras. El momento es propicio, el juicio inequívoco. Penetrada como estoy por las miríficas visiones de arte de mi segunda patria, compruebo con placer la evolución de algunos y los progresos de todos.

Bermúdez en primer término, con su admirable cuadro *Las Viajeras*, ¿cuántos he visto en Europa inferiores a él? Viven en la tela esas peregrinas, como un trasunto de un lienzo renacentista. Después Bernaldo de Quirós, para mí casi nuevo; luego Carnacini, el pintor que me cautivara en una de sus primeras muestras con *Después de la Lluvia*, pequeña tela quizá olvidada, hoy representativo de costumbres que se van, imponiéndose con *Rancho*,

rodeado de melancolía y soledad, rodeado por el silencio de la Pampa, ese silencio nuestro, tan distinto al silencio de la montaña y a la soledad del mar. Alice en un género nuevo, con otra manera y mayor espontaneidad, dulzura casi mística, suavidad en el colorido y otros desconocidos, pero valientes y afirmados en el arte.

Menos modernos que muchos colegas de allende los mares, más artistas y más emotivos, siguen una ruta y avanzan, perfeccionándose.

Después, a la muestra italiana. ¡Qué desencanto! La tierra que aún vibra en mi retina con sus colores y me aprisiona en las redes del arte, no está allí; sus hijos más preclaros, aquellos que respetan la tradición y se amamantan de su alma profunda, aquellos que tapizan las salas de la Galería de Arte Moderno, y señalan el camino a los que surgen, no están allí; mis compatriotas me han reconciliado un tanto con el frío de la llegada y el vacío de la ausencia; parecían esperarme para ofrecerse a mis ojos ya tan avezados a las delicias de la contemplación.

Pero no puedo ocultar mi extrañeza; ¿por qué no veo a Coromaldi, Mancini, Irolli, Croatto, Cascella, Balla y otros más? ¿Qué ideas se formarán los que no conocen Italia, de su gloriosa estirpe y del genio de su raza, si los que llegan a nuestras playas tan mal la representan? Veo también a Fader... algo disminuido... ¿por qué? ¿es el contraste de lo ya visto, es su talento que declina?

También aquí se trabaja, también aquí se vive, pero en todo siento ese frío psíquico que me daña, y me aferro con más ahinco a las visiones, a los recuerdos, y hasta a la esperanza, para mantener como las Vestales, encendida la llama que todo tiende a extinguir. ¿Cómo encontrar el calor en el arte si falta en la raza?

Mucho intelectualismo, esterilización de las fuentes vitales, diezmo de la fragancia lozana que nace del corazón y se da en bondad y ternura. Todo se discute, todo se tritura, todo se desmenuza, como los niños que rompen un juguete para ver lo que contiene, sin lamentar su pérdida, felices de haberlo destrozado; insubordinación, despegó.

Una tras otra desfilan ante mí las facetas de la vida de mi ciudad, presentándose otra vez el carácter que había olvidado, y yo creía superior al europeo, así, porque no conocía más y

porque estamos habituados a decir: "somos jóvenes, nuevos, emprendedores" y creemos sinceramente saberlo y haberlo dicho todo.

Pero ahora, ¡cuánto más noble, más dulce, más grato me es el acercamiento de lo que desconocía y me ha saturado de benevolencia, de nuevas comprensiones, de sanos principios que aborrecemos por caducos y son siempre nuevos, duraderos y fundamentales!

\*

Pienso en los pobres que socorría antes de mi partida; quiero recordar las calles, repetir el nombre de los barrios; en vano. ¿En cuáles vericuetos no me aventuré a consolar dolores humanos, más allá del cementerio de Flores, en los suburbios de Belgrano? ¿Dónde están ahora, con cuáles tranvías he ido allí? También están en el pasado y comprendo que entre la belleza y la realidad hay una gran distancia, por la que nos es difícil retroceder.

Una especie de angustia secreta me oprime al representarme los barrizales, las veredas mal pavimentadas o las calles sin ellas, con barrancos, zanjones y senderitos marcados misericordiosamente para pasar, las casuchas miserables. ¡Imposible, imposible! Estoy tan ausente, que me sería doloroso volver a ellas; todo lo que está más allá de mi vista tiene un sólo marco y no puedo salir de sus dimensiones.

Así debe ser el tránsito a la otra vida, un despojo en el pasado lejano, hacia el cual no podemos retornar.

Estoy hechizada por un maleficio de belleza; busco desconsolada la fuente de dulzura que huye lentamente de mí, y no existe; salgo a la calle, busco algo que me inspire, busco lo que allá era argumento de todas las horas, lo que allá era sugestión siempre nueva, panorama y enseñanza, espíritu y exaltación; nada... días grises, calles rectas, largas, frías, interminables, llanura, llanura... llanura.

•

La visión se esfuma y el pasado vuelve, pesado, inexorable; mi corazón se cierra cada vez más, y comienzo a sentirme más

cerca de los hombres y de la vida. Soy ama de casa, las compras me llevan a los bazares llenos de quincallería, cristales de mal gusto, baratijas de todo género. Los escaparates de Florencia, Venecia, Roma, Nápoles ¿dónde están? Entro curiosa en un remate y huyo desolada; busco en las calles una nota pintoresca y no la hallo; trato de descubrir al pueblo entre los numerosos caminantes y veo que no existe el pueblo que tanto anima con sus costumbres y tradiciones la vida de otros países. Entro en los templos y están huérfanos de arte, desnudos de pinturas, con malas imitaciones e imaginería barata; ni nuestra Catedral es interesante. Sólo San Miguel tiene un semblante y un estilo, sin barroquismo ni recargo de oro.

\*

Y una tarde, tras lo que la ciudad obstinada me niega, voy hasta San Isidro.

Los durazneros floridos fingen pinceladas de acuarelas sobre el fondo opaco del paisaje; pero las montañas no están, ni los mares dormidos, ni los valles umbrosos, ni las cascadas murmurantes. Núñez con su hórrida espalda de taperas de lata y desechos, me oprime de tal modo, que no puedo vencer mi desconsuelo, y todo el camino me parece así dismantelado, antiestético, vulgar. Los árboles todavía sin hojas, descubren indiscretos las fealdades y deformaciones.

Y una amiga que se cruza al acaso al bajar en la estación, me pregunta inquieta: ¿Qué tiene, se siente enferma?

—La impresión extraordinaria de lo que acabo de ver me ha demudado así — contesto.

—¡Cómo será lo demás, si esto le hace tan mala impresión y es lo mejor que tenemos alrededor de Buenos Aires!

Pero lo demás, todavía, no lo he visto... felizmente.

\*

Numerosas señoras, en su mayor parte enlutadas o con ropas muy oscuras, están sentadas en dos alas a lo largo de las habitaciones de la casa, formando como un pasillo en dirección a las puertas que las comunican entre sí. Ha muerto el jefe de la familia. Hablan sosegadamente las unas con las otras, suspiran,

contraen la boca, bajan los párpados con expresión compungida. Son casi todas entradas en años, muy arrebuajadas en las pieles de los cuellos; hablan de operaciones, de tumores, de cáncer, de tuberculosis; la atmósfera es pesada, respiro mal.

No pronuncio una palabra, ni acierto a concertar aquellas frases convencionales de pésame que se dicen a todo el mundo. Miro, miro sin descanso, sin salir de mi estupor, a aquellas señoras inmóviles, de caras sombrías, absorbidas como en un rito o puestas allí como en la sala de un ministerio a la espera de lo imposible, mientras la esposa del muerto repite por centésima vez, ya sin aliento y sin lágrimas, el proceso minucioso de la enfermedad.

El cadáver ha partido para la última morada, los deudos han pasado dos noches en vela, pero nadie se va. Y recuerdo, cómo sentía yo la solemnidad trascendental de la separación y la necesidad de sosiego a solas con la forma de la que había sido mi Madre y me había dejado ese gran vacío que los amigos con su buena voluntad hacía todavía mayor, porque me privaba del coloquio mudo con el hálito que fluía en torno a la Amada, y era como su última palabra, su última voz, que nos llegaba ya desde el sepulcro.

Cuando mis fuerzas comienzan a flaquear, salgo de allí y digo: volveré... la acompañaré... Por fin estoy en la calle; respiro a bocanadas el aire fresco, me dejo acariciar por el sol; creo haber salido de una catacumba o haberme liorado de una pesadilla.

—¡Dios mío! — exclamo — si alguna vez me viera en este caso, no he de someterme a semejante suplicio. ¡Qué costumbres las nuestras!

\*

Veinte de Diciembre, día de otoño; el viento se quiebra en fuertes remolinos contra mi ventana, se filtra por la celosía con aletazos de vendaval. Por vez primera mi alcoba me ha sido íntima; la luz es escasa, he encendido mi lamparilla, como aquellas noches en que tejí mis versos, aislada del mundo y de la vida, pero el día no es igual, ni la sugestión de la hora, ni la voz del viento.

Ningún pasado tan lejos de mí como aquél de la casona grande y vacía poblada de mis horas más intensas.

Creo que se aproxima el invierno; reclinada en mi diván, busco algo mío en esta casa moderna y sin alma. Mis ojos se vuelven involuntariamente al cuarto rosa, al viejo reloj, al campanario prominente en el fondo del largo corredor, y a las paredes patinadas por la luna, estáticas como semblantes marmóreos, en el gran espacio que se abría sobre los tejados bajos. Todo mi pasado está allí enlazado a la etapa que lo borró de mi alma, con sus visiones miríficas y su gran dulzura.

Tres meses han transcurrido, y todavía no me han llamado las cosas con su palabra oculta, ni la vida presente con su verdad. Mi peregrinación semeja la ascensión de Dante hasta el Empíreo, y ha trocado mi nostalgia en alegría, mis inquietudes en placidez.

Como a Dante, me deslumbraron la luz, el sonido y la armonía; poseída por la belleza, las brumas del pasado se desvanecieron en la lejanía, la vida recomenzaba nueva, exuberante.

Tampoco el cuarto rosa existe, donde yo oía caer la lluvia lenta y pesada con su murmullo adormecedor y el viento batía como hoy la persiana de mi puerta lúgubrementemente. Y su alma, esa alma que vagaba por los aposentos amplios y silenciosos y parecía salir a mi encuentro cuando me quedaba sola, habrá emigrado a otras tierras desterrada por los habitantes que ahora la hallarán muda.

\*

Soy una mariposa clavada en estos muros; agito las alas cada vez más debilmente, hasta que la muerte de todas mis emociones las pliega para siempre; el pasado me ha vencido, está allí otra vez delante de mi puerta y yo claudico, me acongojo y lo ahuyento.  
¿Qué viene a pedirme, qué quiere de mí?

Un solo día tuve el sabor de su tósigo por extrañas reminiscencias; comprendí sólo entonces cuanto me había dañado, y comprendí también, por qué luchaba con él. Si un día viví de su amargo deleite, bien sé ahora, cómo está, para siempre, separado de mí.

\*

Enero enardece las paredes y solea las calles; los ruidos se hacen insoportables, por ese aumento de repercusión que adquieren en verano con las ventanas abiertas. Es domingo; salgo de la ciudad agotadora hacia el solaz del verde y la sombra, entre los árboles. Frondas tupidas se empinan por la barranca entre Vicente López y San Isidro, con toques de cuadros paradisiacos; los ojos reposan, los nervios se aplacan.

Vago entre los setos de ligustros y rosales sin flores, hasta el Club Atlético; grupo de niños juegan a la pelota de pie; parejas jóvenes, muy blancas, sobre la granza roja se desafían al tennis; canteros floridos, una fuente con azulejos, un corpulento ombú. Sus grandes ramas se extienden formando ancha pérgola sobre dos bancos solos. Me siento a mirar la distancia; árboles, casas y césped, todo igual, chato, en un mismo plano, pero sedante; hay silencio, hay espacio, hay quietud. La casa estilo colonial con sus grandes terrazas, su pórtico y sus miradores, me atrae singularmente; una nota festiva y juvenil de tinte azulado, muy suave entre el verde brillante, con su espacioso patio, sus rejas voladas, sus mosaicos de sabor arcaico, de colores desusados en la Urbe tan gris.

Más cerca de la entrada, tiene el club una joya en la Casa de las Socias, con una imagen sobre la puerta principal, un escaño adosado a la pared y un alto zócalo de mosaicos españoles, el león de Castilla en los alambrios del pavimento del corredor, arcas de cobre repujado, un gran espejo sobre un tapiz de damasco rojo, fanales de hierro forjado con alto pie o colgantes, tinajas de barro con flores en lo alto de la escalera, escenas campestres en pequeñas cerámicas incrustadas en la pared a manera de cuadros, un rincón exótico... algo que no es nuestro y por eso... tan simpático. El Renacimiento trasladado a nuestro suelo, las costumbres montañesas y las devociones patriarcales, junto a la cancha de tennis y al ombú centenario. La teja y el escaño, las ventanas sin postigos ni celosías, junto al sillón de mimbre. Y es un rincón de frescura en la vibración del día, bajo los tupidos jazmineros con la caricia del mosaico y el surtidor de la fuente.

Esta es la hora de transición, en que todo se dice o se intuye y las alas debieran abrirse otra vez; es el minuto de un nuevo

horizonte que se abre y promete asociarme como se han asociado las cosas añejas con pátina nueva al ritmo presente; pero esta fértil pujanza me parece un ímpetu que nada sostiene, que nadie ha sembrado.

Quiero sentirla como he sentido lo que ya no tengo; quiero asimilarme a la flor, a los campos, a la alegría de lo que vive fuera de mí y es inútil; retrocedo, y el retroceso es violencia sin fin.

\*

Todos me hablan del río, de los baños, de la vida en la playa; pasan grupos animados, compuestos de jóvenes de ambos sexos o familias con sus niños; cada uno lleva un lio, una cesta; los pequeños cargan una pava, una botella, un paquete de pan. Los trenes llegan atestados de viajeros que se vuelcan por las calles, en los ómnibus, hacia una misma dirección. Quizá está por revelármese lo pintoresco.

Por la tarde, calmado el ardor canicular, sigo la calle de todos, desciendo la barranca hasta la línea férrea, y me encuentro muy cerca del río entre un enjambre de carros y vehículos de todo género. Grupos de cantores rasguean la guitarra y meriendan; en un claro los componentes de un *pic nic* se han entregado a la danza; sobre el suelo polvoriento se confunden las parejas más heterogéneas, con las más caprichosas indumentarias, la zapatilla de baño y el zapato de alto tacón, el delantal y el vestido de fiesta, la seda y el percal; giran, giran, en el vértigo del vals, o siguen los balanceos de un tango, preferido en esta hora de pesadez estival. Los claros son muchos, todos están ocupados por *pic-nics*, en todos se baila, mientras las madres descansan, sentadas en gruesos troncos.

Del río llegan bañistas, con el cabello mojado, mal envueltas en cortas toallas que no las cubren, con los pies desnudos sobre la tierra ya revuelta con detritus; corren por entre los bailarines hasta la improvisada carpa, más allá, en el bosque.

Evidentemente es el pueblo liberal y despreocupado de todos los países, mas no el pueblo tradicional, típico y colorido, con su lenguaje y sus chascarrillos. Complace verlo así en la expansión dominguera, disfrutando los favores del aire y del baño,

aunque en tan pobre escenario la fiesta pierda espontaneidad y atractivo.

En la margen del río muchos grupos están sentados al sol declinante, mientras el balneario es un hormiguero humano; se diría insuficiente el agua, y hasta infecta por su aspecto y por el apiñamiento. No nadan, ni se sumergen; apenas se mojan, todos de pie, todos confundidos. Densas parecen las aguas en la orilla casi fangosa, de tierra humedecida y césped anegadizo, donde se sientan como sobre una plancha de rocas, donde no hay acantilado ni costa que la proteja, en un sitio de recreo improvisado, sobre el suelo natural.

Observo todo ese pueblo feliz en su ignorancia de lo mejor, chapaleando en el agua turbia con evidente fruición; miro el río grisáceo y opaco, y me pregunto: ¿Yo también deberé sumergir algún día mi cuerpo en esas aguas mezcladas con todos los residuos que las crecientes arrastran de la orilla?

La vaga caricia del verde se ha desvanecido y surge la playa donde tomaba los baños, con los cantos relucientes bajo el sol, con los pescadores que recomponían las redes, mientras otros se hacían a la mar en sus barcas pintadas de vivos tonos, con la transparencia del agua color de zafiro oriental, la península Sorrentina envuelta en un velo de nacar, la teoría de botes blancos que volvía de la Gruta Azul.

Me vuelvo con la garganta apretada, camino maquinalmente, poseída por la súbita representación y el contraste, ya olvidada de la casa colonial, del jardín, de la verdura.

¡Esta es la verdad, éste el carácter de cuanto me rodea!

\*

Los primeros albores del amanecer ciñen el cielo de una franja roja, más brillante en Oriente, más suave hacia el Ocaso. La ciudad parece dormir todavía bajo la tenue claridad matinal, pero algunos paseantes andan ya, mientras los vehículos aumentan por momentos. Las cúpulas, las chimeneas, los esquemas lejanos del puerto, del Retiro, de la Avenida de Mayo, se dibujan levemente en la transparencia rosada de la distancia transfigurados por un ropaje de poesía.

Abro mi balcón, respiro ávidamente el aire y contemplo ex-

tasiada el nacimiento del día, en la purificación de la luz que lo trae nuevo cada mañana. Mi habitación se inunda con su hálito virginal, y la primera flecha de oro se proyecta en la pared del fondo, cuando el disco todavía sanguíneo asoma su curva inflamada, sobre la cinta del horizonte.

Renazco yo también con él a un nuevo mundo de sugerencias; penetro en la vida profunda de mi ciudad, extendida ahora a mis pies como un gran estuario poblado de naves ancladas; revivo en el fuego del sol, en la perspectiva, la dinámica de todos los milagros consumados, y aunque éste es un remedo incipiente de aquéllos, me reconcilio con las cosas, me aproxima de nuevo a la ruta de toda mi vida, que ahora parece correr por el suelo, muy lejos, muy lejos de mí.

La altura me ha dado un miraje apaciguador y me ha puesto en la torre del faro, donde veo todo un mundo cerrado en mil cajas de cal y cemento, extendido más allá de la vista. Fría arquitectura incolora y monótona; cúpulas que no son campanarios, agujas que no son cruces, construcciones que no son claustros ni castillos.

Hacinamiento sin historia, donde el emporio mercantil o industrial ha levantado grandes masas de habitaciones cuadradas y rectilíneas, sin relieves en la distancia, sin perspectivas en el confín. Las nieblas vagarosas en los atardeceres velados las auroras triunfantes, algún ocaso turbulento con irisaciones de cinabrio y estratos de verde-mar, alguna refracción de oro y azul en la hora meridiana de un día luminoso, y nada más. Vapores semi-azulados transfiguran las siluetas lejanas y allá no parece más ella; se sutiliza en huidizas visiones nostálgicas, como si fingiera tristezas que nunca revela, como si soñara lograr en el tiempo, otra faz menos dura.

Si, mi ciudad tiene también su poesía y sus galas de púrpura y oro; mas la leve semblanza no cambia su tosco sayal de plebeya ni la pesadez de la argamaza, sólidamente cimentada en la tierra, sin ideales ni ansias de altura, sin esbeltez y sin gracia. Toda mi ciudad está ante mí con la férrea estructura de sus vértebras curvadas en el trabajo, con la raigambre de sus tentáculos esparcidos a mis pies, en la conquista de un futuro glorioso, mirándose proyectada en el tiempo, ya fuerte, ya fecunda y promisoría. Se

siente señora de grandes potencias, rica de savia y de bienes, capitana de nuevas regiones que surgirán, reflejo de todos los ecos que llegan de fuera. Y se vuelca, se vuelca insaciable.

Las calles muy anchas y planas, las manzanas bien delineadas y compactas, los pavimentos sólidos, las casas muy juntas, sosteniéndose las unas a las otras o agrupadas como si temieran derrumbarse o les diera pavor el vacío, obstruyéndose la luz, el aire, el espacio; como si el perímetro estuviera ya exhausto y la extensión agotada. Ancha y densa, prosaica y agitada, pero segura y consciente de su valer.

De noche se viste de fiesta. ¡Oh, cómo se transforma! y se engaña a sí misma en la hora ilusoria, con la farándula de luces coloreadas! ¡Cómo se engaña con guirnaldas de abalorios y festivos estallidos de alegría que no siente! Pero es bella, brillante, seductora.

¿Qué importa? ¿Qué importa si usa diademas de anuncios, collares de reclame, brazaletes de lucro, ajorcas de precios? ¿qué importa? Quiere ser sultana oriental y es siempre la misma; su sayo burgués está allí, simulado por todo ese fuego.

Eclipsa la noche, entibia la luna, domina, como se impone de día con el rumor y el trabajo. Yo miro entonces las estrellas melancólicas sobre sus vívidos relampagueos y adivino su porvenir.

\*

Marzo transcurre con lánguidas cadencias de otoño; la ciudad me asimila a su vibración estridente y a su fuego de artificio, y desde mi balcón de un quinto piso la recupero, nueva, desconocida, mientras la luz me aísla de su contacto, mientras los recuerdos vagan dulcemente como sus nieblas, en el fondo melancólico de la evocación.

MARTA SERANTES.

## LEYENDO A GRACIA DELEDDA

**E**L lector, aun el más superficial, nota inmediatamente que en las novelas de Gracia Deledda alienta un aire común a todas ellas. No es raro hallarnos con este fenómeno. El temperamento del autor hace que sus páginas, cualesquiera sean los asuntos tratados, se presenten hermanadas al lector.

Es, desde luego, natural, que los personajes de Gracia Deledda sean "deleddianos"; lo raro es el grado de originalidad conseguida. Son tan "deleddianos" que resulta imposible el confundirlos con otros personajes de novela.

Al leer un libro acomodamos de antemano nuestro espíritu a su género. Si es una tragedia no pediremos el alegre final o el tono festivo. Si se produjera nos sentiríamos molestos, como si al tratar de sentarnos en un sillón de blandos cojines halláramos que han sido rellenos con arena. Solamente el espíritu alerta y vivaz no repugna de los tropiezos y salta gustoso de una modalidad a otra.

Pues bien, al poco rato de haber comenzado una novela de la Deledda nos percatamos que no hallamos en ella aquello a lo cual nos habían acostumbrado los demás libros del género.

Y esto nos inquieta.

La enorme mayoría de los humanos amoldamos las cosas nuevas a las viejas y no solamente aprendemos yendo de lo conocido a lo desconocido, antes solemos remontarnos de lo desconocido a lo conocido. Amamos las semejanzas, quizás las amamos por llevar mucha prisa de encajarnos tranquilamente en el ambiente, por una especie de burguesismo intelectual. Si amáramos realmente las cosas acariciaríamos las diferencias y hasta las cultivaríamos.

Los novelistas siguieron uno tras otro las huellas de los primeros. Sus personajes, a pesar de su aparente diversidad se pue-

den juntar en limitados grupos, campeando en la historia eterna del amor: él y ella.

Las escritoras ya nos habían acostumbrado a la mayor intensidad psicológica femenina; algunas realizaron estudios notables, pero todos dentro de los moldes dados por los temperamentos masculinos.

Y bien, si queremos toparnos con los personajes de Gracia Deledda tendremos que atravesar esa gran montaña de papel y llegar al aire libre, quizás a la vida misma.

El decir que un libro refleja la vida misma no sé hasta qué punto sea un elogio, pues es bien sabido que a pesar de muchos escritores modernos que aman contarnos las no-hazañas de los Babbitt, el lector busca en el libro lo que no está en la vida y ésta es la razón por la cual la novela moderna (se entiende la novela que los literatos respetan) no es popular.

Pero los personajes de Gracia Deledda no son, a pesar de su mediocridad, unos Babbit, (yo creo que para hacer de un no Babbitt un Babbitt es menester serlo un poco) ni los envuelve esa atmósfera pesada e inerte, sino viven sus seres una vida dignificada por un mundo interior y la viven en ese ambiente que llamaremos de novela. Sí, estas novelas son verdaderas novelas y, sin embargo, a pesar de serlas no encajan dentro de las ya conocidas y hasta repugnan a ellas.

Hay algo que nos intranquiliza, algo contrario al bagaje, al sedimento novelesco que llevamos dentro.

Lo que primero nos llama la atención es el gran número de hombres hermosos que hallamos en ellas.

¡Qué bellos son los hombres que nos perfila Gracia Deledda! ¡Qué elegantes! ¡Con qué donaire llevan sus prendas! ¡Qué cuerpos perfectos, qué hermosos rostros!

“Antonio s'alzó e s'avvicinó al cristallo che rifletté la sua bella figura di biondo, alta, svelta, dominatrice. Regina vide nel cristallo i lunghi occhi grigi carezzevoli che la guardavano; vide la bella bocca, rossa sotto i baffi ardenti, sorriderle...”

“Egli (Piero) rimase tre giorni nella casina delle glicine. Il secondo giorno volle far il bagno, e si aggirò a lungo attorno a Lia nella spiaggia luminosa di sole, alto, pieghevole, col corpo nettamente disegnato dalla maglia nera, mettendo in mostra tutta

la sua agilitá, la sua bellezza, la sua nuditá, come un bel fauno attorno alla ninfa desiderata”.

“Lei però lo respinse, solo intenta al bel giovane alto (Simone) che si avvicinava sorridendole. Le pareva e non le pareva di conoscerlo; di aver veduto quei occhi che brillavano fra le labbra fresche ombreggiate da una lieve peluria, e nel viso scuro i lunghi occhi che sembravano turchini tanto il blanco era de un azurro perlato”.

Debemos convenir que no solíamos encontrarnos con descripciones semejantes, si se exceptúan los retratos de los seductores; pero estos hombres tan bellos no lo son (si se hace caso omiso de Piero, que tampoco lo es en el sentido estricto de la palabra); muy al contrario, posee un alma simple y un corazón puro.

Las mujeres tienen todas, cual los hombres, parecidos rasgos físicos y anímicos. Aire de familia.

Diminutas, morenas, tan pequeñitas, tan insignificantes que pasarían inadvertidas si no fuera por los grandes ojos profundos que todas poseen.

Ojos entre escrutadores y soñadores. Ojos para los cuales nada de lo que encierra el mundo se les puede ocultar y que al entornarse ven lo que el mundo del ensueño guarda celosamente.

Esa amalgama de ensoñación y de comprensión profunda, metafísica, podríamos decir, hace la tragedia vivida por todos estos seres humanos.

Templaron su espíritu en una severa soledad. Su infancia y su adolescencia las pasaron frente al espectáculo siempre igual del campo y del cielo.

Ningún ser formado en la ciudad, a menos de estar dotado por dotes excepcionales, puede tener un gran fondo anímico. Los grandes bebieron la savia de los crepúsculos serenos o lúgubres, supieron la embriaguez del amanecer y el estatismo del mediodía.

Estas mujeres crecieron sin conocer experiencia mundanal, que en muy contados casos redundaba en provecho espiritual. Por ello al encontrarse, de pronto, ante el mundo, sienten como si no pertenecieran a él.

Quizás su tragedia sea ocasionada por el cambio de ambiente. Quizás la inferioridad aparente del hombre no derive sino del hecho de haberse formado en el ámbito estrecho de la ciudad, el

de haber visto desde pequeño tumultuar en torno suyo esa colmena humana sin poder purificarse empapando su alma en la belleza de la naturaleza.

Para ellas el desengaño y la desilusión son totales.

Regina ante la vida burguesa se pregunta acongojada: —“un giorno invece tutto sarà penombra: tutti saranno come noi. Tutti vivranno in piccoli appartamenti bui” y siente el dolor de lo mezquino, que es el dolor de la rebeldía impotente.

Sin embargo si queremos conocer la tragedia de estas almas femeninas la debemos estudiar en aquellas que no han sido trasplantadas, en aquellas que a pesar de vivir en su ambiente, entre sus hombres, sufren por sentirse ajenas a todo.

Si queremos conocer la mujer que Gracia Deledda nos pinta, debemos leer y meditar sobre un libro: *Marianna Sirca*.

Esta obra que ata a sí por su dureza, como un paisaje de cordillera todo nieve y hielo, paisaje horrible y sublime, es, creo, la obra que más nos dice respecto a la modalidad de la autora.

\*

En ningún libro gravita cual en los tratados, la acción femenina. Todo gira a su alrededor casi siempre. El hombre es en sus manos el ser que moldea a su antojo. Es el ser débil, bueno y bello. Y esta superioridad femenina la sentimos tanto más cuanto la autora en ningún momento quiso ostentarla ante el mundo con triunfante ademán; ni sus mujeres son profesionalmente superiores, es decir, literatas, sabias, etc. Por el contrario, llevan una vida mediocre en ambiente común y sus días no les ofrecen más que la sucesión monótona de los mismos hechos. Algunas no son ni siquiera ilustradas. Muchas ni sospechan la enorme distancia que media entre ellas y el mundo. Solamente sienten su sufrimiento, su soledad. Su tragedia es de aquellas que sin truncar la existencia la llenan de sí, a guisa de espectro perseguidor. Es la tragedia en lo cotidiano, es decir, la peor. La tragedia sin catástrofe, sin historia, sin belleza.

\*

Solas se adentran en la vida y en las cosas: herméticas en un mundo hermético. Lo observan como si no existiera, no logran

sentir el deseo de poseerlo. Lo que no se desea dominar no se siente.

Aun las labradoras no poseen ese instinto de la propiedad, tan común en las personas de campo.

La tierra no es de ellas.

Marianna mira con despego sus campos, sus granos, sus ovejas y las palabras bíblicas recobran en sus labios la primitiva sinceridad. Nada es nuestro, puesto que aquí estamos de camino.

Pasan por la vida mirando azoradas las cosas y los hechos que huyen de ellas; siempre la sensación de vivir entre sombras: "Stesa sul suo letto Marianna provava di nuovo come la mattina dopo il ritorno dalla tanca l'impressione di aver sognato".

Y pasan la existencia buscando salir de su aislamiento sin conseguirlo nunca. Pálidas y tristes como el electo de Dios, podrían decir con él:

*O Seigneur! J'ai vécu puissant et solitaire  
Laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre!*

Todas ansían el amor. El amor que la mujer ansía. Ver el mundo grande y sentirse pequeña, pero respaldada por el cuerpo, por el alma del varón, que es grande cuanto el mundo. No consiguen cobijarse en el alma del hombre. Ellas sienten el mundo grande, mas no el hombre. El hombre ya no es su protector. Lo llevan ellas, lo gobiernan porque él no sabe gobernarlas. Es inferior a la idea que se habían formado de él y sienten que no puede llenar sus ansias.

Aun en el momento del amor no logra Lía sentir su espíritu unido al de su compañero. "E anche fra le braccia di lui ella sentiva un senso d'abbandono, e anelava a qualcosa di ignoto come quando fanciulla, sognava nel crepuscolo della brughiera".

Se me podrá argüir: ¿Es que estas mujeres son realmente superiores?

Hay en ellas un poder analítico y discursivo muy grandes. Esto, sin embargo, no da derecho a llamarlas superiores al hombre, cuya vida espiritual la sentimos rica de matices por más que los calle y pase su existencia al lado de la mujer sin revelarse nunca.

No se puede negar que nuestra simpatía acompaña más a Antonio que a Regina, pero que esta superioridad sea verdadera o no

poco importa; lo que importa es que la mujer ya no halla en el hombre su guía y su fin.

Esto es el origen de todos los actuales problemas femeninos, y estas novelas son una verdadera revelación con respecto al alma femenina moderna y de la masculina también. En realidad hoy juzgamos a los hombres de muy otra manera de cuando los conocíamos a través de sus relaciones.

La mujer al descubrirse descubrió a su compañero.

Y es precisamente lo que nos llama la atención en Gracia Deledda; lo que nos sorprende e intranquiliza hasta el momento en que nos damos cuenta que en su obra logró expresar ese viraje de concepto y de sentimiento que todos sentíamos más o menos confusamente sin lograr traducirlos en palabras.

Esto es su inmenso mérito: el de haber visto el mundo y los seres humanos con ojos de mujer y haber opuesto su verdad a la otra hallada desde hace mucho, con los ojos del varón.

RENATA DONGHI HALPERÍN.

## WLADIMIR MAIAKOVSKY EN ESPAÑA Y EN HISPANO-AMÉRICA (1)

### I

**D**URANTE el pasado verano, llegó a Leningrado, un conocido y culto periodista español, el Sr. Pedro de Répide, redactor del importante diario *La Libertad* de Madrid. Visitando con él los salones de la casa de Pushkin, platicábamos, acerca de la literatura rusa, y llegamos, una vez más, al convencimiento de una vieja verdad: “no existe ni la menor idea, acerca de nuestros poetas, más allá de los límites de nuestras fronteras”. Répide, durante muchos años interesado en la U.R.S.S., perfectamente informado de la historia de los Czares, de las peripecias de nuestras luchas revolucionarias, en las intimidades de nuestra organización política, demostraba, a la vez, profundos conocimientos de nuestra literatura. Los nombres de Tolstoi, Turgeneff, Chejoff, Gorki, Andreieff, le eran familiares. En cierto momento, al hablar de Pushkin, recordó a *La Hija del Capitán* y a la vez, “como gobernante y como duelista”. Pero lo más importante que ignoraba, fué “*que Pushkin era poeta*”. El nombre de Lermontoff, lo oyó con sorpresa igualmente que el de otros publicistas y escritores soviéticos, como Goldkoff, Fedin, Babel, etc. De toda la historia de la poesía soviética, los únicos datos que poseía eran: la confusión en el recuerdo del suicidio de Essenin. ¿Cómo? El esopo

---

(1) Un lector de Nosotros de La Habana, el Dr. Juan Antiga, nos remite, traducido directamente del ruso, este artículo publicado por David Vigodsky en la *Estrella* de Leningrado, sobre la repercusión que tuvo la muerte de Maiakowsky en España y en América. El señor Vigodsky es un distinguido crítico ruso, que ya ha manifestado, aun por medio de las páginas de Nosotros, su vivo interés por las letras americanas, solicitando de nuestros escritores el envío de sus publicaciones. N. DE R.

de Isadora Duncan. Y el reciente suicidio de Maiakovsky. Es claro... de estos poetas, sólo conocía sus despedidas de la vida. "Triste perspectiva para la popularidad de la poesía del Soviet en el extranjero".

Y esta sorpresa no debe extrañarnos. Por una parte, la débil propaganda de la lengua rusa en España, por otra, la dificultad técnica que ofrece nuestra lengua para las traducciones, ponen un límite y una barrera, por encima de los cuales es muy difícil que los poetas rusos puedan pasar a España, o viceversa. En medio de una inmensa cantidad de traducciones de autores rusos a la lengua castellana, todas en prosa, sólo conocemos un pequeño libro del delicado poeta Balmont, traducido a la lengua española. Ni Pushkin, ni Lermontoff, ni ninguno de nuestros poetas contemporáneos, fueron dignos de tal honor.

Y, sin embargo, si de algún poeta soviético se ha ocupado la prensa española durante el pasado año, con más o menos interés, ha sido de Maiakovsky. Y lo que resulta más impresionante: su recuerdo es tan notable, que obscurece por completo y nulifica a todos sus camaradas.

Uno de los escasos "escritores sobre Rusia", el Sr. Juan Aparicio López, en *La Gaceta Literaria* de Madrid, puede decirse que consagró a Maiakovsky. El artículo fué escrito mucho antes de la muerte del poeta (noviembre de 1927), y en el que se esforzaba de llevar al conocimiento del lector, cómo era aquel poeta, "de la atronadora voz y del tamaño de gigante", como en "la tradición de Marinetti" y como en su "canonización bolsheviqueña". Al mismo tiempo ofrecía una traducción bastante exacta de su *Nuestra Marcha*, que sin duda alguna fué hecha directamente del original.

Recordando a Maiakovsky en el mismo periódico, en sus "Cartas sobre Rusia", el Sr. T. Enko Valero, tradujo, con excelente dominio de la lengua rusa, una serie de libros de autores soviéticos (Tarakoff, Rodinoff, Ogneff y otros). Habiendo estado de visita en la U.R.S.S. pudo hacer una magnífica selección e impresionar a sus lectores. En detalles también habla del genio creador del poeta, Alvarez del Vayo, en su último libro sobre el Soviet. También lo hace, Pedro de Répide, pero solamente para ocuparse de su desaparición trágica, hecho trascen-

dental, que ninguno de ellos comprende, ni pueden comprender.

“Maiakovsky produjo una grande alarma, al repetir el caso de Werther en el pleno florecimiento de un nuevo mundo, en el país soviético. Su entierro resultó impresionante: lo acompañaron más de 200.000 personas. Así, pues, su final era lógico. El fué un inegocéntrico: creía que los rayos del sol bajaban a la tierra para hacerle una visita. Nadie más antisoviético que este poeta”...

Cuando Maiakovsky murió, la prensa española respondió a este suceso, con una gran divergencia de opiniones. La fascista *Gaceta Literaria* dedicó al poeta un poema de Aparicio, en estrofas incomprensibles, y en las que recordaba a Maiakovsky, a Esenin, a Dostoievsky, a Blok, a la “perspectiva de Nefky” a los “cien millones de rusos que comían el pan de Pascuas”, a la “incomensurable Santa Rusia”, a “Jesús”, a “los apóstoles”, a “La estepa” en suma, inimaginable maraña de palabras e ideas, en medio de las cuales era muy difícil saber a qué, y por qué todo eso se denominaba “la resurrección de Maiakovsky”.

En muy distinto modo interpretó la prensa de la izquierda la trágica muerte del poeta, que aprovechó un poco de respiro, gracias a la caída del dictador Primo de Rivera. Ella utilizó este acontecimiento, para el material del número del “Primero de Mayo”. La revista *Nueva España* dedicó al poeta dos páginas, con algunos artículos originales, fragmentos del poema “150.000.000”. El artículo señalaba de un modo especial su doble significación, como poeta y como revolucionario. “Sus versos estimulaban a los soldados y a las masas rusas de trabajadores industriales, fieles a la nueva cultura, la cual reclamaba con el máximo del esfuerzo, el sacrificio de la propia persona”. Además subrayaba que principalmente no fué comprendido por la revolución burguesa, que no lo amaba tampoco y únicamente encontró lectores en el pueblo revolucionario y todo ello “a despecho de lo que de él decían las agencias telegráficas burguesas”. Esta frase descubre, hasta cierto punto, el carácter de las comunicaciones de las agencias telegráficas burguesas.

Decíamos que el artículo contenía párrafos traducidos con bastante exactitud de fragmentos de sus poesías, dando una buena idea de los temas de Maiakovsky, pero no en la propia medida, puesto que no reflejaban ni el estilo, ni el sentimiento emo-

tivo, ni las formas originales. Frases lacónicas se extendían caprichosamente, afilándose, como tiradas por la punta del caballo, atropellándose las palabras, transformando éstas en otras poco habituales o en párrafos sin sentido. Por ejemplo:

Viejo-arrollar...

se tradujeron en:

arrollaremos a todos los viejos

y más adelante:

1000 rayos en el cielo...

en esta forma:

descargaremos 1000 rayos sobre el cielo.

y así sucesivamente.

El marcado tono rojo, otras de estas dos páginas, dedicadas a la "muerte del poeta ruso de la revolución de los trabajadores" del periódico barcelonés *La Opinión*, publicado en lengua catalana, órgano medio comunista, lo expresa bien claro en el prólogo, la Sra. Emilia Grani Bareri, quien subraya la actividad política de Maiakovsky, presentándolo como un ejemplo a los poetas catalanes, que esperan ganar la revolución, para después cantarla. De acuerdo con esta concepción, copia un fragmento del poema "150.000.000", tomado de la revista *Nueva España*, conservando iguales méritos y defectos. Se observa que ambos habían sido hechos por el mismo traductor, pero circunstancia curiosa: al traducir *Mi Mayo*, en lugar de ceñirse al original, se modificaron las estrofas, para darle mayor expresión al momento revolucionario:

Fragmento de Maiakovsky:

Yo soldado  
Este es mi Mayo.—  
Yo marinero  
Este es mi Mayo.

Grani-Bareri, tradujo así:

Soldados. Gritad como marinos,  
en el primero de Mayo.  
Todos a la barricada.

Se realizó por lo tanto esta traducción, para hacerle conocer al lector no sólo el estado de ánimo del poeta, sino también los fines propios del agitador revolucionario. Resulta completamente difícil, casi imposible, traducir a este poeta sin deformar el texto como está marcado en cada estrofa, no obstante que se encuentra perfectamente justificado, teniendo en cuenta los propósitos políticos del traductor. En verdad que esto no es el Primero de Mayo de Maiakovsky, ni el "primero de Mayo" del vencedor ahogado por la alegría de la victoria del proletariado; es el primero de Mayo del activo trabajador de la revolución, que se encuentra en el período de la conquista de sus derechos, que pretende festejarlo y al que es necesario alentar en estas nobles luchas.

## II

Todo lo expuesto, sin embargo, no demuestra más que la popularidad de Maiakovsky, en España. Con mayor derecho se puede afirmar que él es más popular aún, en Centro y Sud América, que en la propia España.

Grande motivo dió para ello su última visita a México en el año 1925 y su íntima amistad con el revolucionario mexicano Diego de Rivera, una de las más relevantes personalidades de la América Latina.

La primera nota de la prensa hispano-americana acerca de Maiakovsky pertenece precisamente a su llegada a México. Tal acontecimiento fué señalado por una serie de artículos que anunciaron la llegada del "célebre poeta ruso del Soviet" a la capital de México. El autor de uno de estos artículos, el poeta mexicano José D. Frías, tradujo algunas poesías del huésped, pero, según nuestras noticias, no fueron publicadas. Pero el hecho repercutió en la República Argentina, en la cual se tradujeron y publicaron varias de sus principales composiciones. El joven poeta y crítico César Tiempo, las presentó en la revista *Claridad*, órgano izquierdista de la intelectualidad, y en otras publicaciones argentinas. No estamos seguros en qué época, es decir, si fué antes o después, cuando dió su conferencia sobre Maiakovsky el publicista y escritor Ricardo Ortiz, en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, explicando la verdadera significación del poeta.

El motivo que de un modo más intenso atrajo la atención pública sobre Maiakovsky fué naturalmente la noticia de su muerte. Como una onda se extendió por todas las repúblicas de la América Latina, determinando una nueva serie de artículos, comentarios y hasta un libro. En el intervalo de estos dos períodos, sólo conocemos una nota acerca del poeta, en el libro de un comunista mexicano, el camarada Rafael Ramos Pedrueza, quien visitó la U.R.S.S. y escribió acerca de ella un libro titulado *La estrella roja*, México, 1929. El fué el primero que lo calificó como "el poeta gigante de la voz grandiosa", que acompañaba al ejército rojo en sus marchas, estimulando a los soldados, emocionándolos con sus declamaciones, animándolos con sus poemas revolucionarios."

De los numerosos artículos publicados sobre la muerte del poeta fijaremos sólo la atención, dentro de lo que poseemos, en los que tienen más especial significación. Debemos decir, con franqueza, que el material de que disponemos no comprende todo lo que se ha escrito acerca de Maiakovsky, pero sí podemos dar una idea perfecta de las tendencias y de la impresión que revelan las opiniones de la prensa hispano latina.

La gran revista argentina NOSOTROS, considerada como la de mayor autoridad entre los órganos de la burguesía en América, consagró en sus sueltos y comentarios de redacción, en el número del mes de junio, también dos páginas a Maiakovsky. Explicando a algunos de sus lectores sobre cuanto Trotzky ha dicho en *Literatura y revolución* acerca de la triple significación del poeta ruso, el autor se hace esta pregunta: "¿por qué dió fin a su vida Maiakovsky?", y la contesta a su modo, en esta forma: "Rusia dista mucho de ser en la actualidad otro paraíso terrenal... Está creando una nueva economía, una nueva política, un nuevo arte, una nueva sociedad; en una palabra, en Rusia se está gestando un nuevo mundo y en consecuencia vive momentos dolorosos, momentos en que todo sentimentalismo resulta una befa. No puede sorprender que artistas sensuales como Panait Istrati, que se dirigen gozosos a Rusia en busca de un nuevo Edén, salgan de allí horrorizados y blasfemando." Por eso son comprensibles para el redactor los suicidios de Essenin y Maiakovsky, y con palabras de éste mismo, resume su pensamiento así:

“Matarse es fácil, amigo Essenin, lo difícil es vivir... y tú te mataste.”

En la misma época, otro órgano de la burguesía argentina, *Vida Literaria*, julio 1930, reprodujo párrafos de un artículo del crítico cubano Fernández de Castro, del cual nos ocuparemos más adelante.

Mayor popularidad — popularidad especial — conquistó Maiakovsky en la Argentina, por medio de una revista ilustrada, la de mayor circulación, titulada *La Novela Semanal*, 30 de junio de 1930. Allí se daba a los hechos toda la importancia que reclamaban sus lectores. Tres retratos de Maiakovsky, una fotografía de un cuadro en el que están Maiakovsky y Lía Brik, “una mujer por cuyo amor él se separó de la vida”, otro en el Sur en las orillas de Crimea, entre cipreses y bebidas refrescantes, y encima de ellas, con grandes letras, los títulos: “Extraordinaria historia de cómo un romántico a la antigua, el poeta revolucionario, terminó con su vida, por el amor”, continuando después con la explicación de todos los acontecimientos para justificar la gran supresión de su personalidad. Naturalmente que a todo esto había que añadir, el “picante documento”, es decir la carta que antes de morir, escribió Maiakovsky.

Y lo que más admira, es tener que leer, al lado de todo esto, la *Marcha de la Izquierda*, traducida por Abramson. Este traductor, que conoce muy bien el idioma ruso, procuraba adaptarse, cuanto era posible, a la poesía original, aunque empleaba una sintaxis imperfecta y palabras de uso poco frecuentes. No se puede decir que haya logrado todo el éxito deseado, pero, hasta el momento, es lo más acertado de todas las traducciones de Maiakovsky a la lengua española, que conocemos.

Al propio Abramson, aplicadísimo propagandista de la literatura soviética en la Argentina, pertenecen una serie de traducciones de las obras de Maiakovsky en la prensa izquierdista, en las que puso gran atención y comprensión. En el primer número del periódico de la juventud argentina revolucionaria, *Brújula*, otro redactor soviético, M. Llinás Vilanova, publicó con algunas de las traducciones de Abramson, un gran artículo sobre el “Misterio bufo final del segundo acto”. Y aquí volveremos a notar la extrema seriedad que se impuso el traductor, frente al

problema, aunque no siempre pudo ser resuelto satisfactoriamente. Lo que más sufrió fué la parte sonora del original, en la particularidad de la forma. El estilo de Maiakovsky era tan rico y de tan fuerte personalidad, que la mejor traducción tenía que resultar pálida y ocasional.

Otro artículo que sirvió la demostración de la diferencia entre el futurismo ruso y el italiano, y el papel que Maiakovsky desempeñaba como poeta revolucionario, fué publicado en el periódico *La Vanguardia*, mayo 11 de 1930, por el propio y citado Llinás Vilanova, seguido de algunos sueltos satíricos de Maiakovsky, traducidos por Abramson. En resumen, en la Argentina, las revistas que dan tono a la prensa de los países latino-americanos, han extremado en todas las gamas de colores, tal como la han pintado la prensa extranjera, la vida y muerte del poeta soviético.

De todos los trabajos publicados en dicha prensa latinoamericana, no es posible dejar de detenerse en el del crítico cubano J. A. Fernández de Castro, quien ha procurado hacer algo más que una crónica de periódico. No estando en posesión del idioma ruso, ha reunido considerable material y dado una idea sustanciosa de la vida y de las creaciones del poeta. Su trabajo ha sido publicado en una de las más importantes revistas cubanas, *Revista de La Habana*, y después en un folleto separado, el único libro hasta hoy en lengua española dedicado a Maiakovsky.

Este trabajo se compone de dos partes: "Esbozo del suicidio del poeta y algunos fragmentos de sus composiciones". La concienzuda elaboración del esbozo está exenta de lagunas y equivocaciones, lo cual se explica por las contingencias e insuficiencia de las informaciones históricas, de las que no pudo disponer el autor y principalmente de su inaccesibilidad al original. Sin embargo, da una relativa, leal y aceptable idea de las etapas fundamentales de la vida y producciones del poeta, así como de su legítimo puesto en la literatura revolucionaria y de sus luchas en la revolución. De todos modos, Fernández de Castro consigue su propósito e interesa al lector respecto al poderoso acontecimiento literario y provoca el deseo de conocer más de cerca al hombre y al lugar en que desarrolló sus actividades.

Para nosotros es de mucho interés la conversación de Fernández de Castro con Diego de Rivera, a quien aquel personalmente interrogaba acerca de Maiakovsky.

“Diego describía su aspecto; de más de seis pies de estatura. Con aspecto de boxeador más que de poeta. Más alto que yo.”

“Diego recordaba que este escritor había compuesto algunas poesías notables sobre Cuba, en las cuales hablaba del rigor del trópico, del brillante color de La Habana, del dolor de un pueblo condenado a morir entre las fauces de un imperialismo económico voraz.”

La presentación de los fragmentos traducidos de los poemas *150.000.000*, *Chicago* y *Marcha a la Izquierda*, disminuye el mérito del esbozo. En efecto, de las particularidades del ritmo, de su sintaxis y léxico del original, no queda ni huella, y el tema sufre, y con ello la substancia social de la poesía. Aun teniendo en cuenta que el autor no tenía frente a él los originales, sino que traducía del inglés y del alemán, es incomprensible aceptar que el “enorme oso” de Maiakovsky se hubiese convertido, no se sabe cómo ni porqué, en el “colosal agitador”, ni cómo estas originales y lacónicas estrofas:

Rima-fuego en los edificios y sobre los edificios.  
Balas-ritmo

se desarrollaron en una serie de frases retóricas, con formas y palabras imaginarias:

El zumbido de los tiros y el estallar de las granadas  
Es su ritmo.  
Borbotones de fuego en zigzag.  
Minas que estallan y hacen explosión.  
Una casa que cae sobre otra casa.

Juzgando con verdadera imparcialidad, se puede asegurar que toda la responsabilidad recae sobre el traductor al inglés o al alemán, quienes sirvieron de guía al cubano y este mismo pecó de inocente; aunque confesando que objetivamente la significación de los hechos no cambia.

Merecen aplauso las buenas intenciones de Fernández de Castro y otros escritores que, de diversa manera y con gran interés, en los periódicos de Hispano-América hablan de las composiciones de Maiakovsky. Entre nosotros (como de toda la li-

teratura soviética en general) todo ello no tiene otro carácter que el eventual por un lado o en la rebusca exótica por el otro. Nuestro mayor deseo es profundizar, a través de las obras de uno de los más fuertes trabajadores de la poesía del Soviet, en sus elementos esenciales, en lo más hondo de nuestra literatura, de nuestra cultura, de nuestra ideología. Si los españoles se satisfacen con lo que ellos pueden hacer en estos campos, los hispano-americanos procurarán ir un poco más lejos, venciendo su indolencia, después de haber dado los primeros pasos. Ellos luchan por conocer la verdadera e íntima personalidad del poeta. Creemos y esperamos que más pronto o más tarde lograrán sus propósitos, y estoy seguro que lo lograrán. En último extremo, lo que les podemos desear es que obtengan el mayor éxito en sus trabajos futuros.

DAVID VIGODSKY.

# CRÓNICA

## SOBRE EL SIGNIFICADO DEL MODERNISMO

**A** fines de julio esta Dirección recibió del Sr. Manuel Pedro González, distinguido estudioso, profesor de la Universidad de California en Los Angeles, una carta fechada en 25 de junio, en la cual se nos solicitaba la inserción de un artículo titulado *Marginalia modernista*, destinado a comentar el ensayo *El significado del modernismo*, publicado por Antonio Aita en el número de abril (263) de NOSOTROS. El artículo, muy severo para el redactor de NOSOTROS, así en lo tocante a sus juicios críticos como a la originalidad de algunos de ellos, habría sido publicado, de acuerdo con la invariable tradición de NOSOTROS, y sólo creímos de nuestro deber hacérselo conocer al señor Aita, a fin de que respondiera si lo juzgaba oportuno. No siendo posible darlo en el número de julio, por razones materiales de tiempo y compaginación, era nuestro propósito publicarlo en el de agosto; pero con gran sorpresa hemos visto que *La Gaceta Literaria de Madrid* lo ha insertado en su número de 1º de agosto, lo que significa que nuestro corresponsal estadounidense, o ha dudado de nuestra probidad o ha solicitado por razones de publicidad, hospitalidad para su artículo polémico, en otras publicaciones, cosas ambas que no podemos consentir. Por eso, considerándonos eximidos por esta prisa del autor, del deber de hacerlo conocer de nuestros lectores, lo retiramos del número que vio la luz a fines de agosto, al cual iba destinado, entendiéndolo que otros nos habían reemplazado en la publicidad, ciertamente con ventaja, hasta de 30 días.

Pero Aita nos pide ahora que se le permita responder en estas mismas páginas donde apareció su ensayo incriminado, y no podemos negarnos a su justa solicitud. El artículo del profesor González puede leerse en *La Gaceta Literaria*, en el Nº III, año Vº, del 1º de agosto.

Señor Manuel Pedro González,  
Universidad de California (Los Angeles).

Los señores directores de NOSOTROS han tenido la cortesía de hacerme conocer su artículo. Leyendo lo que Vd. dice, y comprobando los hechos, es fácil probar su ausencia de buena fe. Resulta muy cómodo transcribir a paladar falseando la verdad. Escribí ese artículo lejos de libros y en presencia de personas que pueden testimoniar la verdad de lo que digo. Los que me conocen saben que no tengo casi libros por una mala y vieja costumbre de regalarlos una vez leídos. De modo que temeroso de que la sugestión de viejas lecturas de libros que han tratado estos temas me hiciera aparecer apropiándome de ideas ajenas, le dije al señor Bianchi que pondría una nota al pie del artículo haciendo esta advertencia y consignando de paso algunos de los títulos de los libros leídos en diversas épocas sobre este asunto. Muchos son los que saben que he escrito dos libros sobre nuestra literatura sin volver a leer las obras examinadas desde el día en que aparecieron: lo único que puedo admitir como cierto es el reproche de haber confiado demasiado en la exactitud de mi memoria. Me disuadió de esa intención el señor Bianchi, porque hombre de buena fe y conocedor de la cultura y de la honestidad de los redactores de su revista, no podía sospechar que otros atribuyeran una intención maliciosa a un escritor que en la medida de sus capacidades viene realizando una

obra modesta, pero que merece la consideración a que se hace acreedor todo esfuerzo desinteresado.

Pero su probidad es tanta que sólo ve lo que le conviene. Así cuando yo aludo a Gutiérrez Nájera, digo: "Como escribe su biógrafo"; pero Vd. eso no lo ha leído; cuando Vd. cita párrafos que señala como del señor Torres Rioseco, cuyo nombre no cité por las razones dadas al comienzo, digo en cambio: "Como apunta un crítico", así como cuando me refiero a del Casal, digo: "Como lo han hecho otros". Si mi intención hubiera sido vestir mi artículo valiéndome de conceptos ajenos, no habría citado a Goldberg. El hecho de señalar la fuente desvirtúa la posibilidad de una intención como la que Vd. me atribuye. Por otra parte cualquier lector culto y de buena fe habría advertido que lo fundamental de mi artículo, — permítame que crea que mi artículo tenga algo fundamental — no consiste precisamente en los conceptos que Vd. señala. Yo critico a Darío, pretendo señalar la influencia de algunos escritores y la absoluta ausencia de otros en ese período, intento aclarar posiciones entre el medio y la obra de Darío y lo que debe ser la literatura americana. Es decir que lo sustancial del artículo, los conceptos en que se fundan mis ideas, las observaciones que él contiene sobre ese punto, me pertenecen. Es posible que Vd. tenga razón, que le parezcan mis ideas contradictorias y equivocadas, pero todo hombre culto cuando se enfrenta con ideas antagónicas, si se propone contradecirlas debe hacerlo con mesura y respeto, cosa que Vd. no hace. Ahora permítame que lo desilusione un poco. Son esas ideas "contradictorias", las que han merecido franco elogio y espontánea simpatía de parte de escritores eminentes. Cito a dos extranjeros para que no crea que la camaradería de amigos pueda haber inspirado las expresiones que me han hecho llegar algunos escritores argentinos: éstos son Cunninghame Graham, que conoció a Darío y le combatió su desarraigo de las cosas de América, y Sanín Cano. Por otra parte, para demostrar a Vd. la coincidencia en la manera de observar las ideas de ese artículo, el prestigioso escritor Georges Pillement, acaba de hacerme el honor de extractar para una revista francesa, no los párrafos que Vd. señala, sino aquellos en los que yo aludo al espíritu que debe informar a nuestra literatura.

Dice Vd. que Blanco Fombona había dicho antes que yo que el simbolismo no había ejercido influencia en el modernismo. ¿Tiene esto algo de particular cuando todavía siguen algunos críticos insistiendo en lo contrario? Si fuera Vd. un hombre informado en crítica de arte, sabría que el primer historiador de Manet fué Duret, y que este señor fué el primero en señalar la influencia de la pintura española, de Velázquez y de Goya, en la técnica y en el color del gran francés. Sin embargo, desde Mauclair a Pica, y desde Geffroy a Meier Graeffe, repiten el mismo concepto; como fué Lecomte el primero en señalar la influencia de los japoneses en el impresionismo, y después lo ha seguido repitiendo hasta el cansancio cuanto escritor se ocupa de estos asuntos. Sin embargo, para Vd. estos señores serían unos "piratas".

Usted cree que repetir un concepto es una falta de probidad, como si fuera posible la absoluta originalidad — son contadas las excepciones — cuando de trata de caracterizar las causas determinantes de un hecho histórico, como fué el fenómeno modernista, teniendo en cuenta por otra parte su ya copiosa bibliografía. Usted me reprocha el que yo repita nombres que ya ha citado Goldberg. Es muy posible que mi ignorancia de las letras americanas sea muy grande, ya que Vd. lo afirma; sin embargo, paréceme mayor la suya, no sólo de las letras americanas, sino incluso de las europeas que le habrían sido muy útiles ahora. Pues todos

los críticos del simbolismo desde Gustave Khan hasta Seylaz, traen esos mismos nombres en la poesía y en la prosa simbolista; y el primer crítico que señaló la influencia de la música en la poesía y en la prosa del modernismo, fué el argentino Díaz Romero, director de *El Mercurio de América*, más o menos por los años de 1897 al 98. Sabría Vd. también que el primer crítico que analizó la influencia de algunos escritores extranjeros en el movimiento literario del modernismo y estudió las obras de la mayoría de los autores cuyos nombres Vd. cita ahora como una revelación, fué el uruguayo Pérez Petit. Como Vd. comprenderá, todo esto ocurría antes de que el señor Goldberg publicara su libro. Sin embargo no son las simples referencias de un nombre, ni la coincidencia en una observación, las que pueden restar prestigio y autoridad a los estudios del gran crítico norteamericano.

Sorprende que olvide Vd. sino ignora, que fué precisamente esta ciudad el centro de mayor actividad de los escritores del modernismo, y puede afirmarse que de aquí partió el influjo de este movimiento por toda América. Porque si bien es cierto que *Azul* ya se había publicado en Santiago antes de venir Darío a Buenos Aires, el poeta publicó aquí *Prosas Profanas*, la mayor parte de los *Cantos de Vida y Esperanza*, y la mayoría de sus artículos de información sobre libros y escritores europeos. Viven aún numerosos escritores del círculo de Rubén, y ellos pueden atestiguar que allá por los años de 1896 al 900, se discutían en las tertulias las ideas de Ibsen, se analizaban las teorías filosóficas de Nietzsche, que en ningún país de América ha tenido más prosélitos que en la Argentina; se admiraba a D'Annunzio, a Wilde, a Walt Whitman; entusiasmaba la fantasía de Swinburne, se traducían los poemas de Eugenio de Castro y de Poe. Tenía discípulos y admiradores el estilo de Huysmans, tenía lectores apasionados Rémy de Gourmont, cuyo genio crítico fué el primero en proclamar ese grupo, formado en su mayoría de redactores de *La Nación*, antes que se lo reconocieran inclusive en su misma patria. Todo esto ocurría mucho antes de escribir sus libros los autores que Vd. cita. A los nombres que Vd. señala, con buena voluntad se pueden agregar otros que no menciona Goldberg.

Se indigna Vd. porque yo digo que Gutiérrez Nájera es el poeta más íntimo y puro de nuestra lírica, porque ya eso mismo había dicho otro antes, o porque digo que del Casal poseía un "vocabulario selecto", porque algo parecido dijo otro, o porque transcribo *Salomé*, (Vd. supone que era ésta la única poesía que yo conocía, cuando en Buenos Aires son tan conocidas las poesías de del Casal como en Los Angeles) habiéndolo ya hecho antes otro; o porque señalo la sugestión de los cuadros de Gustave Moreau, porque también lo dice otro crítico, aunque son varios los que han señalado esta coincidencia, observación que puede hacer por otra parte todo espíritu culto que haya leído con atención a Heredia o a Leconte de Lisle. Algunos escritores a quienes he referido esta cuestión, me hacen notar que hace más o menos treinta años, cuando se conocieron en esta ciudad los poemas de del Casal, fué el poeta Leopoldo Díaz el primero en hacer notar la influencia de los dos poetas franceses citados y la sugestión de sus temas en la imaginación del poeta cubano.

Si fuera Vd. un hombre bien informado de letras europeas modernas, ¿qué diría del "saqueo", empleo una palabra grata a sus gustos, que realizan constantemente los escritores españoles y americanos en la obra de sus colegas, no sólo de imágenes sino de formas expresivas, como puede observarlo cualquier lector inteligente? Lo sorprendente es que un experto como Vd. en letras americanas, ignore la influencia de un escritor argentino como Borges en algunos sectores de las nuevas generaciones

americanas. ¿Qué diría de un escritor tan valioso, uno de los mejores críticos de las nuevas generaciones como es Mañach, que ha cometido la "grave" falta, según su criterio, de escribir su conferencia *La indagación del chateo*, después de haber escrito Borges su artículo *La indagación de la palabra?*

Si hubiera Vd. recorrido otros libros sobre el modernismo habría podido comprobar cómo esas coincidencias en las formas de apreciación son más frecuentes que los párrafos que Vd. transcribe. He escrito casi veinte páginas para sostener un concepto que nada tiene que ver con el sustentado por otro. Pero no pudo o no quiso verlo Vd. Quiero demostrarle cómo actúa la educación y la cortesía en la sensibilidad de algunos escritores para que pueda algún día servirle de ejemplo. Traigo a colación dos episodios relacionados con los temas en discusión. En la pág. 41 del libro de Blanco Fombona que Vd. cita, habrá leído la nota que el autor pone al pie del capítulo "Rubendarismo y Modernismo". Aludiendo a un ensayo de Carmona Nenclares, dice: "Opina que el crítico argentino XX se inspiró en este ensayo mío para escribir su hermoso estudio". Dice Carmona: "La imitación se palpa sobre todo advirtiendo su propósito deliberado; allí donde dice el señor XX, como antes dijo Blanco Fombona, que el Rubendarismo no es sino uno de los aspectos que presenta el modernismo." Usted en ese caso habría utilizado su gruesa artillería para lapidar a este crítico; sin embargo Fombona, hombre de amplia cultura, que no ignora la dificultad de la originalidad absoluta, dice: "No me quejo de la coincidencia... Para mí es un motivo de satisfacción el que crítico tan aplaudido en Buenos Aires... etc."

El señor Torres Rioseco, en su reciente artículo "Rubén Darío y la Crítica", publicado en la revista *Hispania*, en el cual analiza tres libros aparecidos últimamente sobre el poeta de *Azul*, dice de uno de ellos del cual es autor un reputado crítico americano: "y así como en la primera parte cita una y cien veces pasajes de la autobiografía, olvidando poner las reglamentarias comillas, en la parte crítica cita a Darío continuamente, incurriendo en el mismo olvido."

Cito estos dos casos para decir que ninguno de esos críticos se han creído autorizados a calificar en forma aviesa los trabajos de esos escritores, autores de libros y estudios que acreditan su competencia y seriedad, con la descortés libertad con que Vd. lo hace con mi artículo.

Saluda a Vd. atentamente.

ANTONIO AITA.

## LETRAS ARGENTINAS

Dos novelas regionales, por *Pedro Echagüe*. "Grandes Escritores Argentinos". El Ateneo. Buenos Aires, 1931.

LA meritoria colección que dirige Alberto Palcos, siguiendo las huellas de José Ingenieros con "La Cultura Argentina" y de Ricardo Rojas con "La Biblioteca Argentina", ha reunido en su volumen 39, dos novelas regionales de Pedro Echagüe, soldado y escritor porteño que alcanzó la época de la tiranía de Rosas, acompañó hasta Bolivia los restos de Lavalle, de quien fué soldado, y vivió allí proscrito hasta 1852, en que volvió a la patria, para radicarse al fin definitivamente en San Juan. Buenos Aires ha honrado ya la memoria de este escritor, exhumado del olvido por la devoción de su hijo, Juan Pablo Echagüe, dando su nombre a una importante calle de esta ciudad (ex-Progreso), y tocóle precisamente a uno de los directores de *Nosotros*, cuando ejerció el cargo de concejal, la grata tarea de

celebrar en la ceremonia inaugural, la obra de este olvidado periodista, poeta, dramaturgo y novelista, "nobilísimo ejemplar de humanidad superior" en un medio hostil o indiferente como era aquel en que se desenvolvió su talento.

Antes había sido *Nosotros* la publicación que exhumó su primera obra, una comedia en verso, *Primero es la patria*, que presentamos al lector precedida de una introducción (marzo de 1914), la cual ha servido de punto de partida para las ulteriores investigaciones sobre el escritor y su obra. Desde entonces se han publicado de él varios escritos, inéditos o ya impresos en años lejanos en humildes ediciones, y sobre él han escrito varios biógrafos y críticos, entre otros, Ricardo Rojas, quien dedica justicieras páginas al hombre, al poeta, al novelista y al autor dramático en su *Historia de la literatura argentina*.

Las dos novelas que ahora se han publicado reunidas y muy bien prologadas por Da. Margarita Mugnos de Escudero, llevan por título *La Rinconada* y *La Chapanay*. La primera, de ambiente histórico, tiene por marco los años de la tiranía y el decenio inmediatamente posterior, y por episodio central, la batalla de la Rinconada, donde fué sacrificado en 1861 por las tropas del coronel Sáa, el gobernador Antonino Aberastain, defensor de la autonomía sanjuanina. Es una novela, diríamos, de amor y muerte, de pasiones desatadas, violentas, trágicas, según el gusto romántico, entonces imperante. Hoy, también Hugo, Lamartine, Gautier y todos los novelistas románticos, nos hacen a veces sonreír de los tonos lúgubres o de los parlamentos sentimentales de algunas de sus novelas. ¿Qué decir de *Han de Islandia* o de *Jettatura*? Es ajustándose a esta atmósfera literaria, como hay que leer *La Rinconada*, de Echagüe, y entonces se apreciará en ella más de un trozo descriptivo vigoroso y más de un trozo patético y elocuente.

Sin duda más rica de elementos, más original y más nuestra, es la segunda, *La Chapanay*. En ella parece haber recogido el autor una curiosa tradición cuyana, de la hembra varonil que después de pertenecer a una gavilla de salteadores, se convierte en amparo de los viajeros de las travesías y muere confortada por un sacerdote que antes fué su compañero de fechorías. Tiene esta narración carácter de novela de bandidos con algunas puntas de novela picaresca, y al final, de piadoso relato hagiográfico, el todo vivido sobre la resaca y desolada tierra sanjuanina, en los días lejanos en que las ciudades, y la misma capital de la provincia, sólo eran achaparrados villorrios batidos por el zonda y las arenas del desierto.

Esta novela prueba que don Pedro Echagüe era un hábil narrador, de prosa suelta y expresiva, dotado de un vivo sentimiento de aquel yermo paisaje y de aquellas atroces acciones de sangre, y también de una vena cómica feliz cuando abordaba la narración ligera como ocurre con el relato de las ladronescas aventuras del "doctor", que parece escapado de una novela picaresca del siglo XVII.

Si fué Echagüe un respetable precursor de nuestro teatro, no lo fué menos de nuestra novela, en días en los cuales aquel género no pasaba aquí de ensayos no siempre tan afortunados como éstos, que están muy por encima de la mayoría de cuantos viene publicando, con estimable celo documental, el Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras.

R. F. G.

**Los Cíclopes. Una epopeya en la calle Sucre, por Nydia Lamarque.**  
Buenos Aires, "El Inca", 1930.

**L**A voz *epopeya* nos hace recordar, inevitablemente, al divino Homero. Tal evocación resulta lógica porque son *La Iliada* y *La Odisea* los arquetipos más perfectos que se conocen y porque de dichos arquetipos

dedujeron los preceptistas las normas a que debe ceñirse la epopeya. No es que yo pretenda poner en vigencia la preceptiva, lapidada irremediabilmente por las nuevas generaciones. Pero la epopeya es acaso el más anacrónico, el menos modernizable de los géneros literarios y, vieja o nueva, se ajustará en líneas generales a su obligada idiosincrasia o dejará de ser lo que se pretende.

Es pequeño el asunto de *Los Ciclopes*. Escenario: la calle Sucre. Cierro día llegan unos obreros para desempedrarla. Luego se ayudan con unas máquinas. Abren una zanja en la que colocan una cañería de ancho diámetro, cañería — al parecer — de desagüe; pero que resulta de agua corriente. Los trabajadores cierran los pozos y zanjas y termina la victoriosa labor.

*La Ilíada* tiene por argumento — como todos saben — la cólera de Aquiles; pero en los veinticuatro cantos se resuelve no sólo la suerte de Troya, sino el destino de dioses, semidioses y magníficos ejemplares humanos. Asunto de *La Odisea* es la vuelta de Ulises a su palacio trasoceánico; pero la obra es como símbolo del retorno de los griegos a su patria. Cántase en *La Encida* el establecimiento de un héroe en Italia; pero tal fundación resuelve los destinos de la raza latina. La epopeya se empequeñece, por diversos motivos, en *La Farsalia* de Lucano, *Los Argonautas*, de Valerio Flaco, *Las guerras púnicas* de Silio Itálico y *La Thebaida* de Estacio. En la Edad Media se yergue la cumbre sombría de *La Divina Comedia*, en Italia; *Los Nibelungos*, en Germania; *La Canción de Roldán*, en Francia; el *Cantar de Mio Cid*, en España. En tiempos más modernos, nuevos poetas siguen las huellas de Homero y de Virgilio. Cantan así grandes hechos de Tasso, Milton, Camoens en *La Jerusalén libertada*, *El Paraíso perdido* y *Los Lusíadas*. Pero el desmoronamiento comenzado en la montaña homérica, no cesa en el rodar de sus bloques, piedras y aun polvo. Termine, por eso, la enumeración en *La Aroucana* de Ercilla, *La Mesíada* de Klopstock y *La Henriada* de Voltaire. Los poetas épicos, a medida que se alejan del divino Homero, quedan sólo en divinoides y aun en humanos. "Un poema épico es la Biblia de un pueblo", según la respetable opinión de Hegel. La epopeya requiere la lucha de dos naciones, de dos razas, de dos ideales potentes, en fin, para resolver los destinos de un país o de la humanidad. Sábese que las luchas políticas y aun las contiendas civiles, son asunto pequeño e indigno de la poesía épica. No basta con magnificar falsamente los nombres de las personas o de los elementos para que los elementos o las personas se engrandezcan. Nydia Lamarque llama ciclopes a los obreros, monstruos a las máquinas, abismos a las zanjas, arterias a los caños. A la calle sigue llamándola calle y a la tierra, tierra. (Por más que la tierra es unas veces ser vivo, al que las palas "le destrozan el cuero y se le han hundido hasta la entraña misma" y otras "astro muerto" (?). Pero quedamos siempre dentro de un tema prosaico y pequeño, que apenas conmueve a la barriada donde tiene lugar.

La vista ennoblecedora del poeta puede, y aun debe, descubrir la belleza que se oculta a los ojos profanos. Mas toda belleza tiene su jerarquía, aunque la pasión suela cegarnos. De otro modo cualquiera cosa podría porporcionar asunto épico: un poste telefónico, una vaca, una abeja y hasta una actriz retirada. Lo cual acaso fuese factible. Pero la pequeñez — absoluta o relativa — de acción, veda el uso de un estilo constantemente elevado. Y esta elevación del estilo es otra cualidad necesaria de la epopeya. De no ser así, se incurre en hinchazón. "el poeta quiere deli-

rar y no delira". Esta hinchazón se advierte en algunos pasajes de *Los Cíclopes*:

*Poliedro de asombros que reconstruiré con el escolofrio de la reverencia.  
Te recorro y tiemblo y el orgullo traza a mi alrededor un cerco de  
relámpagos...*

En asunto moderno, tampoco es fácil dar intervención a lo maravilloso, tan útil en la epopeya. Lo maravilloso pagano y lo maravilloso cristiano (intervención de dioses), quedan relegados a la antigüedad y a la Edad Media. Igualmente los agüeros. Lo maravilloso filosófico (personificación de vicios, virtudes, etc.), resulta hoy tan idiota que mejor es dejarlo de lado. Nos queda, en primer término, lo maravilloso científico y, luego, los sueños, las palabras proféticas pronunciadas en trances supremos, etc. Pero todo esto es de uso muy difícil en poemas de carácter municipal.

En cuanto a los gigantescos hijos de Urano y de Titea, los Cíclopes, bien sabemos cuán imponente es Polifemo en Homero. Brontes, Estéropes y Piracmón son más pequeños en *La Eneida*; pero en Góngora Polifemo es todavía inmenso:

*Era un monte de miembros eminente  
éste que, de Neptuno hijo fiero,  
de un ojo ilustra el orbe de su frente,  
émulo casi del mayor lucero;  
Cíclope, a quien el pino más valiente,  
bastón le obedecía tan ligero,  
y al grave peso junco tan delgado,  
que un día era bastón y otro cayado.*

Francamente, no es posible concebir un cíclope, como no sea muy venido a menos, laborando en los desagües de Belgrano o en el subterráneo de Lacroze.

Adviértese, también, en *Los Cíclopes*, no sólo la falta de un personaje principal, de un caudillo, sino la ausencia de personajes. Hay un ser colectivo, los obreros, "los hombres azules". No existe uno sólo que pueda tener nombre, y eso desluce la obra de modo muy sensible. En resumen: si quiere prescindirse de los principales atributos de la epopeya, no hay que descarnar y empequeñecer un género; sino abandonarlo y crear otro.

Después de esta excursión involuntaria por los campos del clasicismo, debo pedir perdón por los asomos de la mala palabra: "¡Preceptiva!" Mía no es la culpa. He debido recordarla, provocado por el título y el subtítulo de la obra. De igual modo los muchachos lanzan, a veces, interjecciones tan feas como aparentemente fuera de lugar, cuando les han hecho morisquetas a espaldas de los padres o maestros. En este caso el padre-maestro es el público (?).

Analicemos ahora, someramente, la realización de *Los Cíclopes*. El tecnicismo es, a primera vista, desconcertante. No se sabe si leemos prosa, verso o versículo. No es, sin embargo, la prosa rítmica de Vargas Vila. (El buen gusto y modernidad de Nydia Lamarque la eximen de tal sospecha). No se trata de la prosa, también rítmica, de algunos poetas franceses. Paul Fort, por ejemplo, suele escribir verso rítmico, dándole la disposición tipográfica de prosa. La mayor parte de *Los Cíclopes*, está escrita en verso amétrico. Los versos forman grupos regidos por un mis-

mo asonante, que corresponde, por lo general, a los impares. En suma: el procedimiento es muy parecido al empleado en el *Cantar de Mio Cid*, y se remonta — como se sabe — al siglo XII de la literatura española. Algunos pasajes del poema están escritos en verso regular, asonantado o blanco: hay heptasilabos, eneasilabos, endecasilabos, alejandrinos, etc. Tiene la obra de Nydia Lamarque fragmentos de extraordinaria grandeza, sobre todo en el capítulo inicial, en que el tema no se materializa todavía:

*Abajo, entre las profundidades oscuras de la tierra,  
Allá, en la sombra perenne donde sólo brilla la luz roja del fuego,  
Allá trabajan los Ciclopes sus obras magníficas  
A martillazos sobre los yunques férreos.  
La llama de la fragua ponía reflejos cálidos  
Sobre el bronce desnudo y animado de los macizos cuerpos.*

.....  
*Anidaban los resplandores igneos en la antorcha oscura de sus cabellos.  
Desde los antrós sombríos el ruido temeroso de sus pasos  
Llegaba hasta los hombres en un prolongado y constante trueno...  
Eran grandiosos y terribles como las subterráneas fuerzas,  
Y como ellas generadoras de prodigios en su trabajo pertinaz y secreto.  
Yo los veo pasar entre el aire ardiente de la forja,  
Entristecido de humo y conmovido por el incesante estruendo,  
Afanosos en torno de los fuelles y de los hornos chispeantes,  
Y junto a los metales preciosos que corren fundidos en centelleantes re-  
[gueros,  
Y a lo largo de los muros de las cavernas vastas donde siempre vive la  
[noche,  
Y encorvados sobre el último trabajo que ordenó el amo rengo...*

Magnífico todo, menos lo de llamarle *amo rengo* a Vulcano. Pero en este capítulo inicial son, todavía, los ciclopes virgilianos. Luego empieza, con obreros a jornal, la *epopeya de la calle Sucre*, y ya sabemos cómo y por qué aparecen las objeciones. Eliminados el título y, sobre todo, el subtítulo, que son los peores enemigos de la obra, queda un poema por muchos conceptos estimable. Fuerza, grandeza, imágenes nuevas, inspiración noble y desprovista de muelle sensualidad. En suma: hay en Nydia Lamarque, indiscutiblemente, un gran temperamento de autora. No basta, empero, con el temperamento. Debe depurarse el estilo. Hay que corregir anfibologías, versos prosaicos, voces impropias, adjetivación floja, cacofonías, etc. He aquí un breve catálogo sobre el que, al menos por hoy, no parece necesario insistir.

#### Anfibologías:

*Los hombres de las palas de plata que se cubren  
los miembros trabajados con las azules telas*

.....  
*Y el cráneo lleno de un ansia brutal se va acercando  
Al cuerpo destrozado de la calle con sordo jadeo.*

.....  
*Y ahora el largo cuello se vuelve, trepidante,  
Sobre el carro que aguarda inmóvil a su costado izquierdo.*

## Versos prosaicos:

*Esta no es como las cercanas batallas  
 En que se mataban hace diez años los europeos.*  
 .. .. .  
*Y entonces trajeron un monstruo amenazante  
 De largo cuello sin vértebras, que se parece a un esqueleto.*  
 .. .. .  
*Se retuerce, se alarga, corre,  
 Busca desesperadamente una salida.*  
 .. .. .  
*...sueño semejante al del triste  
 Que ha sufrido hoy y tendrá que sufrir también mañana.*  
 .. .. .  
*Paisaje visionario de otro mundo al que le queda chica la calle.*  
 .. .. .  
*Y los arietes topaban las murallas con sus frentes de carnero.*

## Voces impropias:

La autora usa, indistintamente, *sobre* por *en* y parece no advertir la diferencia que hay entre *debe estar* y *debe de estar*, *debió ser* y *debió de ser*.

Véanse algunos de los muchos casos en que usa, con indebida preferencia, la preposición *sobre*:

*durmieron el sueño feliz sobre los resplandecientes lechos.*  
*La tibieza caritativa del sol sobre mi cuerpo.*  
*De la muchedumbre de ruidos que mueve sonoros pies sobre la calle.*

*Deber* en lugar de *deber de*:

*...en lo hondo de aquella galería  
 Debe estar la mina de las fulgurantes esmeraldas.  
 Así debió ser la Tierra-Madre cuando apagó su mirada de doncella.*

Sabido es que *debe de* expresa contingencia, mientras que la misma palabra sin preposición, significa ineludible necesidad.

Adjetivación floja: *mil áureos farolitos mínimos*; la indiferencia serena de los que pasan; virilidad de cifra *levantada* (?); dolores *cnmohecidos*, etc.

Cacofonías: *torsos soberbios, al cielo los brazos; al alzarse, como montes, desarticula la mandíbula, abiertas de deseo, burla la llama, fantástica calesita, blanca cabeza, de derrota, eco cosmopolita*, etc.

Señalaré ahora unas cuantas imágenes bellas, de las muchas que hay en *Los Cíclopes*:

*Cómo me lleva a ti el recuerdo por tendidos rieles de nostalgia,  
 Sobre sus cabezas brilla la mirada fija de una estrella eléctrica,  
 Y algunos tablones forman techumbre precaria.  
 El cielo de mi alma barrido por los vientos del asombro,  
 Se ha encendido en vivas estrellas de alabanzas.  
 A la hora en que la tierra bebe ávida la sangre solar  
 Para exaltarse con ella hasta un violento delirio.  
 Ahora la soledad doliente de la calle fatigada de heridas,  
 viene hacia mí arrastrando una larga túnica de silencio.*

*Y se ciñe a mi cuello la fría cinta de una ráfaga.  
Y mi vida habrá sido como un aeroplano incendiado en mitad de su vuelo  
Que se precipita desde las nubes en caída deslumbradora.  
Yo sentí entonces en aquel invierno de cielos azules y de sol alegre,  
Que mi juventud se tornaba un ligero y ágil y rojo gallardete.*

Nydia Lamarque es, sin disputa, una poetisa superior a muchas de sus colegas, que avanzan por méritos que no suelen ser exclusivamente literarios. Es un espíritu fuerte y meritorio, que parece tener alta idea de sus dotes. Por todo ello hay que leerla detenidamente y juzgarla con severidad.

AUGUSTO CORTINA.

**Angulo de sombra**, por *Teófilo Hiroux Funes*. Avellaneda, "Eurindia", 1931.

LA modernidad del título, *Angulo de sombra*, puede inducir a error. No se trata de un libro escrito íntegramente de acuerdo con modernas formas, ni creado con "nueva sensibilidad". Hiroux Funes vuelca, en antiguos moldes, sentimientos eternos. Pero, terminada la obra, ha querido rendir tributo a tendencias recientes. Ha exornado el comienzo del volumen con tres poesías de metro irregular y nervioso. Y ha realzado el libro con un bello nombre.

*Perpendicular  
al origen de todo,  
soy una línea alzada sobre una horizontal  
de lodo.*

.. .. .

*Nada más  
que humo de palabra  
desagotando un pozo de ansiedad.  
Por eso  
nombro mi transitoria humanidad  
en ángulo de forma fugitiva.*

Hijo de madre argentina y de padre extranjero, el poeta dice de sí en una de las cuatro estrofas de *Autosemblanza*:

*Por eso mi carácter se ajusta a mi destino,  
—tristeza americana con nervio de sajón—  
tengo cerebro bárbaro y corazón latino,  
y a veces soy cerebro, y a veces corazón.*

La mayor parte de *Angulo de sombra* está constituida por composiciones de metro regular: pentasilabos, enesilabos, endecasílabos, alejandrinos, etc. Es de notar la soltura con que el autor maneja este último verso. Hay también sonetos, casi todos imperfectos, y hasta un romance. Libro "pasatista" injertado de "vanguardismo". Parece ser obra primigenia. Su autor ha de tener unos veinte años. Será útil señalar algunas cualidades y defectos, ya que el volumen es francamente promisor. No encierra tal aserto el fácil y mentido elogio con que se devuelve un libro que nunca se leyó, elogio comparable a la caricia maquinal que ciertas personas otorgan a un niño cuyos padres les son indiferentes. Es agradable percibir la palpitación vital de un sentimiento poético que busca su

expresión definitiva. Luego, cuando uno de nuestros autores se ha posesionado del *procedimiento* y padece la fiebre de una producción vertiginosa, suele ser mejor no leerlo. Hay expresiones que embellecen los versos de Hiroux Funes, como la hoja que verdea en un tronco carcomido. Por ahí tiene que abrirse ruta. Vencerá con tal signo. He aquí algunas imágenes visuales:

*Y al cruzar bajo el sol, una bandada  
de loros, ponen una pincelada  
de esmalte verde sobre el cielo azul.*

.....  
*La calle pasa al lado de mi ventana triste  
como una mujer joven que se marcha a una fiesta.*

.....  
*Está el durazno en flor. Sombra olorosa  
colorea la acequia de la huerta,  
y ha diluido sobre el agua muerta  
una pastilla de acuarela rosa.*

Hay riqueza de colorido y facilidad para describir. Pero el poeta debía cultivar también imágenes auditivas, olfativas, táctiles, etc. El libro no ha sido aún depurado de defectos fundamentales: creación reprensible de palabras y adjetivación múltiple. Léanse algunas voces impropias: tragedizaba, azulinado, apesumbrada, tonalizaba, serenizar, vulga, etc. A esta nómina debe agregarse cierto afectado empleo de pronombres enclíticos: "Cual si hallárase envuelta en un pañuelo", "que copíaralo en término minúsculo", etc. En cuanto a la adjetivación, ya se sabe que — salvo raras excepciones — se recurre a dos adjetivos cuando no se ha logrado uno que valga tanto como ambos reunidos. Dice, por ejemplo, el poeta: "rosada palidez brumosa", "solaz umbría fresca grata al goce" (?), "taciturno éxtasis milagroso", "brumosa pesadumbre densa", etc. Hay también expresiones violentas que es preciso eliminar, no por violentas sino por prosaicas:

*Boca de eternidad  
donde supura el mundo su dolor.*

Cacofonías: América cansado, tarde de lunes, suave verdemar, luminosa salva, aterciopela la quietud, etc.

Conózcase ahora un gracioso y meritorio fragmento del *Idilio anti-guo*, en que el autor se refiere a sus padres:

*Estuvo en Buenos Aires, en Córdoba y La Plata,  
hasta que un fin de octubre se estableció en San Luis.  
Tomó su primer mate con bombilla de plata,  
y le gustó la "humita" con chala de maíz.  
Mi madre lo vió un día pasar por "Los Silvestres",  
y siempre lo recuerda: "Parecía un inglés,  
con sus cabellos rubios, sus ojos tan celestes,  
su galerita negra, sus guantes, su jaquet..."*

.....  
*En bailes de la época, familiares tertulias  
en que se hacía música y se bailaba más,  
cierta reunión de gala, para las fiestas julias,  
los vieron danzar juntos la mazurca y el vals.*

.. .. .  
*O bien en la penumbra de las tardes románticas,  
 bajo las madre selvas de la Quinta de Viel,  
 hablar de envejecidas ciudades trasatlánticas,  
 y del futuro viaje de la luna de miel...*

A pesar de los defectos, tan naturales en quien comienza, creo que puede aguardarse mucho del donoso espíritu del autor, si — apartándose de la costumbre de casi todos nuestros poetas y eruditos — reconoce la importancia del estudio y la realidad de las jerarquías intelectuales. Y, sobre todo, si abandona de buen grado las mencionadas "cacografías".

AUGUSTO CORTINA.

El cigarrillo, por *Rodríguez Guichou*, Editorial "El Inca", Buenos Aires.

**N**o siempre tiene el comentarista la oportunidad de leer, no digo buenas, ni siquiera pasables producciones; y he aquí por qué la tarea del crítico — verdadero forzado de las letras — se hace cada vez más áspera y desabrida... Hay momentos en que uno mandaría a los mil diablos esto de leer para comentar. Pero, no obstante la dicha que ello produciría a los que prostituyen las bellas letras, el crítico insiste en su labor: algo de diabólico debe haber en esa insistencia.

¿Cómo no brincar, entonces, cuando damos con un libro escrito con una péñola mojada en buena tinta, manejada con destreza, y con la que no es preciso arañar las cuartillas para que las palabras profundicen la idea e hilvanen hábilmente la trama de un episodio interesante?

Rodríguez Guichou ha realizado el milagro de ser siempre ameno, y hasta original, con relatos bien concebidos y diestramente desarrollados, en los que su pluma denota una desenvoltura precursora de otros buenos libros.

Hay gracia, ironía, buen humor en casi la totalidad de los cuentos. El que da título a la obra está realizado con acierto poco común. La escena en que la mujer aprende a fumar, es admirable como fruto de observación. Sin verla, la vemos, y aun nos sentimos mareados por el humo del cigarrillo que no fumamos...

Un cuento sencillo y original es "Molina de San Martín". Humorista de ley, el autor nos sorprende aquí con una terminación imprevista y reidera, digna de un Averchenko.

Pero no todo han de ser flores para el vergel del señor Rodríguez Guichou. Sin las piedrecillas del camino el jardín quedaría incompleto...

Vamos a señalarle algún defectillo.

Existe evidente descuido en la construcción de la frase. El señor Rodríguez Guichou, que sabe componer páginas muy bellas cuando le viene en gana, se olvida del oficio de orfebre que debe desempeñar todo escritor. Así como el relojero no toma una cacerolita y echa al albur las piezas del reloj, sino que sigue ciertas leyes y cuida cierta estética para obtener el tan ansiado "tic-tac"; así también el literato no puede ni debe volcar el raudal de sus palabras a la buena de Dios, sino según cierto gusto artístico y ciertas leyes de preceptiva... ¡Perdón! Esto de la preceptiva podríamos suprimirlo, substituyéndolo por: conforme a los dictados de la buena sintaxis, de la armonía y la claridad...

La prosa de Rodríguez Guichou es sencilla, quizás demasiado sencilla; y aunque le hace caer en objetable "prosaismo", no nos disgusta, por-

que no fuerza la naturalidad de su elocución. Pero, ¿qué duda cabe que ese reprochable abandono en que incurre un escritor tan bien dotado, no es intencional?

Y es lástima. Cuando se está capacitado para pergeñar *relatos*, al extremo de saber interesar; cuando se conoce el idioma en que se escribe; cuando tipos y ambientes no se resisten a la sagacidad del escritor, sólo le queda a éste una cosa: imitar al relojero.

Sin embargo, fuera del desaliño de la prosa ágil, nerviosa, concisa siempre — el señor Rodríguez Guichou ha logrado con *El Cigarrillo* su finalidad: escribir un buen libro de cuentos.

Y eso merece un aplauso.

ANTONIO RUBÉN FERRARI.

### LETRAS HISPANOAMERICANAS

*Crónica de la Reja*, por Justino Zavala Muniz. Impresora Uruguaya, S. A., Montevideo, 1930.

No es la novela precisamente el género literario en que más se hayan destacado los escritores uruguayos en estos últimos años. Después del éxito resonante y muy merecido de *El Embrujo de Sevilla*, la popularidad de los cuentos camperos de Javier de Viana nos traía de tarde en tarde el cuadro de la vida nacional del país vecino. Sin embargo no era esa literatura, con su estrecho regionalismo, lo que nosotros esperábamos. El dibujo preciso de los caracteres de la novela *El Terruño* de Reyles, el paisaje tan admirablemente sorprendido en aquellas páginas, no habían suscitado emulación entre sus compatriotas. Tardíamente y con excesivo color local, publicaban sus cuentos o sus novelas, Salaverri y Montiel Ballesteros.

*Crónica de la Reja* ha vuelto por la vieja senda inaugurada por Reyles, un tanto abandonada en los últimos vaivenes literarios, y ha sabido retener en las escenas, en los coloquios observados desde *la reja*, una fuerte emoción de las cosas nuestras, sentimientos que por su acento humano, tienen ya un carácter universal.

No se cuál ha sido la intención simbólica del autor, ni me preocupa ahora desentrañar las causas ocultas que lo han determinado a emplear ese tono de apasionada apología de tipos desaparecidos, como se observa a lo largo de muchos capítulos de la novela. Desde el título, un acierto felicísimo, hasta la pintura del paisaje, todo guarda un equilibrio, un sentido de las proporciones sorprendente en momentos en que la novela, en su generosa intención de *descubrimientos*, cuando no nos ofrece la pura y lisa crónica de hechos policiales, se conforma con narrar chismes sociales asignándoles aspectos transcendentales, o explota la pornografía, confundiéndola con la cuestión sexual, que día a día constituye un urgente y palpitante problema que es preciso encarar con resolución y dignidad.

Zavala Muniz ha rehuído la fotografía en la visión del campo tan profundamente observado y la anécdota en la psicología de los personajes tan fuertemente enraizados en la vida que describe y que el autor nos ofrece con un dibujo penetrante y certero.

Algunas escenas dan lugar al autor para discurrir sobre costumbres y caracteres que van desapareciendo de nuestros pueblos y a los cuales se siente estrechamente ligada la sensibilidad del novelista.

A este libro que tiene tan excelentes cualidades para considerarlo como una obra de grandes valores, hay que hacerle algunos reparos, por ejemplo esa nostalgia del gauchismo, esa exaltación del coraje que a ratos se diluye por sus páginas. El porvenir de la literatura americana no radica en la explotación de ese regionalismo, ni en ese *color*, a veces detonante que utilizan algunos novelistas, creyendo realizar con esos elementos obra americana. Debemos procurar que nuestras novelas reflejen nuestra vida social elevando los problemas, los sentimientos a ese plano de verdad humana, de realidad, donde las fronteras pierden toda noción de geografía.

Zavala Muniz está en condiciones de realizar esa gran novela de la realidad uruguaya; posee un conocimiento minucioso y comprensivo de las cosas y gentes del campo, ha observado la psicología de los hombres a quienes se propone describir, y dispone de una fantasía variada y rica de tonos, de un estilo claro y de un instrumento verbal con los más felices timbres.

ANTONIO AITA.

## LETRAS ESPAÑOLAS

Antología poética, por Alfonso Camín, Madrid, Renacimiento, 1931.

ALFONSO CAMÍN no es, ciertamente, poeta novel. Desde 1913, fecha en que apareció *Adelfas*, en la Habana, hasta el año actual, ha publicado diez y ocho volúmenes. La *Antología poética*, selección de composiciones del mismo autor, tiene prólogo de Luis Astrana Marín. La epíloga Enrique Fernández Ledesma. Alfonso Camín es conocido en hispanoamérica, y alguna de sus producciones, como *El bandolero de estrellas*, se han difundido mucho por medio de reproducciones o de la declamación. El poeta es asturiano. Su obra fué saludada hace años por Alfredo Vicenti quien dijo refiriéndose a Camín: "De él se hablará tanto como de Rubén Darío". Los temperamentos y obras del nicaragüense y del español son distintos, y no es del caso establecer comparaciones. Pero no hay duda de que la obra de Alfonso Camín, plétórica de vida, es altamente meritoria. Poesía fácil, vigorosa, musical, colorida, hay en ella tanta abundancia verbal y dominio técnico, que el poeta parece arrojar sin fin de sazonados frutos por medio de gigantesca cornucopia.

Muy joven aún, abandonó el pueblo asturiano de Races para trasladarse a Cuba. Hacia 1910 publica, en periódicos y revistas cubanas, sus primeros versos. A pesar de la lucha diaria, estudia de continuo: es autodidacto. Cuando en 1915 va por primera vez a Madrid, ya ha publicado en la Habana sus tres primeros libros: *Adelfas*, *Crepúsculos de oro* y *Cien sonetos*. En el volumen inicial, tiene ya versos de poeta experimentado:

*¡Crucemos el ancho desierto del mundo!  
¡No importa el desierto!  
Ya el sol, nuestro amigo, quemó nuestras carnes,  
y en nuestra jornada verás que a lo lejos  
irán derrumbando montañas de arena  
los potros del viento!*

Ha vivido también doce años en Méjico, donde produjo — además de una novela de ambiente mejicano — valiosas poesías en que palpita el folklore de aquel país. Pueden leerse en *Carteles* y en *Xochitl y otros poemas*.

La Eva negra, cantada varias veces por Baudelaire, ha inspirado a Camín una hermosa y valiente poesía. Léase un fragmento:

*Negra, carbón celeste, carne de tamarindo,  
que desprecias al negro barbilindo  
que está a la puerta de la barbería  
multicolor, viendo morir el día.*

*Negra estupenda  
que te me diste como negra ofrenda  
entre la fronda de los guayabales,  
con gran escándalo de los pavos reales.*

*Negra que entre boleros, sonajas y timbales,  
diste al azul mi juventud lozana,  
y la exprimiste como una manzana  
en el rudo lagar de tus pasiones,  
mientras que iba mi norteña garra  
cogiendo los racimos cimarrones  
que había en tu cuerpo: una silvestre parra,  
y yo un roble del Norte, fornido,  
por el bejuco tropical ceñido...*

A pesar de larga residencia en el extranjero, el poeta no olvidó su patria. No sólo ha visitado cuanto le fué posible a Madrid y el pueblo natal, sino que consagró uno de sus mejores libros a *La Asturias simbólica*. "Las casas blancas al pie de los caminos; — dice Astrana Marín — las mozas, de codos en las ventanas; las carreteras cubiertas de chopos; los dulces crepúsculos astures, mientras se oyen las rústicas matracas; los castañares, los hórreos desbordando granos; las noches estrelladas de Ribadesella: todo se halla expresado de una manera prodigiosa. Asturias entera revive en las estrofas del poeta. Jamás región alguna española fué cantada tan admirablemente."

*Carteles*, volumen de versos publicado en 1926, presentó al poeta como ágil partidario de las formas nuevas. Es también excelente cincelador de sonetos. Véase ahora cómo se presenta en su *Autorretrato*:

*Sé que dice la gente  
que es de lobo el perfil de mi faz insolente,  
y esta tormenta gris  
de mis ojos. Yo creo que la gente no miente.  
Seré un lobo lo mismo que el hermano de Asís.*

*yo, "en román paladino",  
como aquel buen Berceo, y hasta en prosa villana,  
amo el odre de antaño donde hierva el buen vino,  
y los senos rebeldes de la hembra lozana,  
y el fulgor diamantino  
de la estrella lejana,  
y la sangre y el verso y la rosa y el trino.*

*Ya en mi potro salvaje — toda el alba en las crines —,  
donde van mis treinta años como treinta clarines;  
ya en mi lirica nao  
de aventuras forzosas,  
familiar me es el vaho  
de la sangre, lo mismo que el olor de las rosas...*

*La aventura me atrae. Mas desprecio la guerra.  
Solamente sería capitán del azar:  
¡bandolero, en el ansia de ser libre en la tierra,  
y pirata, en el ansia de ser libre en el mar!*

Y sépase también cómo ven al poeta, Enrique Fernández Ledesma y sus amigos mejicanos, según puede leerse en el epílogo:

"A nuestro amigo hay que concebirlo persuadiendo a bastonazos o entablando polémicas... El chambergo batallador, la capa andariega y garrote de encina... Y Camín sin chambergo y sin garrote no sería Camín."

La *Antología poética* finaliza con una composición titulada *Credo*, en que el autor blasfema sin necesidad:

*Creo en el dios Amor, que es Todopoderoso,  
Y en el Placer, que es su único hijo...  
Creo en ese celeste, gallardo crucifijo  
de tu espalda desnuda. Creo en tu cabellera,  
Monte de los Olivos... etc.*

Lástima que un poeta fuerte halla cerrado su volumen con una irreverencia de dudoso gusto y, sin duda, algo pueril.

La *Antología poética*, nutrido volumen de 414 páginas, contiene 130 composiciones en las que el autor da clara idea de su valiosa personalidad. Es libro de los que pueden leerse con agrado, porque en él hay sinceridad, emoción y belleza.

AUGUSTO CORTINA.

## POLITICA

*Idearium liberal*, por *Alejandro López*. Ediciones "La Antorcha", París, 1931.

**D**E este libro me ocupo solamente por su honroso título y porque el seudónimo que lo suscribe oculta el nombre de un escritor colombiano de cierta reputación hispanoamericana.

Ya se me alcanza que se me supondrá dogmatismo coránico si digo que al hojear el libro pronto se advierte que el autor no ha leído los de Henry George, tan relacionados con las materias que trata; y, *por consiguiente*, el libro que comento sólo puede contribuir a confundir en la materia, las ideas de quienes puedan tenerlas.

Muchas veces he indicado que es indispensable para pretender estar hoy dignamente a la altura de las cuestiones sociales, tener la preparación del conocimiento de los libros del genial pensador norteamericano, del mismo modo que hoy sería despreciable —si se publicara— cualquier libro de ciencias naturales, ponga por caso, que no contuviera implícito el conocimiento previo de las obras de Darwin, o en particular sobre biología sin contener el de las de Pasteur.

Ahora puedo reafirmarme en esta excluyente posición, apoyándome en la autoridad del discurso pronunciado por Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, al inaugurar los cursos el 2 de junio, donde dijo que, ante el espantoso caos social, económico y político, es indispensable volver los ojos a las obras de Henry George, pues en todo lo demás que ahora se hace sobre cuestiones sociales "no se halla nada adecuado, ni siquiera serio".

Me apoyaré además en la siguiente opinión escrita por John Dewey,

prologando una edición abreviada de *Progreso y Miseria*, destinada a los universitarios norteamericanos:

"Se requerirían menos que los dedos de las dos manos para enumerar los que, desde Platón hasta nuestros días, pueden figurar al lado de Henry George entre los filósofos sociales... Ningún hombre, ningún graduado de una alta institución educativa tiene derecho a considerarse como un hombre instruido en pensamiento social si no tiene cierto conocimiento de primera mano sobre la contribución teórica de ese gran pensador americano".

De manera, pues, que, primero a la escuelita y luego, si acaso, a escribir. Pero no antes. Demasiadas toneladas de papel circulan por el mundo, obstruyendo, en lugar de facilitar, el conocimiento.

Yo no diré, naturalmente, que en éste, como en cualquier libro por malo que sea, no haya algunas accidentales cosas verdaderas, como golpe en el clavo entre ciento en la herradura; pero falta algo que se parezca a un espinazo conceptual que merezca ser tomado en cuenta. Ni siquiera una idea aproximada de lo que pueda estar contenido en la palabra liberalismo, aun cuando todo el libro trate tal asunto.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ,

**El Derecho de propiedad y la proyectada ley nacional de caminos,**  
por Miguel Lacreu. Buenos Aires, 1931.

**S**IN ocuparme, porque no corresponde a este lugar, de las primeras partes, meramente legales, de este trabajo, seguramente útiles en ese circunscrito aspecto analítico del Código y jurisprudencia en el punto, diré de su última parte, que tiene pretensiones filosóficas de estudiar los caracteres esenciales del derecho de propiedad territorial, lo mismo que acabo de escribir al ocuparme del libro firmado Alejandro López.

Rastreado el significado y orígenes del mencionado derecho, en base de la siguiente frase de un mensaje del ex-presidente Marcelo T. de Alvear: "La nueva concepción del derecho de propiedad ya no es la noción del derecho absoluto del dominio romano"; el autor pasa en revista conceptos de Solón, Licurgo, Dracón, Licinio Stolón, Moisés, Jesucristo, los Gracos, Locke, Montesquieu, Babeuf, Fustel de Coulanges, Mariano Moreno, Alberdi, Duguit, Salvat, Jesús H. Paz, Carlos Alberto Alcorta, Sebastián E. Alvo y la Suprema Corte de Justicia.

Pero crea el autor que sobre el concepto de la propiedad territorial hay cosas más "nuevas" y más importantes, científica y filosóficamente, que todas las que él ha tomado en cuenta.

En verdad que, estudiar doctoralmente, en 1931, el concepto fundamental sobre la propiedad de la tierra, sin considerar para bien ni para mal la contribución de Henry George a la materia... es demasiada vetustez. No hay derecho.

C. V. D.

## DERECHO

**La Herencia**, por Juan Carlos Rébora. Ensayo filosófico-jurídico. "La Facultad", Bs. As., 1931.

**E**L Dr. Juan Carlos Rébora, es uno de los pocos juristas que en nuestro país viven, sienten y tratan de acompañar el Derecho al ritmo acelerado de la hora actual.

Sus últimas obras, las del quinquenio que comienza en el año 1926, nos muestran esa constante intranquilidad; *La Familia*, hermoso estudio

que se inicia con una amplia ojeada sobre el origen y desarrollo de esta institución, para seguir analizándola y estudiándola en nuestra legislación; *El Estatuto de la Mujer*, publicado en 1927, a los pocos meses de la promulgación de la ley 11.357, trabajo de valor inapreciable para la doctrina y la jurisprudencia; *La Emancipación de la Mujer*, de 1929, digno corolario del anterior, y, por último, *La Herencia* aparecida al comenzar el año en curso, demuestran, por la actualidad de los temas tratados y por la orientación que a ellos da su autor, su afán por salir de la trillada senda de nuestra producción jurídica y abrir nuevos horizontes en las materias que trata.

En el Dr. Rébora se realiza la feliz conjunción del pensador y el hombre de ley, difícil de hallar ya que el análisis sistemático de los textos legales, la investigación de sus fuentes y el constante contacto de las cosas vetustas van ahogando en el legista las condiciones innatas que pudo haber tenido para entrever el mañana.

Cuando, como en el caso presente, aúnanse condiciones que parecen llamadas a excluirse, se nos presenta un jurista ante cuya aguda visión se ofrecerá con claridad el cuadro evolutivo del Derecho y será capaz de transmitirlo al lector.

En *La Herencia* se propone hacer obra de divulgación sobre temas que, según creencia general, estarían reservados a los especializados en estudios jurídico-filosóficos; bello propósito que exige una ardua realización, dados los escollos con que ha de tropezar a cada paso al conducir de la mano al lector, falto de una cultura sistematizada, y a quien, antes de llevar al fondo del asunto, hay que enseñarle el léxico propio, familiarizarlo con los elementos que sirven de base a la institución, despertar su interés y su atención para estas especulaciones — generalmente áridas — tan difícil de captar en los no iniciados; para lograrlo es necesario algo más que pensamiento y cultura; es preciso saber enseñar, ser maestro, y Rébora es un veterano de la cátedra.

A pesar de estas dificultades, desde las primeras páginas entra de lleno en materia con una decisión y una claridad de exposición que nos adelantan lo que será la obra: nos dice, a poco de comenzar: "Que se propone definir concepciones y no concretarse a escribir historia", y, por lo tanto, no buscará el contacto con formas muertas, sino tan sólo en la medida en que sean indispensables para organizar los conceptos vivos; y expone, luego, la forma en que va a encarar su estudio; "Discurrir en abstracto sobre una institución hereditaria... equivaldría a perder contacto con la realidad. El estudio de la sucesión no puede prescindir del de la propiedad ni del estudio de la familia, ya que estando éstas entremezcladas al derecho sucesorio, constituyen su alimento y presiden su sistematización". Esto le obligará a analizar previamente las tales instituciones, para poder establecer, después, los fundamentos de la herencia y manifestar sus puntos de vista personales que lo llevarán a proponer dos modificaciones en nuestro sistema sucesorio: una, condicionar el derecho del legitimario; la otra, limitar al tercer grado la sucesión colateral ab-intestato.

Trataremos de hacer un breve esbozo de esta interesante obra, cuya primera parte se titula, "Herencia, Familia y Propiedad".

Las corrientes objeciones a la transmisión por causa de muerte solo revisten entera significación en el derecho de los últimos siglos: esas objeciones no pudieron, en cambio, ser formuladas cuando la propiedad estuvo determinada por el culto, al cual estaba ella afectada — el hombre muere y el culto persiste. — Tampoco pudieron serlo dentro del sistema de la copropiedad familiar, ya que en él no es el individuo el sujeto de derecho sino la familia.

“Las instituciones hereditarias deben ser juzgadas en relación con las formas de la propiedad” (Cap. II). Analiza estas formas de propiedad en Roma, en el derecho feudal, en Francia — países de derecho escrito y países de derecho consuetudinario — y en el antiguo derecho español, con las modificaciones sufridas al aplicarlo en los países de América.

“Las relaciones de la propiedad con el Estado y con la ley, repercuten en las instituciones hereditarias” (Cap. III). Como la discusión del fundamento del derecho sucesorio tiene una estrecha relación con las cuestiones que conciernen al origen de la propiedad, pasa revista a las doctrinas de Hobbes, Hubert Languet y Locke, a los fines de la Revolución francesa — creadora de un Estado destinado a reconocer y amparar un régimen de derecho — y a los de la Revolución rusa, para la cual el Estado es la expresión de un poder y de una dictadura extrajurídicos.

“Las instituciones hereditarias están en correspondencia con los caracteres de la familia y con los motivos de su organización” (Cap. IV). Comienza describiendo la evolución que se opera en los caracteres de la primitiva familia romana para demostrar como, en el período clásico de Roma y más adelante en el viejo derecho español, el parentesco de la sangre inspira esta institución, en la que, por otra parte, la legítima va acentuando sus caracteres, y llega a esta conclusión: “Los derechos hereditarios, dentro de la familia, están en correspondencia con el concepto de comunidad de sangre y se regulan según la proximidad del parentesco y el derecho de representación”. Estos tres principios, comunidad de sangre, proximidad de grado y representación, combinándose, concurrirán a la organización de los diversos sistemas de sucesión ab-intestato y definirán, en su caso, la zona dentro de la cual podrá actuar el testamento.

El autor denomina a la segunda parte: “Destinación de las relaciones jurídicas a la muerte del respectivo sujeto”. La solución del problema de la subsistencia de las relaciones jurídicas a la muerte del sujeto entraña consecuencias individuales y sociales que deben ser aequilibradas. En general, las relaciones de familia, de propiedad, de crédito deben subsistir *post-mortem*, y pasa a probarlo. Las de familia — matrimonio, patria potestad, obligación alimentaria, etc. — cesan, en principio, con la muerte del sujeto de la relación; pero de este hecho surgirá, bajo un nuevo aspecto, el problema de la herencia. Las de dominio deben continuar, porque si cesasen a la muerte del titular, las posibilidades de ocupación o aprehensión individual, que estimularía el sistema que propicia su liquidación, abriría una fuente de actividades perturbadoras del *orden social*. En cuanto a las de crédito, para que su extinción pudiera parecer justa, habría que cambiar, no solo la estructura social, sino también la mentalidad del hombre guiada siempre por un superior sentimiento de justicia que nace de comunes nociones de equidad; mientras estos cambios no se produzcan, la relación puede subsistir después de la muerte del deudor o del acreedor de la prestación. En un orden jurídico donde la liberación del deudor pudiera obtenerse por la muerte del acreedor, es fácil imaginar a qué extremo llegarían las esperanzas concupiscentes basadas en una muerte liberatoria.

Trata, a continuación, la naturaleza del derecho de sucesión reconocido al Estado; en este punto, el autor se detiene a estudiar el origen de la teoría, generalmente aceptada, que funda en el dominio eminente del Estado su derecho a los bienes vacantes. Su concepción es distinta, veamos: “Nosotros creemos que el Fisco es un sucesor, aunque no sea un heredero; y busquemos para la sucesión del Estado un fundamento de justicia, en lugar de uno de fuerza, uno de derecho privado, en lugar de uno de derecho público”. Y más adelante: “De esta conclusión debemos desprender dos corolarios: El primero: que la sociedad que debe recoger los bienes vacantes, y especialmente inmuebles, es aquella en la que han actuado las fuerzas

físicas, morales e institucionales que han hecho a su subsistencia como tales bienes y han contribuido a conservar y aumentar su valor, por lo que el llamado a recoger los bienes debe ser el Estado que represente a esa sociedad, y no otro; el segundo: que, no obstante la divergencia que hemos señalado entre la doctrina que concierne al impuesto, en general, y la que concierne a las sucesiones vacantes, el derecho del Estado sobre los bienes del difunto que no tiene herederos, y el derecho del Estado a percibir ciertas cuotas a título de impuesto, en ocasión de las transmisiones por causa de muerte, tienen un solo y único fundamento”.

Esta concepción de la naturaleza del derecho de sucesión reconocido al Estado es original; por lo que dice y por lo que sugiere, bastaría ella sola para llenar un libro y dar renombre a su autor.

Los capítulos que comprenden la primera y segunda parte de la obra, que por lo sintéticos son de una laboriosa realización, están escritos con brillantez por un nomólogo que une a la seguridad de sus conocimientos el don de distinguir lo esencial y la facultad de exhibirlo con claridad.

Y llegamos a la parte final: ¿tiene fundamento el derecho sucesorio? Es forzoso que lo tenga una institución tan antigua como la civilización, que ha subsistido a pesar de las transformaciones que han sufrido las costumbres y los regímenes legales; que, negada por los filósofos del comunismo, ha debido ser reconocida en el Lib. IV (arts. 416 a 435) del Código Civil soviético de 1923. Sin embargo, los que se han propuesto hallar el *por qué* de la institución, han fracasado en su intento; su error estriba en haber buscado un fundamento único, y, en cambio, es uno de los aciertos de *La Herencia* el demostrar que las instituciones sucesorias no tienen un solo fundamento sino varios; en efecto: *el orden jurídico* es el fundamento de la sucesión “mortis causa”; *la utilidad social* es el de la herencia; y el de la vocación hereditaria será en unos casos el deber del padre o el derecho del hijo, en otros los vínculos de la sangre o las afecciones del difunto presumidas por la ley y en otros la voluntad manifestada por el causante. El autor establece la indispensable jerarquía entre hechos diferentes y, coordinándolos, se libera de la confusión que ha originado el error de considerarlos como un hecho único.

La tercera y última parte de la obra concluye proponiendo, para nuestro medio, las siguientes normas de política social: 1º “Que debe tenderse al mantenimiento de la legítima del hijo bajo la condición del trabajo del legitimario, de modo que el derecho sobre aquella resulte sancionado por éste”; 2º “Que la afección de familia, como fundamento de la vocación hereditaria y como razón para el reconocimiento de una voluntad tácita (sucesiones ab-intestato) no debe conducir a reconocer derechos a los parientes más allá del tercer grado, lo que significa que los derechos de la sociedad deben ser aumentados en algunos casos en que actualmente solo son reconocidos por vía impositiva”. Se refiere, naturalmente, a la línea colateral y no a las líneas ascendente o descendente, las que, por otra parte, tienen una limitación forzosamente establecida por la duración de la vida humana. Es necesario reconocer que, pasando este grado, la ley no debe presumir un sentimiento de afecto familiar que generalmente no existe en grados alejados. La devolución de los bienes, en este caso, no responde ya a la afección presunta del difunto sino al azar que, por un golpe feliz, coloca al heredero alejado en situación de suceder: la ley no debe amparar estas veleidades de la fortuna y parece mucho más lógico y más conforme a las ideas reinantes atribuir estos bienes al Estado. Por otra parte, queda siempre el recurso del testamento, cuando el causante, que ha tenido un afecto real por el pariente remoto, quiere beneficiarlo designándolo heredero.

El Dr. Rébora termina dignamente el estudio, que con tanta altura comenzara, aportando algo nuevo para aumentar la solidez y el equilibrio del edificio institucional que debe resistir actualmente el embate demolidor de los utopistas, ingenuos la mayor parte, que no sospechan las heridas que les ocasionaría su caída, torpemente interesados los otros, los que ansian su derrumbe para saquear las ruinas. Ya ha dicho Stammeler: "La ausencia de la utopía es la creación imaginativa de lo que constituye la materia de la vida social". Nuestra época parece ser propicia para que desarrollen su fantasía los émulos de Tomás Moro, que hoy, desgraciadamente, son legión; es necesario que a menudo aparezcan pensadores serenos que se inspiren en la realidad para contrarrestar el efecto perturbador que sobre las masas realizan aquellos visionarios. En los momentos caóticos que vivimos, más que en cualesquiera otros, esta obra es obra de bien; y su autor la realiza con la conciencia de un arquitecto que, después de haber revisado escrupulosamente la histórica catedral desde sus cimientos hasta la cúpula, asegúrase que su sólida construcción está en condiciones de desafiar los rigores del tiempo y aconsejara algunos retoques en lugar de propiciar su inmediata demolición.

Por la forma en que ha sido concebida y realizada, *La Herencia* está llamada a tener difusión, dentro de la órbita naturalmente limitada a las obras de su género. En ella se estudian la propiedad, la familia, la sucesión, instituciones que, desde el momento en que el Derecho se hace presente, el pensamiento humano ha venido justificando, combatiendo, reformando; su autor las analiza con un criterio superior, desdeñando la polémica, sin el prurito de refutar ideas que podrían ser contrarias a sus opiniones, colocándose en territorio neutral desde el cual, contemplando la lucha que libran las escuelas filosóficas beligerantes, transmite al lector su clara visión de conjunto.

El vasto tema está deliberadamente tratado con una gran concisión, con un laconismo en honor del cual se constriñe a una imaginación generosa a no levantar el vuelo sino en muy pocas y breves ocasiones, y en un estilo donde, sin ostentación ni ampulosidad, se trasluce: armonía, riqueza de léxico, personalidad.

Hoy día, en que la mayoría de los hombres de letras buscan la popularidad lograda con el aplauso sonoramente vacío de la multitud, es de admirar la superioridad intelectual de los que prefieren al éxito fácil e inmediato la serena aprobación de unos pocos: pero la obra de aquellos pasará y solo perdurará la de estos últimos cuando, como en este caso, la inspira un superior sentimiento de altruismo, la guía un altísimo concepto del bien y de la justicia y la prestigia una vasta, honesta y concordante labor.

LUIS ALEJANDRO BERISSO.

## TRADUCCIONES

**Elevación**, por *Henri Barbusse*. Madrid. Traducción del francés de César Vallejo. Edit. Cenit, Madrid.

“**A**mo el avión, el arado del cielo, el instrumento del abrazo en todas las acepciones del vocablo: instrumento-perspectiva, instrumento-palanca, y que calienta la carta del mundo. Amo esta fuente nueva. Tiendo la mano a tuestas en torno a la idea en formación, en torno a esta superbiblia de evidencia deletreada en los espacios, que establece la realidad a lo largo y de arriba abajo y el río de los hombres. Todo lo que estaba en las pala-

bras y no en la realidad: patria, nacionalismo vertical, propiedad, Dios, se elimina de la naturaleza y no queda más que el cuerpo de la vida. Tengo una obsesión geométrica y cósmica, que me ha poseído ya cuando el avión construía la pirámide de lo real: poner el dibujo colectivo en el ángulo fulgurante de la individualidad. Obrar así en la verdad de la tierra y no en el sueño. "De un extremo al otro", tal es la nueva palabra de orden. La unidad orgánica se formará por la extensión. He dado un paso hacia adelante en las matemáticas humanas."

Amigo lector: lo que acabas de leer no es un breve poema futurista. Es el último capítulo, — exaltado epílogo — de la reciente novela de Henri Barbusse, la más optimista de cuantas ha producido su fecunda pluma, saturada de sana y vigorosa poesía futurista. Un canto al avión y a las amplias perspectivas que nos brinda. Un canto al colectivismo y a los esfuerzos, siempre fecundos, realizados por grandes colectividades y una crítica manifiesta del individualismo y de los esfuerzos, siempre estériles, del individuo aislado.

Subamos a un avión, elevémonos en el espacio más y más, pongamos entre nosotros y la ciudad centenares de metros, millares de metros, ascendamos a la altura máxima que permitan la fuerza de los motores y la resistencia de la atmósfera y observemos la ciudad que extiende su plano a nuestras plantas. ¿Qué sucede?... Los hombres van llorando, a medida que nos elevamos, todos los rasgos individuales y sólo llaman nuestra atención considerados en su conjunto, como masa humana. Todo gesto individual, aislado, resulta insignificante, ridículo, imperceptible. En cambio la ciudad en sí, como conjunto, como colectividad, cobra un aspecto soberbio, imponente. Detalles que observados aisladamente no conseguían herir nuestra sensibilidad, considerados en su relación con el todo cobran un significado especial, se expresan en un lenguaje elocuente, soberbio. La actividad en las usinas, en las estaciones ferroviarias, en los diques, en su conjunto, ofrece a nuestra vista un cuadro insuperable en belleza. Y desde estas alturas comprendemos que todo esfuerzo del individuo tiene una trascendencia social — e histórica — ínfima...

Amigo lector: abandonemos la ciudad, descendamos en el campo raso; ya estamos en tierra. Bien, la tierra es la tierra, nuestro elemento. Podemos cruzar el océano en cómodos trasatlánticos, podemos hendir los aires en gallardos aviones, la imaginación humana, fecunda e insaciable, ha dominado y sometido los elementos hasta ofrecer para nosotros un mínimo de peligros, pero nuestro elemento es y será siempre la tierra. Amigo lector: hemos descendido en medio del campo y nos sentamos a descansar en la tierra. Al rato sentimos en nuestra mano, la izquierda, un cosquilleo. Miramos lo que sucede. Una hormiga se pasea por el dorso de nuestra mano. Una hormiguita, en su pequeñez, es inofensiva; nos inspira lástima y no la matamos; ¿para qué?... La ponemos en el suelo y la dejamos escapar. La hormiguita, como asustada, camina precipitadamente. Seguimos con la vista la marcha de la hormiguita a través de la ruta certera que le traza su instinto. Y de pronto nos levantamos con cierto sobresalto y nos apartamos de aquel sitio. ¿Qué ha sucedido?... Hemos visto un hormiguero. Amigo lector: una hormiga aislada es cosa ridícula, su pequeñez nos inspira lástima; pero un hormiguero — infinidad de disciplinadas pequeñeces — nos produce cierto sobresalto.

Acomodémonos de nuevo en el avión, al lado de Barbusse, y sigámonos en la ruta que nos traza a través de las páginas de *Elevación*. No es la ruta nacionalista, *italianísima*, que nos describiera D'Annunzio en los tiempos lejanos en que la aviación vestía pañales. No olvidemos que vivimos en pleno internacionalismo, no obstante los gestos desesperados del nacionalismo agonizante: dictaduras, fascismo, militarismo. No sólo

el socialismo es internacionalista, también el capitalismo moderno es internacionalista a su modo, al modo imperialista: Dehterding, Ford, Morgan, Rockefeller, Bazaroff. Cartel del acero. Petróleo. Caucho. Finanzas. Las fronteras sólo existen para los políticos y para algún patrioterero trasnochado.

El avión perfora la capa atmosférica. Planea sobre el sur de Francia. Atraviesa Italia de norte a sur. Sicilia. Cruza, de un salto, el Mediterráneo y se interna en el desierto africano. Un sol igneo. Arena y más arena. El motor ruge pero cumple fielmente su obligación. Mas, llega el momento en que nos es forzoso descender. No se ven rastros humanos y no quisiéramos hacerlo en una zona completamente deshabitada. Por fin divisamos una columna de humo, una cabaña, y descendemos.

Es una familia de negros. Sólo conocen la forma más primitiva de socialización: la familia. Sólo conocen un tipo de utensilios y de armas: el prehistórico. Son esta socialización primitiva y estos objetos rudimentarios los que los han elevado de las zonas de franca animalidad en que viven los chimpancés superiores. Pero desconocen todo esfuerzo colectivo de gran estilo, no saben el significado de los grandes movimientos de masas, la historia los ignora. En sus tradiciones hay algo que recuerda un gesto único, heroico, desesperado, que unió un día a todas las familias aisladas para construir el camino gigantesco — nueva torre de Babel — que tenía que liberarlos de su animalidad, pero el gesto no pudo mantenerse mucho tiempo, las familias se disgregaron y todo resultó estéril.

Acomodémonos de nuevo en la cabina del avión y enfilemos las hélices rumbo al Asia. ¿Siria? ¿La India? ¿Indochina? ¿Corea? ¿China?... ¡Lo mismo da! El panorama humano es idéntico. Aquí ya se siente la importancia del conjunto, de los ideales colectivos, de los movimientos de masas, y también la esterilidad de los esfuerzos individuales, salvo cuando tratan de influir, como reactivos o estimulantes, sobre el espíritu del pueblo. Aquí se siente la importancia y la fuerza de la colectividad, pero en una forma oscura, confusa, casi intuitiva y no en forma clara y lógica, porque el día que esto suceda será el último de la explotación que sobre estos pueblos ejerce Europa en nombre de una mentida civilización.

De César Vallejo, traductor, debemos decir que ha estado a la altura de las circunstancias. Ha trabajado a conciencia y ha respetado hasta el extremo la belleza del estilo y el espíritu del libro. Nuestros plácemes.

M. LLINÁS VILANOVA.

**El Falso Príncipe**, por *Harry Domela*. Trad. del alemán por José Unamuno. Ed. Cenit. Madrid.

**D**URANTE su estancia en la cárcel de Colonia, a donde fuera a dar con sus huesos en pago por haberse dejado confundir con el Príncipe Guillermo de Prusia, hijo mayor del primogénito del Kaiser, Harry Domela nos ha dado, en el libro que nos ocupa, las memorias de su vida.

Vida aventurera, llena de altibajos, de miseria, de hambre, de privaciones, de desesperación, de descontento, de cárceles, para verse confundido al cabo por el posible, aunque poco probable, futuro heredero del trono del imperio alemán, en círculos en que la tradición imperial y el culto por todo lo que tenga relación con la casa Hohenzollern, se mantiene ardiente no obstante la Constitución de Weimar y los años de república democrática, es una vida que no puede dejar de interesar.

El pauperismo en Alemania durante los años de la post-guerra na-

rrado — y vivido — por el curlandés Harry Domela, ex-soldado del ejército irregular que en los países bálticos luchó contra el ejército rojo, obrero no clasificado a ratos, mendigo clandestino otros, sin domicilio conocido, encarcelado por haberle la policía atrapado por segunda vez durmiendo en los bancos de las salas de espera para pasajeros de tercera clase de las estaciones ferroviarias, ladrón de cubiertos, conocedor de los horribles albergues nocturnos instalados por la municipalidad de Berlín para hombres sin trabajo, peón de campo, corredor de tabacos de venta directa al consumidor, errando de una ciudad a otra de Alemania en busca de mejor suerte, pero víctima siempre de su hado adverso. Hasta que un día un individuo un tanto chiflado que dice la buenaventura y vende hechizos a precio fijo con un éxito no despreciable, gracias a haberse escudado tras un imaginario título de barón en un país cuya Constitución desconoce toda prerrogativa nobiliaria, le induce a adoptar el título de conde y probar fortuna.

La guerra había empobrecido a la aristocracia tedesca, así que ver a un conde en situación de miseria auténtica era una cosa frecuente. Los ricos, especialmente los que en la época imperial habían lucido blasones, siempre se sentían más dispuestos a ayudar a un miserable con título que a un miserable sin título. Y Harry Domela experimentó en seguida las excelencias del consejo del fingido barón. La miseria continuó pero aliviada por las dádivas de la clase pudiente, hasta que un desliz lo lleva a la cárcel.

Salido de la cárcel y vuelto a empezar después de un frustrado empeño de regeneración en una granja cuyo propietario se dedica a reclutar sus peones entre los licenciados de las cárceles, los mantiene a pan y agua, les paga jornales misérrimos y les hace trabajar como bestias desde la aurora hasta el ocaso. Pero ahora es bajo el título de príncipe von Lieben. Inicia su vida principesca en la ciudad universitaria de Heidelberg, entre los saxo-borussos, corporación estudiantil integrada por jóvenes de la nobleza. Y es en esta corporación donde germina y se desarrolla la sospecha de que el tal príncipe von Lieben no existe en realidad, que bajo este nombre se esconde un Hohenzollern.

La crítica despiadada de la vida estéril de los saxo-borussos es excelente. Excelente el humorismo con que ridiculiza la chatez de la vieja nobleza retirada en sus posesiones, entregada a la caza, a las comilonas, a los chismes, pero ignorantes de los actuales problemas nacionales. Excelente el libro todo por la amplitud de miras en que ha sido escrito y por su estilo, a veces doloroso, a veces jocosos, pero siempre humano.

M. ILLINÁS VILANOVA.

## NOTAS Y NOTICIAS SOBRE LIBROS

\* La *Editorial España*, que ya ha traducido algunas biografías anoveladas, entre las cuales la de *Fouché*, admirable modelo del que nos ocupamos en el número anterior, ahora nos hace conocer, vertido del inglés al castellano por Carlos de Onis, el *DANTON* de Hilario Belloc, hermosa obra donde la reflexión filosófica sobre el drama de la historia se mezcla con la narración pintoresca. Al revés de Roujon, quien también ha escrito la novela de Danton, presentándonos el retrato de un muchachón generoso, gozador de la vida, de voz potente, genial sí, pero entregado al azar de los acontecimientos, moviéndose en vaivén sobre la cresta de las olas enfurecidas — Belloc, en esta su obra que es de juventud, nos lo muestra en decidida oposición contra Taine, como una personalidad extraordinaria, una vida en

la cual la capacidad de acción, la tenacidad y la afinidad con todo lo humano alcanzaron el máximo desarrollo. Según él, hubo un momento crítico, en el 92, en el cual Danton, dando el impulso, señaló el curso de la corriente. El gran tribuno estuvo, pues, en la cima de la ola, sí, pero como el momento culminante de la tormenta.

\* A propósito de biografías anoveladas, debe citarse la colección que ha iniciado Espasa-Calpe bajo el título de "Vidas españolas e hispano-americanas del siglo XIX". De los doce volúmenes hasta ahora publicados, encargados a notables escritores españoles, entre los cuales hay experimentados diplomáticos y académicos de larga autoridad como el marqués de Villaurrutia, o jóvenes y brillantes escritores del círculo de la *Revista de Occidente* como Jarnés, Espina y Marichalar, señalamos, entre los que hemos leído, el dedicado por el primero a *Eugenia de Guzmán* (también ha escrito otro sobre *El general Serrano*), y por los demás citados, respectivamente a *Zumalacárregui, el caudillo romántico*, a *Luis Candelas, el bandido de Madrid*, y al *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, no ya el que sirvió, admiró y cantó Quevedo, sino el décimosegundo duque, nacido y muerto el siglo pasado, gran señor pródigo y dandy, que deslumbró la corte del Zar, cuando en ella fué embajador, con su fausto y magnificencia. También ha publicado en esta colección nuestro amigo José María Salaverría, una vida de *Bolívar*.

\* Con el título *Libros alemanes traducidos a la lengua española*, ha publicado recientemente la "Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft: Junta para la promoción de la investigación científica en Alemania" (Berlín, C 2, im Schloss), un catálogo que reúne en sus ciento cincuenta y tantas páginas parte considerable de la bibliografía alemana moderna, que se halla vertida a nuestro idioma. Comprende, en sus distintos apartados, la filosofía, la religión, las ciencias, la literatura y la historia, según la común ordenación por nombre de autores. Ajeno a cualquier propósito mercantil, y atento sólo a un fin de desinteresada propaganda cultural y de intercambio espiritual, constituye una guía bibliográfica sumamente útil, y que lo será más cuando se subsanen algunos explicables errores en la transcripción de los títulos, se salven algunas omisiones y se distinga con mayor cuidado entre lo realmente publicado y lo de publicación más o menos inminente, anuncio que en el comercio español de libros no siempre es garantía de que el libro saldrá. Y ya que la sociedad editora afronta generosamente el gasto de este repertorio bibliográfico, podría en lo sucesivo mejorarlo, tirando aparte las distintas secciones que interesan a círculos distintos, y dando más rigor el contenido, para lo cual quizá pudieran colaborar las instituciones técnicas correspondientes de los países de habla española, a las cuales no puede resultar indiferente una empresa de tal orden. Creemos que el catálogo será remitido sin dificultad a las personas que lo soliciten a la dirección consignada más arriba.

## REVISTAS

\* Se publicaba en Buenos Aires un pequeño periódico literario, editado por un grupo juvenil, de nombre MEGAFONO. Ahora sus directores, que son Sigfrido A. Radaelli, Erwin F. Rubens y Victor Max Wullich, le han cambiado el formato, dándole una linda apariencia de libro. La transformación se ha producido con el número 8º, de agosto. *Megáfono* entra con él en un segundo año de existencia, y eso ha aconsejado a la dirección hacer "una nueva formulación de sus propósitos." La hace en un editorial en que se discute el antagonismo entre las últimas generaciones argentinas y la

posición de esta "promoción" de que es expresión *Megáfono*, frente a la llamada "nueva generación". Una declaración inicial es prometedora, porque es ésta, muy cuerda en estos días de desatada jactancia juvenil: "No constituimos una generación. Voces y letreros de *novísima* no nos alcanzan. No somos portadores de un acento ni de un sentido original del mundo. Nos hemos agrupado por similitud de propósitos, y también, como es usual entre mozos, por una ristra de peculiares negaciones." Eso está bien, y asimismo legítima nos parece la posición, que nunca fué la de NOSOTROS: nada de eclecticismo; no queremos contemporizar; no aspiramos a ser un archivo o una antología. Lástima que en seguida, puestos los redactores a definirse, a decir cuáles son esos propósitos y esas negaciones que los unen, no se les entienda demasiado bien. Y la culpa la tiene probablemente su prosa empinada y neológica, que como tanta prosa corriente salida de la pluma aun de inteligentes jóvenes argentinos, peca de insufriblemente presuntuosa, y convierte en difíciles y turbias aun las razones más trilladas y claras. Valor eterno tiene el consejo de Maese Pedro: "Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala." Los redactores, aun reconociendo su deuda con Ortega y Gasset, declaran que "el orteguismo, como producto criollo, es la antítesis de todo valor cultural." ¿Están ellos seguros de no haber acriollado el preciosismo de Ortega y Gasset?

Les debíamos a nuestros amigos — porque amigos nuestros son los jóvenes redactores de *Megáfono*, y aun eficaces colaboradores de esta nuestra revista — una palabra cordialmente franca. Y desde luego, les debemos también nuestro aplauso cuando advierten en una nota: "Seguimos con la democracia y con la *reforma universitaria*." Bien por estos "novísimos" que no reniegan frívolamente de la democracia, como tanto *snob* que anda por ahí, y que por afán de cambiar algo, confundiendo las grandes conquistas espirituales, sociales y materiales permanentes con las modas mudables del pensamiento y de la conducta, serían capaces de pedir que volvámos al régimen de la esclavitud o que neguemos la conveniencia del aire respirable.

Han colaborado en este número de *Megáfono*, junto a Francisco Romero, Arturo Horacio Ghida, Antonino Salvadores, Félix Werni (claro anagrama del nombre de uno de los directores), Víctor Max Wullich y Enrique Mallea, con versos y artículos críticos sobre filosofía, letras, música e historia; y trae además algunas notas bibliográficas de Radaelli, Narciso Binayán, Rubens, Wullich y Carlos Mouchet.

\* En la ciudad de La Plata ha aparecido una revista de jóvenes, publicación oficial de la Asociación Sarmiento, titulada *INDICE*. A manera de prólogo publican breves palabras sensatas. Dicen así: "El nombre de nuestra página ayuda a comprenderla. *Índice*: lo que señala. En ella quiere significar lo que marca el rumbo que lleva a la cultura. Que el camino ha sido trillado mucho en propósitos pero poco en obra, y eso muestra toda la esperanza de su recorrido, lo sabemos. Que a cambio de toda la luz espiritual que se precisa para salvar sus dificultades, sólo contamos con la fe de nuestra inexperiencia, y eso es poco porque viviendo se pierde pronto, también lo comprendemos. Pero no podemos detenernos en todo esto. Hacerlo sería especular con nuestro esfuerzo. Y esto lo desvirtuaría, porque, precisamente por generoso, no tiene su fin en la recompensa sino en la satisfacción de brindarse a la obra buena." Colaboran en este primer número los jóvenes Romualdo Brughetti, Roberto F. Núñez, Joaquín A. Neyra, Raymondo Poggio Calvi, Adolfo Barbano, Mario Alberto Copello, Tomás Carlos Pera y Tilda Pérez Pieroni. Les deseamos éxito en la arriesgada empresa.

\* Con el nuevo nombre de CHILE PAN-AM. se publica actualmente en New York la revista que con el título de *Chile* aparecía anteriormente en Santiago, editada por el Ministerio de Relaciones Exteriores. La actual empresa editorial nos comunica que es ésta la única revista mensual en los Estados Unidos dedicada exclusivamente a asuntos latino-americanos, y que la Sociedad de Geografía e Historia de las Américas (de la ciudad de Washington), reparte entre sus socios. Agregan: "Como trabajamos solamente para dar a conocer a nuestros países en los Estados Unidos, creemos de suma importancia: 1. Recibir en canje revistas importantes y publicaciones oficiales de la América Latina, cuyos artículos comentamos, dando a conocer aquí tanto a las revistas como a los escritores. 2. Recibir libros para comentarlos en nuestra sección de libros. 3. Recibir colaboraciones breves, especialmente cartas comentando asuntos panamericanos, para dar a conocer aquí el pensamiento latino americano." Dirección: *Chile Pan-Am*. The Latin American News Magazine. 17 Battery Place. New York. N. Y.

\* El Colegio Libre de Estudios Superiores ha puesto en circulación el segundo número de *Cursos y Conferencias*, publicación en la que aparecen las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el Colegio. El presente número trae el siguiente interesante sumario: Federico Pinedo: *Nuestro Problema Monetario*. II. Virtudes y defectos de nuestro sistema monetario. — Angel Cabrera: *Los Métodos y los Problemas en la Paleobiología Moderna*. I. Paleontología y Paleobiología. Los métodos de investigación. — Nicolás Repetto: *Cooperación Libre*. III. El movimiento cooperativo en algunos países de Europa. — José González Galé: *El Problema de la Población*. I. La base del problema. La posición de Malthus. — Juan Mantovani: *Introducción Filosófica a los Estudios Pedagógicos*. II. Elementos antinómicos en el proceso educativo. — Enrique Loedel Palumbo: *Estructura del átomo*. I. y II. Electrones y fotones. La constante h de Planck. — Anibal Ponce: *Psicología de la Adolescencia*. I. Una nueva cenestesia.

## LAS LETRAS ARGENTINAS EN ITALIA

DESDE un tiempo a esta parte nótase en Italia un interés cada día mayor por la Argentina y especialmente por su movimiento intelectual. En libros, en diarios, periódicos y revistas encuéntrase a menudo referencias extensas y elogiosas para nuestras letras. Arnaldo Fraccaroli, el gran periodista y reputado comediógrafo que permaneció entre nosotros el año pasado una temporada de seis meses, ha publicado ya dos libros sobre la Argentina: *Buenos Aires y Pampa d'Argentina*. *L'Italia Letteraria*, en la que durante largo tiempo informó sobre cosas argentinas nuestro colaborador y amigo Lamberti Sorrentino, tiene ahora encargada esta misión a un joven escritor italiano, Atilio Dabini, también colaborador de *Nosotros*, el cual escribe con capacidad y conocimiento de la materia, pues ha vivido muchos años en este país dedicado al periodismo. El conocido escritor Mario Puccini, otro gran amigo nuestro, escribe en diversas revistas y diarios sobre libros argentinos; en el importante diario milanés de la tarde *L'Ambrosiano*, (4 de setiembre), acaba de publicar un artículo sobre Enrique Méndez Calzada, titulado *Un umorista argentino*. En la revista *Augustea* de Milán, que dirige Franco Ciarlantini, autor de un libro de impresiones de su viaje a la Argentina, Lamberti Sorrentino se ocupa de nuestras actividades políticas y literarias. *Le Opere e I Giorni* de Génova, tiene una sección permanente de noticias argentinas y sudamericanas. Carlos Boselli se ocupa de letras americanas en diversas publicaciones peninsulares.

Y últimamente, las importantes revistas *L'Eroica* de Milán y *Rassegna Italiana* de Roma, han encomendado al crítico Piero Pillepich, la tarea, dice la primera de las revistas mencionadas, de "estudiar para nosotros el desenvolvimiento y concreción en obras de real originalidad, las orientaciones espirituales y artísticas de la Argentina — de modo que podamos seguir a aquel pueblo consanguíneo en su ascenso hacia la conquista de una personalidad espiritual, a la que la vida prepara tantos fermentos de ideas y de sentimientos diversos de los nuestros."

Sería injusto no reconocer que gran parte de este interés por nuestras cosas se debe a la obra permanente de propaganda que han realizado y realizan nuestros cónsules Arturo Lagorio en Nápoles, Etchepareborda en Milán, Atir Ambrossoni en Roma, Tito Livio Foppa en Ancona y el ex cónsul general en Génova Alberto M. Candiotti, como también el argentino residente en Génova doctor Emilio De Matteis, autor de un *Panorama della Letteratura Argentina Contemporanea*.

Pero esto no basta. Es necesario que nuestros escritores correspondan a este interés y lo estimulen. Nuestro amigo Piero Pillepich nos escribe, diciéndonos: "Como Vd. ve, tengo ya dos revistas a mi disposición para publicar mis ensayos sobre escritores argentinos. Pero yo... hago aquí las cuentas sin la huésped, quiero decir que si desde la Argentina no se me ayuda *prontamente*, tendré poco que decir, no podré escribir en ninguna de las dos, por falta de... alimento, quiero decir de libros y autores sobre los cuales disertar. He recibido, sí, libros de escritores argentinos, pero no de los mejores, y cuando de los mejores, pocos, uno o dos por autor. Todo esto puede convenir para notas bibliográficas, pero no para juicios, para críticas de conjunto. ¿Cómo hablar, por ejemplo, de Fernández Moreno, con el solo volumen *Décimas*, que de él poseo? Y no beneficiaría a nadie que yo hablara de escritores mediocres, ni a nosotros y mucho menos a la literatura argentina... Es necesario pues que usted interese al Estado o al Municipio o a alguna Institución, para que se me manden, *con toda urgencia*, obras de buenos escritores, y si no todas las de cada escritor, por lo menos las más significativas. ¿Podrá usted tener éxito en la tentativa? Lo deseo de todo corazón, por la mayor difusión de la literatura de su país."

Creemos que la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, podría ser la encargada de satisfacer los deseos generosos y desinteresados del escritor amigo Piero Pillepich. Presidida actualmente dicha Comisión por Juan Pablo Echagüe, escritor él también y que ha demostrado una verdadera preocupación por las tareas de su cargo, estamos seguros de que no desoirá el llamamiento. Públicamente se lo hacemos y lo repetiremos gustosos en particular. Y además creemos que no sólo a Pillepich, sino a todos los escritores extranjeros que demuestran interés por nuestras obras, podría encargarse la Comisión de hacérselas llegar, en vista de que el llamamiento directo a los autores ha resultado siempre ineficaz.

Véase así como en el mismo sentido que Pillepich, nos escribe desde Varsovia, el escritor polaco Stanislas Pazurkiewicz, quien muestra verdadera curiosidad por nuestras cosas y nos avisa lo que por otra parte sabemos, que "la literatura argentina es totalmente desconocida en Polonia." ¡Pero ayudemos a estos desinteresados amigos que quieren hacerla conocer! El profesor Pazurkiewicz nos dice: "Deseo traducir al polaco poesías de los mejores poetas argentinos, *pero los escritores argentinos no responden*". La dirección del Prof. Dr. Pazurkiewicz es la siguiente: ul. Opaczewska 8, m. 7, *Warszawa* (22). (Polonia).

## CRÓNICA MUSICAL

## Teatro Colón.

La temporada lírica del teatro Colón que está finalizando, no será recordada sin duda como de las más ejemplares. Si desde sus comienzos se notó la falta de una dirección artística consciente y enérgica, en su finalización este mal se amplía y agrava por carencia de intérpretes y repertorio. Si ha sido ésta la primera temporada que se organiza sin el concurso de los empresarios y precisamente, para demostrar en forma definitiva que sin el concurso de los mismos el arte saldría beneficiado ¿cómo se explica la poca seriedad artística de los directores, que la han llevado como sobre ruedas a un casi fracaso artístico? ¿En qué quedaron las promesas de arte depurado? ¿Por qué obligaron a renunciar por medio de una pequeña guerra sorda al gran director alemán que debía dirigir la temporada dignamente? ¿Por qué de los cuatro estrenos prometidos se ofreció tan sólo uno? ¿Cómo se explica si no es por una falta absoluta de dirección, que habiendo contado con buenos intérpretes, se hayan presentado más de la mitad de las obras en forma poco decorosa?

Menos mal que Wagner en su famosa *Tetralogía* —salvo en lo referente a los decorados, en general carentes de fantasía y al manejo de las luces que fué a menudo bastante deficiente— fué bien servido: el notable maestro Klemperer acreditó ampliamente la seguridad y la fuerza de su batuta y los intérpretes se desempeñaron vocal y escénicamente en forma eficaz.

No analizaremos estas páginas inmortales donde la música alcanza a ratos efectos sonoros de una grandeza y sublimidad únicas y a veces cae en divagaciones líricas laboriosas y monótonas, donde parece que el genio del compositor, envuelto en nieblas sonoras, buscara afanosamente la luz de una idea, que tras sabio y torturado trabajo mental al fin encuentra. Y es entonces que surgen esas páginas estupendas, que se ofrecen en los conciertos sinfónicos que aseguran la inmortalidad de este músico revolucionario y grandioso.

## Asociación del Profesorado Orquestal.

Los conciertos que ofreció esta asociación, fueron en general poco movidos y de relativo interés. Su director José María Castro, que se inicia en esta delicadísima tarea, trata de suplir con estudio y buena voluntad —lográndolo en parte— la experiencia que aún le falta para conseguir el dominio sobre la masa sonora.

Entre las obras más interesantes ofrecidas señalaremos: *El tarco en flor*, poema sinfónico de nuestro compatriota Luis Gianneo, lograda impresión musical recibida al contacto con la naturaleza. Los temas de carácter popular tienen un sello original y simpático.

En el *Concierto No 5 en mi bemol* de Beethoven, para piano y orquesta, Raúl Spivak volvió a lucir una vez más su virtuosismo nítido y seguro y sus excelentes condiciones interpretativas, que le permitieron ofrecer esta magnífica obra —bien secundado por la orquesta— con el brillo y la emoción que requieren.

## Asociación Argentina de Orquesta de Cámara.

Esta asociación celebró en el teatro Odeón dos conciertos matinales con el concurso de celebrados instrumentistas argentinos. En el primero efectuado el 31 de agosto, Carlos Pessina y Rafael González interpretaron impecablemente la *Sonata* de César Frank y la *Sonata en la* de Pizzetti,

y, en cuatro páginas de autores franceses, el arpista Augusto Sebastiani hizo gala de su soltura técnica y la excelencia de su musicalidad.

En el segundo concierto, el fogoso violinista Dávila Miranda, interpretó, quizás exagerando un poco, los matices cálidos de la obra, el *Concierto en sol menor* de Max Bruch, y la talentosa pianista Lia Cimaglia Espinosa lució ampliamente su mecanismo y su fino temperamento en el bellissimo *Concierto en sol menor op. 25* para piano y orquesta, de Mendelssohn.

Tres obras ofreció la orquesta de esta asociación bajo la batuta de Schiuma: *Flor de durazno*, inspirada *Suite* argentina de ideas fáciles y clara instrumentación, obra ésta del propio director; tres agradables *Aires nortños* de Adolfo V. Luna; y una breve página vagamente poética de Guido Anatolio Carrey, titulada *Canción de otoño*.

### Escuela de conjunto orquestal Miguel Gianneo.

El maestro Bruno Bandini dirige con verdadero acierto esta escuela de conjunto orquestal.

Se trata de una orquesta formada casi exclusivamente de jóvenes y adolescentes más o menos preparados, que en su mayoría cursan sus estudios en el Conservatorio Nacional y otros conservatorios o reciben lecciones de profesores particulares.

Toda esta juventud estudiosa y entusiasta procura educar artísticamente sus aptitudes musicales bajo una buena dirección. Como es natural, sería absurdo pretender versiones perfectas de las obras que presentan, aún cuando hayan sido estudiadas y ensayadas con todo cuidado, pero en cada nueva audición nótase un sensible adelanto musical y técnico sobre la anterior.

El 31 de agosto esta Escuela de conjunto orquestal presentó, siempre bajo la paciente y animosa batuta de Bruno Bandini, un interesante programa que puso a prueba la capacidad de la misma. Discretísimas fueron las versiones ofrecidas de *Jardines* de Athos Palma y *Noviando* y *Chacarrera* de Gilardi, y en el *Concierto* de Mendelssohn para violín y orquesta, el joven y meritorio solista Mauricio Goldstein, logró una ovación.

### Alfredo Berisso.

La Asociación argentina *Progenie d'Italia*, rindió un homenaje a la memoria de Alfredo Berisso, en el Salón de Conferencias del diario *La Razón*. Hizo uso de la palabra para evocar la figura del notable artista argentino, desaparecido en la plena madurez de su talento de compositor, el vigoroso escritor, periodista y conferenciante italiano, Folco Testena, que supo ser cordial y expresivo en su discurso, diseñando en forma elocuente la silueta espiritual del extinto. A continuación la pianista Carmen Masferrer interpretó finamente tres de las páginas más inspiradas de este autor a saber: *Lluvia*, *Juegos de agua*, y *Estalactitas*. Y recitó un poema de Folco Testena, inspirado en una obra de Berisso, la conocida recitadora Wally Zenner.

### Héctor Panizza.

Nuestro compatriota, el gran maestro Héctor Panizza, ha sido nombrado director general del teatro *Scala* de Milán. Es éste el más alto nombramiento a que puede aspirar un músico en Italia. Se le hace con ello un honor, pero es un honor que no puede ser más merecido.

Sólo en un país como el nuestro, donde no hay crítica en el noble sentido de la palabra, hubo quien se atrevió a calificar a este insigne artista nuestro, de mediocre y de incapaz, considerándolo indigno de asumir la di-

rección general de nuestro máximo teatro. ¡Ya quisieran para sí la mayoría de los directores extranjeros que nos visitan, una batuta tan segura, vigorosa y expresiva, una musicalidad tan justa, una ciencia técnico-interpretativa tan sólidamente asentada!

Los argentinos debemos enorgullecernos de contar con un director de su talla y los organizadores de la temporada del Colón, demostrando más que patriotismo, inteligencia artística, deberían solicitar su precioso curso.

### Elsa Berner

Ha partido para Alemania a perfeccionar sus estudios musicales, bajo la dirección del celebrado concertista y profesor Max Pauer, la niña Elsa Berner. Días antes de ausentarse dió un recital de piano en la sala de la Wagneriana, desarrollando con una desenvoltura e inteligencia superiores a su edad, un variado programa en el que pudo poner en evidencia un bello temperamento en clara formación y una gran facilidad natural que le permite vencer las dificultades técnicas sin aparente esfuerzo. Sus cualidades actuales, educadas e intensificadas bajo una buena dirección, han de adquirir, sin duda, el relieve y la autoridad necesarios para la plena expansión de su personalidad artística, que hoy se insinúa en forma promisoriosa.

### Asociación cultural Anatole France.

El crítico musical Isaac Carvajal, dió en esta Asociación una conferencia con ilustraciones fonográficas, sobre *Boris Godunoff*, la gran obra lírica de Musorgsky.

Con palabra fácil y correcta diseñó a grandes rasgos la vida del genial compositor y analizó, evidenciando buena documentación, la inmortal obra del mismo, la que constituye el más alto exponente lírico de Rusia.

MAYORINO FERRARIA.

\*  
\* \*

FERNANDO ROBLES. — Después de residir entre nosotros cinco meses, durante los cuales tuvimos la oportunidad de apreciar sus altos méritos de caballero y escritor, acaba de ausentarse del país este publicista mejicano, gran amigo nuestro.

Noble espíritu y mejor corazón, Fernando Robles deja en Buenos Aires y en esta casa sobre todo, tantos amigos como personas frecuentó, atraídas por su carácter expansivo, noble y caballeresco y su viva inteligencia.

Autor de una excelente novela publicada en España, con prólogo de Marcelino Domingo, titulada *A la sombra de Alah* y de trabajos de diversa índole, comienza recién su verdadera vida literaria, después de haber visitado Europa, América y África detenidamente, en busca de nuevas sugerencias para su inquietud.

Vemos con pena el alejamiento de Robles. Sepa, donde quiera lo lleve el destino, que tiene siempre en Nosotros, cuyos hombres han sabido comprenderlo y estimarlo, un hogar espiritual y manos amigas que una vez más se le tienden afectuosas.

\* La Academia Argentina de Letras, cuya fundación por el gobierno provisional comentamos en el número anterior, se ha constituido el 10 de setiembre y ha designado su presidente a D. Calixto Oyuela. A las re-

nuncias ya anunciadas en el dicho comentario, se han sumado la del doctor Octavio R. Amadeo, y de los posteriormente nombrados, las del doctor Ramón J. Cárcano y el novelista Benito Lynch.

Por consiguiente la constitución actual de la Academia es la siguiente: Calixto Oyuela, Enrique Larreta, Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren, Leopoldo Díaz, Enrique Banchs, monseñor Gustavo Franceschi, Juan B. Terán, Atilio Chiappori, Joaquín Castellanos, J. Alfredo Ferreira, Arturo Marasso, Clemente Ricci, Leopoldo Herrera, Juan Carlos Dávalos, Juan Pablo Echagüe y Gustavo Martínez Zuviría. Los tres cargos vacantes serán provistos por la misma Academia.

\* El centenario de la muerte de Hegel, ocurrida en 1931, será conmemorado en Buenos Aires con alta y clara comprensión de la obra del gran filósofo de Stuttgart y de su influencia sobre la evolución del espíritu.

En primer término merece señalarse el ciclo de conferencias públicas ya inaugurado por la *Sociedad Kantiana* de Buenos Aires, el cual versará sobre la formación y el desarrollo del movimiento idealista alemán y en especial manera de la filosofía hegeliana y tendrá lugar en el local de la Sociedad Científica Alemana, calle Moreno 1059, durante los meses de octubre y noviembre. La primera conferencia la dió el 14 de setiembre nuestro redactor, el prestigioso profesor y publicista Francisco Romero, sobre *Kant y los orígenes del idealismo alemán*. Los demás se desarrollarán según el siguiente programa: lunes 5 de octubre, *Vicente Fatone*, Kant y Hegel; lunes 26 de octubre, *Angel Vassallo*, Hegel; lunes 16 de noviembre, *Luis Juan Guerrero*, Disolución del sistema y perduración del espíritu hegeliano; lunes 30 de noviembre, Sobre Hegel en la actualidad: *Francisco Romero* (Influencia del idealismo alemán en el historicismo contemporáneo); *Vicente Fatone* (Idealismo y Actualismo); *Angel Vassallo* (Hegel y la actual filosofía de la religión); *Luis J. Guerrero* (Hegelianismo y filosofía de la existencia humana).

Asimismo en noviembre, el doctor Alejandro Korn, cuya autoridad en materia filosófica hace de él un maestro, dictará un curso extraordinario de cuatro lecciones sobre Hegel en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

\* Nosorros saluda a tres distinguidos huéspedes del país, que son a la vez prestigiosos escritores: *André Siegfried*, penetrante escritor político francés, que ha dado un brillante curso de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras; Antonio Ballesteros-Beretta, sabio historiador español que está dando un curso en la Facultad de Letras y otro en la Universidad de La Plata, de los que nos ocuparemos en el próximo número, y *Philip Guedalla*, conferenciante y ensayista inglés, principalmente conocido por una notable biografía de Palmerston.

\* La Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones se ha ocupado de la colección iberoamericana, cuyo fin es el de dar las traducciones de las principales obras de la literatura latinoamericana. Los dos primeros volúmenes aparecidos de esta serie son los *Morceaux choisis des Historiens Chiliens* y *Le Diamant au Brésil*: una antología desigual y un viejo informe técnico-administrativo. El escritor colombiano B. Sanin Cano, que participaba por la primera vez en los trabajos de la Comisión, insistió para que ante todo fueran traducidas las obras de carácter esencialmente literario.

Sanin Cano, que es ya casi un argentino de adopción, se encuentra nuevamente entre nosotros desde hace varios días.

\* Se encuentra de nuevo en el país, después de prolongada residencia en Alemania, Carlos Astrada, el joven y prestigioso estudioso de filosofía,

que ya se ha hecho notar por enjundiosos trabajos, menos difundidos de lo que corresponde, sobre el novísimo pensamiento germánico. A strada fué a beber la filosofía alemana en sus mismas fuentes, en las más genuinas, al lado de los más admirados maestros. Su vocación ostenta el doble signo de la consagración completa y del esfuerzo. Como un eco de sus etapas europeas — bien distintas de esas otras en que los *cabarets* parisinos resultan luego, al regreso, institutos y clínicas — nos fueron llegando trabajos monográficos, artículos de revista, informaciones de todo género, testimonios de un entusiasmo que no impide la actitud crítica. Restituido al país, su vigorosa personalidad ha de influir sin duda en forma destacada y enérgica en nuestra vida cultural y especialmente en los estudios de su predilección.

NOSOTROS.